

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.º 644 a 646

M. DE CERVANTES

Comedias

El trato de Argel. - El cerco
de Numancia.



Precio: 1,50 pesetas

MADRID, 1923

Corvantes
02,002

M. de Cervantes

COMEDIAS

MCMXXII

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

M. DE CERVANTES

Comedias

El trato de Argel. - El cerco
de Numancia



MADRID, 1922

Estas dos comedias—EL TRATO DE ARGEL y EL CERCO DE NUMANCIA—no figuran en el tomo que Cervantes publicó en 1615 con el título de Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados. En el prólogo de esta obra cita Cervantes las dos comedias que publicamos y les da los nombres de LOS TRATOS DE ARGEL y LA DESTRUCCIÓN DE NUMANCIA.

Reproducimos el texto del manuscrito de la Biblioteca Nacional modernizando la ortografía. Muy rara vez nos referimos a la edición de Antonio de Sancha (Madrid, 1784). Nos ha servido mucho la edición de Scherrill y Bonilla (Madrid, 1920).

TRATO DE ARGEL

COMEDIA LLAMADA
TRATO DE ARGEL

HECHA POR MIGUEL DE CERVANTES, QUE ESTUVO
CAUTIVO EN ÉL SIETE AÑOS (1)

PERSONAJES

AURELIO, *cautivo.*

ZAHARA, *ama de Aurelio.*

SILVIA, *cautiva, esclava de Yzuf.*

YZUF, *renegado, amo de Aurelio.*

MAMÍ (AYDAR), *soldado cosario.*

FÁTIMA, *criada de Zahara.*

SAAVEDRA, *soldado cautivo.*

LEONARDO, *cautivo.*

SEBASTIÁN, *muchacho cautivo.*

Un PREGONERO.

PADRE, MADRE y dos muchachos cautivos (JUANICO y FRANCISCO).

Un NIÑO cautivo.

Un DEMONIO.

(1) Sólo estuvo cinco (de 26 de septiembre de 1575 a 19 de septiembre de 1580).

LA OCASIÓN.

LA NECESIDAD.

PEDRO ALVAREZ, *cautivo*.

AZÁN, *rey de Argel*.

Dos MERCADERES MOROS (1.^o y 2.^o).

Un MORO.

Dos MUCHACHILLOS MOROS.

Otro MORILLO.

Dos ESCLAVOS CRISTIANOS.

Otro CRISTIANO.

Tres ESCLAVOS CRISTIANOS *más*.

Dos ALÁRABES.

Un LEÓN.

Varios MOROS.

Cuatro TURCOS.

JORNADA PRIMERA

INTERLOCUTORES

AURELIO; ZAHARA, *ama de Aurelio*; FÁTIMA, *criada de Zahara*; YZUF, *amo de Aurelio*.

AURELIO

¡Triste y miserable estado!
¡Triste esclavitud amarga,
donde es la pena tan larga
cuan corto el bien y abreviado!
¡Oh purgatorio en la vida,
infierno puesto en el mundo,
mal que no tiene segundo,
estrecho do no hay salida!
¡Cifra de cuanto dolor
se reparte en los dolores,
daño que entre los mayores
se ha de tener por mayor!
¡Necesidad increíble,
muerte creíble y palpable,
trato mísero intratable,
mal visible e invisible!

¡Toque que nuestra paciencia
descubre si es valerosa;
pobre vida trabajosa,
retrato de penitencial
Cállese aquí este tormento,
que, según me es enemigo,
no llegará cuanto digo
a un punto de lo que siento.
Pondérase mi dolor
con decir, bañado en lloros,
que mi cuerpo está entre moros
y el alma en poder de Amor.
Del cuerpo y alma es mi pena:
el cuerpo ya veis cuál va;
mi alma rendida está
a la amorosa cadena.
Pensé yo que no tenía
Amor poder entre esclavos;
pero en mí sus recios clavos
muestran más su gallardía.
¿Qué buscas en la miseria,
Amor, de gente cautiva?
Déjala que muera o viva
con su pobreza y laceria.
¿No ves que el hilo se corta
desa tu amorosa estambre,
aquí con sed o con hambre,
a la larga o a la corta?
Mas creo que no has querido
olvidarme en este estrecho;
que has visto sano mi pecho,

aunque tan roto el vestido.
Desde agora claro entiendo
Que el poder que en ti se encierra
abraza el cielo y la tierra,
y más que no comprendo.
Una cosa te pidiera,
si en esa tu condición
una sombra de razón
por entre mil sombras viera,
y es que, pues fuiste la causa
de acabarme y destruirme,
que en el continuo herirme
hagas un momento pausa.
Yo no te pido que salgas
de mi pecho; pues no puedes;
antes te pido que quedes,
y en este trance me valgas.
Mira que se me apareja
una muy tiera batalla,
y que no he de atropellalla
si tu consejo me deja.
Del lugar do me pusiste
me procuran derribar;
pero ¿quién podrá bajar
lo que tú una vez subiste?
Ya viene Zahara y su arenga;
¡ay, enfadosa porría,
como que me falta el día
antes que la noche venga!
¡Valedme, Silvia, bien mío,
que, si vos me dais ayuda,

de guerra más ardua y cruda
llevar la palma confío!

*Entra ahora ZAHARA, ama de AURELIO, y FÁTIMA,
criada de ZAHARA.*

ZAHARA

¿Aurelio?

AURELIO

Señora mía...

ZAHARA

Si tú por tal me tuvieras,
a fe que luego hicieras
lo que ruega mi porfía.

AURELIO

Lo que tú quieres yo quiero,
porque al fin te soy esclavo.

ZAHARA

Esas palabras alabo;
mas tus obras vitupero.

AURELIO

¿Cuál ha sido por mí hecha
que en ella no te complaces?

ZAHARA

Aquellas que no me haces
me tienen mal satisfecha.

AURELIO

Señora, no puedo más;
por agua me parto luego.

ZAHARA

Otra agua pide mi fuego,
que no la que tú traerás.
No te vayas; está quedo.

AURELIO

De leña hay falta en la casa.

ZAHARA

Basta la que a mí me abrasa.

AURELIO

¡Mi amol...

ZAHARA

No tengas miedo.

AURELIO

Déjame, señora, ir,
no venga Yzuf, mi señor.

ZAHARA

Quien queda con tanto amor,
mal te dejará partir.

AURELIO

No hay para qué más porfies,
señora; déjame ya.

ZAHARA

Aurelio, llégate acá,

AURELIO

Mejor es que te desvíes.

ZAHARA

¿Ansí, Aurelio, me despides?

AURELIO

Antes te hago favor,
si con el compás de honor
lo compasas y lo mides.
¿No miras que soy cristiano,
con suerte y desdicha mala?

ZAHARA

El amor todo lo iguala;
dame por señor la mano.

FÁTIMA

Zahara, señora mía,
dígote que me ha admirado
mirar en lo que ha parado
tu altivez y fantasía.

Ver, por cierto, es gentil cosa,
y digna de ser notada,
de un cristiano enamorada
una mora tan hermosa.

Y lo que más llega al cabo
tu afición tan sin medida,
es mirarte estar rendida
a un cristiano que es tu esclavo.

¡Y monta que corresponde
el perro a lo que le quieres!
Perdóname; frágil eres.

ZAHARA

¿Dónde vas?

FÁTIMA

Bien sé yo [adónde].

ZAHARA

Dulce amiga verdadera,
lo que dices no lo niego;
mas ¿qué haré?, que amor es fuego
y mi voluntad es cera.

Y puesto que el daño veo

y el fin do habré de parar,
 imposible es contrastar
 las fuerzas de mi deseo.
 Vuelve tu lengua e intento
 a combatir esta roca,
 que no será gloria poca
 gozar de su vencimiento.

FÁTIMA

Quiero en esto complacerte,
 pues al fin puedes mandarme.
 Cristiano, vuelve a mirarme,
 que no es mi rostro de muerte.

AURELIO

Más que muerte me causáis
 con vuestros inducimientos.
 Dejadme con mis tormentos,
 porque en vano trabajáis.

FÁTIMA

¿No ves cómo se retira
 el perro en su pundonor?
 Así entiende él del amor
 cómo el asno de la lira.

AURELIO

¿Cómo queréis que yo entienda
 de amor en esta cadena?

ZAHARA

Eso no te cause pena,
que luego se hará la enmienda.
Las dos te la quitaremos.

AURELIO

Muy mejor será dejalla;
que no quiero, con quitalla,
pasar de un extremo a extremos.

ZAHARA

¿A qué extremos pasarás?

AURELIO

Quitando al cuerpo este hierro,
caeré en otro mayor yerro,
que el alma tatigue más.

FÁTIMA

¿Alma tenéis los cristianos?

AURELIO

Sí; y tan ricas y extremadas
cuanto por Dios rescatadas.

FÁTIMA

¡Que son pensamientos vanos!
Pero si almas tenéis,

de diamante es su labor,
pues en la fragua de amor
muy mal os endurecéis.
Aurelio, ¡resolución!
Ten cuenta en lo que te digo;
no quieras ser tan amigo
de tu obstinada opinión.
Ya te ves sin libertad,
entre hierros apretado,
pobre, desnudo, cansado,
lleno de necesidad,
sujeto a mil desventuras,
a palos, a bofetones,
a mazmorras, a prisiones,
donde están contino a obscuras.
Libertad se te promete;
los hierros se quitarán
y después te vestirán.
No hay temor de obscuro brete (1).
Cuzcuz, pan blanco a comer,
gallinas en abundancia,
y aun habrá vino de Francia
si vino quieres beber.
No te pido lo imposible,
ni trabajos demasiados,
sino blandos, regalados,
dulces lo más que es posible.
Goza de la coyuntura
que se te ríe delante;

(1) Calabozo, mazmorra.

no hagas del ignorante,
pues muestras tener cordura.
Mira tu señora Zahara
y lo mucho que merece.
Mira que al sol oscurece
la luz de su rostro clara.
Contempla su juventud,
su riqueza, nombre y fama.
Mira bien que agora llama
a tu puerta la salud.
Considera el interés
que en hacer esto te toca,
que hay mil que pondrían la boca
donde tú pondrás los pies.

AURELIO

¿Has dicho, Fátima?

FÁTIMA

Sí.

AURELIO

¿Quieres que responda yo?

FÁTIMA

Responde.

AURELIO

Digo que no.

ZAHARA

¡Ay, Alál ¿Qué es lo que oí?

AURELIO

Yo digo que no conviene
pedirme lo que pedís,
porque muy poco advertís
el peligro que contiene.

FÁTIMA

¿Qué peligro puede haber,
queriéndolo tu señora?

AURELIO

La ofensa que, siendo mora,
a Mahoma viene a hacer.

ZAHARA

¡Déjame a mí con Mahoma,
que agora no es mi señor,
porque soy sierva de Amor,
que el alma sujeta y domal
¡Echa ya el pecho por tierra,
y levantarte he a mi cielo!

AURELIO

Señora, tengo un recelo
que me consume y atierra.

FÁTIMA

¿De qué te recelas, dí?

AURELIO

Señora, de que no veo
ningún camino o rodeo
cómo complacerte a ti.
En mi ley no se recibe
hacer yo lo que me ordenas;
antes con muy graves penas
y amenazas se prohíbe;
y aun si bautismo tuvieras,
siendo, como eres, casada,
fuera cosa harto excusada
si tal cosa me pidieras.
Por eso yo determino
antes morir que hacer
lo que pide tu querer,
y en esto estaré confino.

ZAHARA

Aurelio, ¿estás en tu seso?

AURELIO

Y aun por estar tan en él
soy para vos tan cruel.

ZAHARA

¡Ay, desdichado sucesol

¿Que es posible que tan poco
valgan mis ruegos contigo?

FÁTIMA

Sin duda que este enemigo
es muy cuerdo, o es muy loco.
¡Perrol ¿Tanta fantasía?
¿Pensáis que hablamos de veras?
¡Antes de mal rayo mueras
primero que pase el día!
¡Ruín sin razón ni compás,
nacido de vil canalla!
¿Pensábades ya triunfalla,
perrazo, sin más ni más?
Conmigo las has de haber,
y de modo que te aviso
que dirá el que nunca quiso:
«¡Más le valiera querer!»
No estés, Zahara, descontenta;
deja el remedio en mi mano,
que a este perro cristiano
yo le haré que se arrepienta.

ZAHARA

No es bien que por mal se lleve.

FÁTIMA

Ni aun bien llevarlo por bien.

ZAHARA

Cese, Aurelio, tu desdén.

FÁTIMA

Con eso el perro se atreve.
 Ven, señora, al aposento;
 que, en esta pena crecida,
 o yo perderé la vida,
 o tú tendrás tu contento.

Sálense las dos y queda AURELIO solo.

AURELIO

¡Padre del cielo, en cuya fuerte diestra
 está el gobierno de la tierra y cielo;
 cuyo poder acá y allá se muestra
 con amoroso, justo y santo celo!
 Si tu luz, si tu mano no me adiestra
 a salir deste caos, temo y recelo
 que, como el cuerpo está en prisión esquiva,
 también el alma ha de quedar cautiva.
 En vos, Virgen santísima María,
 [entr]e Dios y los hombres medianera,
 de mi mar incierto cierta guía,
 Virgen entre las vírgenes primera;
 en vos, Virgen y Madre, en vos confía
 mi alma, que sin vos en nadie espera,
 que la habéis de guiar con vuestra lumbre
 deste hondo valle a la más alta cumbre.
 Bien sé que no merezco que se acuerde
 vuestra eterna memoria de mi daño,
 porque tengo en el alma fresco y verde
 el dulce fruto del amor extraño;
 mas vuestra alta clemencia, que no pierde

ocasión de hacer bien, mi mal tamaño
remedie, que ya estoy casi perdido,
de Scila y de Caribdis combatido.
Si el cuerpo esclavo está, está libre el alma,
puesto que Silvia tiene parte en ella,
y la amorosa triunfadora palma
sola ha de llevar mi Silvia della.
Ponga Zahara su amor, póngale en calma,
que mi firmeza no hay pensar rompella,
y aquello que a mi Dios y a Silvia debo,
me hace que aun mirarla no me atrevo.
¿Do estás, Silvia hermosa? ¿Qué destino,
qué fuerza insana de implacable hado
el curso de aquel próspero camino
tan sin causa y razón nos ha cortado?
¡Oh estrella, oh suerte, oh fortuna, oh signo!
Si alguno de vosotros ha causado
tamaño perdición, desde aquí digo
que mil cientos de veces le maldigo.
Yo moriré, por lo que al alma toca,
antes que hacer lo que mi ama quiere;
firme he de estar cual bien fundada roca
que en torno el viento, el mar combate y hiere.
Que sea mi vida mucha, o que sea poca,
importa poco; sólo el que bien muere
puede decir que tiene larga vida,
y el que mal, una muerte sin medida.

INTERLOCUTORES

SAAVEDRA, *soldado cautivo*; LEONARDO, *cautivo*;
 YZUF, *amo de Aurelio*; AURELIO; SEBASTIÁN, *mu-
 chacho cautivo*.

SAAVEDRA

En la veloz carrera, apresuradas
 las horas del ligero tiempo veo,
 contra mí con el cielo conjuradas.
 Queda atrás la esperanza, y no el deseo,
 y así la vida dél, la muerte della,
 el daño, el mal aumentan que poseo.
 ¡Ay dura inicua, inexorable estrellal
 ¡Cómo de los cabellos me has traído
 al terrible dolor que me atropellal

LEONARDO

El llanto en tales tiempos es perdido,
 pues si llorando el cielo se ablandara,
 ya le hubieran mis lágrimas movido.
 A la triste fortuna alegre cara
 debe mostrar el pecho generoso:
 que a cualquier mal buen ánimo repara.

SAAVEDRA

El cuello enflaquecido, al trabajoso
 yugo de esclavitud amarga puesto,
 bien ves que a cuerpo y alma es peligroso;

y más aquel que tiene prosupuesto
de dejarse morir antes que pase
un punto el modo del vivir honesto.

LEONARDO

Si acaso yo tus obras imitase,
forzoso me sería que al momento
en brazos de la hambre me entregase.
Bien sé que en el cautivo no hay contento;
mas no quiero creer yo mi fatiga,
teniendo en ella siempre el pensamiento.
A mi patrona tengo por amiga;
trátame cual me ves; huelgo y paseo;
«cautivo soy» el que quisiere diga.

SAAVEDRA

Triunfa, Leonardo, y goza ese troteo;
que, si por ser cautivo le hermo seas,
yo sé que es torpe, desgraciado y feo.

LEONARDO

Amigo Saavedra, si te ar[r]leas
de ser predicador, ésta no es tierra
do alcanzarás el fruto que deseas.
Déjate (d)eso y escucha de la guerra
que el gran Filipo hace nueva cierta,
y un poco la pasión de ti destierra.
Dicen que una fragata de Viserta
llegó esta noche allí con un cautivo
que ha dado vida a mi esperanza muerta.

Quitóle libertad el hado esquivo,
 de Málaga pasando a Barcelona;
 cautivóle Mamí, corsario esquivo.
 En su manera muestra ser persona
 de calidad, y que es ejercitado
 en el duro ejercicio de Belona.
 Dice el número cierto que ha pasado
 de soldados a España forasteros,
 sin los tres tercios nuestros que han bajado;
 los príncipes, señores, caballeros,
 que a servir a Filipo van de gana;
 los naturales y los extranjeros,
 y la muestra hermosísima lozana
 que en Badajoz hacer el rey pretende
 de la pujanza de la unión cristiana (1).
 Dice con esto que ninguno entiende
 el designio del rey, y el hablar desto,
 al grande y al pequeño se defiende.

SAAVEDRA

Rompeos ya, cielos, y llovednos presto
 el librador de nuestra amarga guerra
 si ya en el suelo no le tenéis puesto.
 Cuando llegué cautivo y vi esta tierra
 tan nombrada en el mundo, que en su seno
 tantos piratas cubre, acoge y cierra,
 no pude al llanto detener el freno,
 que, a pesar mío, sin saber lo que era,
 me vi el marchito rostro de agua lleno.

(1) Alude a la revista que Felipe II mandó pasar en Cantillana a las fuerzas reunidas para la conquista de Portugal.

Ofrecióse a mis ojos la ribera
y el monte donde el grande Carlo tuvo
levantada en el aire su bandera,
y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,
pues, movido de envidia de su gloria,
airado entonces más que nunca estuvo (1).

Estas cosas volviendo en mi memoria,
las lágrimas trajeran a los ojos,
forzados de desgracia tan notoria.
Pero si el alto cielo en darme enojos
no está con mi ventura conjurado,
y aquí no lleva muerte mis despojos,
cuando me vea en más seguro estado,
o si la suerte o si el favor me ayuda
a verme ante Filipino arrodillado,
mi lengua balbuciente y casi muda
pienso mover en la real presencia,
de adulación y de mentir desnuda,
diciendo: «Alto señor, cuya potencia
sujetas trae las bárbaras naciones
al desabrido yugo de obediencia;
a quien los negros indios con sus dones
reconocen honesto vasallaje,
trayendo el oro acá de sus rincones;
despierte en tu real pecho coraje
la desvergüenza con que una vil oca
aspira de continuo a hacerte ultraje.
Su gente es mucha, mas su fuerza es poca,

(1) Alusión a la expedición de Carlos V contra Argel, en 1541, y a la tormenta que hundió las naos y galeras.

desnuda, mal armada, que no tiene
en su defensa fuerte muro o roca.
Cada uno mira si tu armada viene,
para dar a los pies el cargo y cura
de conservar la vida que sostiene.
De la esquiva prisión amarga y dura,
adonde mueren quince mil cristianos,
tienes la llave de su cerradura.
Todos, cual yo, de allá puestas las manos,
las rodillas por tierra, sollozando,
cerrados de tormentos inhumanos,
poderoso señor, te están rogando
vuelvas los ojos de misericordia
a los suyos, que están siempre llorando;
y pues te deja ahora la discordia,
que tanto te ha oprimido y fatigado,
y amor en darte sigue la concordia,
haz, ¡oh buen rey!, que sea por ti acabado
lo que con tanta audacia y valor tanto
fué por tu amado padre comenzado.
El solo ver que vas pondrá un espanto
en la bárbara gente, que adivino
ya desde aquí su pérdida y quebranto.»
¿Quién duda que el real pecho benigno
no se muestre, oyendo la tristeza
donde están estos míseros continuo?
Mas ¡ay! ¡Cómo se muestra la bajeza
de mi tan rudo ingenio, pues pretende
hablar tan bajo ante tan alta alteza!
Mas la ocasión es tal, que me defiende.
Pero a todo silencio poner quiero,

que creo que mi plática te ofende,
y al trabajo he de ir adonde muero.

Aquí entra SEBASTIÁN, muchacho, en hábito de esclavo.

SEBASTIÁN

¿Hase visto tal maldad?
¿Hay tierra tan sin concordia,
do falta misericordia
y sobra la crueldad?
¿Dónde se halla disculpa
de maldad tan insolente:
que pague el que es inocente
por el que tiene la culpa?
¡Oh cielos! ¿Qué es lo que he visto?
¡Este sí que es pueblo injusto,
donde se tiene por gusto
matar los siervos de Cristol
¡Oh España, patria querida!
Mira cuál es nuestra suerte,
que, si allá das justa muerte,
quitan acá justa vida.

LEONARDO

Sebastián, dinos qué tienes,
que hablas razones tales.

SEBASTIÁN

Una infinidad de males
y una penuria de bienes.

LEONARDO

En ser, como eres, esclavo,
se encierra todo dolor.

SEBASTIÁN

Otra pena muy mayor
me tiene a mí tan al cabo.

SAAVEDRA

¿De dónde puede causarse
la pena que dices brava?

SEBASTIÁN

Dé una vida que hoy se acaba
para jamás acabarse.

Ya sabes que aquí en Argel
se supo cómo en Valencia
murió por justa sentencia
un morisco de Sargel;
digo que en Sargel vivía,
puesto que era de Aragón,
y, al olor de su nación,
pasó el perro en Berbería,
y aquí corsario se hizo,
con tan prestas crueles manos,
que con sangre de cristianos
la suya bien satisfizo.

Andando en corso, fué preso,
y, como rué conocido,

fué en la Inquisición metido,
do le formaron proceso;
y allí se le averiguó
cómo, siendo bautizado,
de Cristo había renegado
y en Africa se pasó,
y que por su industria y manos,
traidores tratos esquivos,
habían sido cautivos
más de seiscientos cristianos;
y como se le probaron
tantas maldades y errores,
los justos inquisidores
al fuego le condenaron.
Súpose del moro acá,
y la muerte que le dieron,
porque luego la escribieron
los moriscos que hay allá.
La triste nueva sabida
de los parientes del muerto,
juran y hacen concierto
de dar al fuego otra vida.
Buscaron luego un cristiano
para pagar este escote,
y halláronle sacerdote,
y de nación valenciano.
Prendieron éste a gran priesa
para ejecutar su hecho,
porque vieron que en el pecho
traía la cruz de Montesa,
y esta señal de victoria

que le cupo en buena suerte,
si le dió en el suelo muerte,
en el cielo le dió gloria;
porque estos ciegos sin luz,
que en él tal señal han visto,
pensando matar a Cristo,
matan al que trae su cruz.
De su amo lo compraron,
y, aunque eran pobres, a un punto
el dinero todo junto
de limosna lo allegaron.
En nuestro pueblo cristiano,
por Dios se pide a la gente
para sanar al doliente,
no para matar al sano.
Mas entre esta descreída
gente y maldito lugar,
no piden para sanar,
mas para quitar la vida.
Hoy en poder de sayones
he visto al siervo de Dios,
no sólo puesto entre dos,
sino entre dos mil sayones.
Iba el sacerdote justo
entre injusta gente puesto,
marchito y humilde el gesto,
a morir por Dios con gusto.
En darle penas dobladas
todo el pueblo se desvela:
cuál sus blancas canas pela,
cuál le da mil bofetadas.

Las manos que a Dios tuvieron
mil veces, hoy son tenidas
de dos sogas retorcidas
con que atrás se las asieron.
Al yugo de otro cordel
puesto el cuello humilde lleva,
haciendo seis moros prueba
cuánto pueden tirar dél.
A ningún lado miraba
que descubra un solo amigo:
que todo el pueblo enemigo
en torno le rodeaba.
Con voluntad tan dañada
procuran su pena y lloro,
que se tuvo por mal moro
quien no le dió bofetada.
A la marina llegaron
con la víctima inocente,
do con barbaria insolente
a un áncora le ligaron.
Dos áncoras a una mano
vi yo allí en contrario celo:
una, de hierro, en el suelo;
otra, de fe, en el cristiano.
Y, la una a la otra asida,
la de hierro se convierte
a dar cruda y presta muerte;
la de fe, a dar larga vida.
Ved si es bien contrario el celo
de las dos en esta guerra:
la una en el suelo afierra;

la otra se ase del cielo;
y aunque corra tal fortuna
que espante al cuerpo y al alma,
como si estuviera en calma,
no hay desasirse la una.

Sin hierro al hierro ligado,
el siervo de Dios se hallaba,
y en su cuerpo atado estaba
espíritu desatado.

El cuerpo no se rodea,
que le ata más de un cordel;
mas el espíritu dél
todos los cielos pasea.

La canalla, que se enseña
a hacer nueva crueldad,
trajo luego cantidad
de seca y humosa leña,
y una espaciosa corona
hicieron luego con ella
dejando encerrada en ella
la santa humilde persona;
y aunque no tienen sosiego
hasta verle ya expirar,
para más le atormentar
encienden lejos el fuego.

Quieren, como el cocinero
que a su oficio más mirase,
que se ase y no se abrase
la carne de aquel cordero.

Sube el humo al aire vano,
y a veces le da en los ojos;

quema el fuego los despojos
que le vienen más a mano;
vase ar[r]jugando el vestido
con el calor violento,
y el fuego, poco contento,
busca lo más escondido.
Esperad, simple cordero,
que esta ardiente llama insana,
si os ha quemado la lana,
os quiere abrasar el cuero.
Combátenle fuegos dos:
el uno, humano y visible;
el otro, santo invisible,
que es fuego de amor de Dios.
Yo no sé a cuál más debía,
puesto que a los dos pagaba:
al que el cuerpo le abrasaba
o al que el alma le encendía.
Los que estaban a miralle,
la ira así les pervierte,
que mueren por darle muerte,
y entretiénense en matalle.
Y, en medio deste tormento,
no movió el santo varón
la lengua a formar razón
que fuese de sentimiento;
antes dicen, y yo he visto
que si alguna vez hablaba,
en el aire resonaba
el eco o nombre de Cristo;
y cuando en el agonía

última el triste se vió,
cinco o seis veces llamó
la Virgen Santa María.
Al fuego el aire le atiza
y con tal ardor revuelve,
que poco a poco resuelve
el santo cuerpo en ceniza.
Mas ya que morir le vieron,
tantas piedras le tiraron,
que las piedras acabaron
lo que las llamas no hicieron.
¡Oh Santisteban segundo,
que me asegura tu celo
que miraste abierto el cielo
en tu muerte desde el mundo!
Queda el cuerpo en la marina
quemado y apedreado;
el alma el vuelo ha tomado
hacia la región divina.
Queda el moro muy gozoso
del injusto y crudo hecho;
el turco está satisfecho;
el cristiano, temeroso.
Yo he venido a referiros
lo que no pudisteis ver,
si os lo ha dejado entender
mis lágrimas y suspiros.

SAAVEDRA

Deja el llanto, amigo, ya;
que no es bien que se haga duelo

por los que se van al cielo,
 sino por quien queda acá:
 que, aunque parece ofendida
 a humanos ojos su suerte,
 el acabar con tal muerte
 es comenzar mejor vida.
 Mide por otro nivel
 tu llanto, que no hay paciencia
 que las muertes de Valencia
 se venguen acá en Argel.
 Muéstrase allá la justicia
 en castigar la maldad;
 muestra acá la crueldad
 cuánto puede la injusticia.

SEBASTIÁN

En tan amarga querella,
 ¿quién detendrá los gemidos?
 Ellos con culpa punidos;
 nosotros, muertos sin ella.

LEONARDO

Bastábanos ser cautivos,
 sin temer más desconciertos,
 pues si allá queman los muertos,
 abrasan acá los vivos.
 Usa Valencia otros modos
 en castigar renegados
 no en público sentenciados;
 ¡muera a tóxico todos!

Mas un moro viene acá;
no estemos juntos aquí:
Saavedra, por allí;
tú, Sebastián, por allá (1).

(1) Esta relación de Sebastián reproduce un hecho real. El 18 de mayo de 1577 fué martirizado el caballero valenciano de la Orden de Montesa Fray Miguel de Aranda.

SEGUNDA JORNADA

YZUF y AURELIO

YZUF

Trecientos escudos di,
Aurelio, por la doncella.
Esto di al turco; que a ella
alma y vida le rendí,
y es poco, según es bella.
Vendíomela de aburrido,
que dice que no ha podido,
mientras la tuvo en poder,
en ningún modo atraer
al amoroso partido.
Púsela en casa de un moro,
sin osarla traer acá,
y allí está donde ella está
todo mi bien y tesoro
y la gloria que amor da.
Allí se ve la bondad
junto con la crueldad
mayor que se vió en la tierra,
y juntas, sin hacer guerra,

belleza y honestidad.
 No pueden prometimientos
 ablandar su duro pecho.
 Veme en lágrimas deshecho,
 y ofrece siempre a los vientos
 cuantos servicios la he hecho.
 No hecha de ver su ventura,
 ni cómo el dolor me apura
 poco a poco suspirando;
 antes, cuando yo más blando,
 entonces ella más dura.
 A casa quiero traella
 y reclinar en tu mano
 mi gozo más soberano;
 quizá tú podrás movella,
 siendo, como ella, cristiano,
 y desde aquí te prometo
 que, si conduces a efecto
 mi amorosa voluntad,
 de darte la libertad
 y serte amigo perfecto.

AURELIO

En todo lo que quisieres
 he, señor, de complacerte,
 por ser tu esclavo y por verte
 que melindres de mujeres
 te tengan de aquesa suerte.
 ¿De qué nación es la dama
 que te enciende en esa llama
 sin mirar a su interés?

YZUF

Española dicen que es.

AURELIO

¿Y el nombre?

YZUF

Silvia se llama.

AURELIO

¿Silvia? Una Silvia venía
adonde yo cautivé,
y, según que la miré,
no en tanto allá se tenía.

YZUF

Esa es; yo la compré.

AURELIO

Si ella es, yo sé decir
que es hermosa sin mentir
y que no es tan cruda altiva,
que su condición esquiva
a ninguno hace morir.
Traela a casa, señor, luego,
y ten las riendas al miedo;
y tú verás, si yo puedo,
cómo a mis manos y ruego
amaina el casto desnudo.

YZUF

Yo voy, y mientras se ordena
su venida, por estrena
del contento que me has dado,
yo diré a mi renegado
que te quite esa cadena.

Vase YZUF y queda AURELIO solo.

AURELIO

¿Qué es esto, cielos? ¿Qué he oído?
¿Es mi Silvia? Silvia es, cierto.
¿Es posible, ¡oh hado incierto!,
que he de ver quién me ha tenido
vivo en muerte, en vida muerto?
Esta es mi Silvia, a quien llamo,
a quien quiero y a quien amo
más que a todo lo del suelo.
¡Gracias hago y doy al cielo,
que a los dos ha dado un amor!
Tregua tendrán mis enojos
entre tanta desventura,
pues por extraña ventura
vendrán a mirar mis ojos
tu sin igual hermosura.
Y si della está rendido
mi amo, está conocido,
que quien la supo mirar
es imposible escapar
de preso o de mal herido.
Y pues que con tales bríos

él descubre sus amores,
 si nos vemos, sus dolores
 se callarán, y los míos
 te diré, que son mayores.
 Y mientras pudiere ver
 tu hermosura y gentil ser,
 templaré mi desconsuelo,
 hasta que disponga el Cielo
 de entrambos lo que ha de ser.

*Vase AURELIO, y entran MERCADERES moros primero
 y segundo, y PADRE y MADRE, y dos HIJOS cautivos.*

UN PREGONERO; MAMÍ, *soldado cosario.*

MERCADER PRIMERO

En iin, Aydar, ¿que en Cerdeña
 habéis hecho la galima? (1)

MAMÍ

Sí; y aun no de poca estima,
 según se vió en la reseña.

MERCADER PRIMERO

Dícennos que os dieron caza
 de Nápoles las galeras.

MAMÍ

Sí dieron; mas no de veras,

(1) Presa, despojo de cristianos.

que el peso las embaraza.
El ladrón que va a hurtar,
para no dar en el lazo,
ha de ir muy sin embarazo,
para huir, para alcanzar.
Las galeras de cristianos,
sabed, si no lo sabéis,
que tienen falta de pies
y que no les sobran manos;
y esto lo causa que van
tan llenas de mercancías,
que, si bogasen dos días,
un pontón no tomarán.
Nosotros, a la ligera,
listos, vivos como el fuego,
y, en dándonos caza, luego
pico al viento y ropa fuera,
las obras muertas abajo,
árbol y antena en crujía,
y así hacemos nuestra vía
contra el viento sin trabajo;
y el soldado más lucido,
el más flaco y más membrudo,
luego se muestra desnudo
y del bogavante asido.
Pero allá tiene la honra
el cristiano en tal extremo,
que asir en un trance el remo
le parece que es deshonra;
y mientras ellos allá
en sus trece están honrados,

nosotros, dellos cargados,
venimos sin honra acá.

MERCADER PRIMERO

Esa honra y ese engaño
nunca salga de su pecho,
pues nuestro mayor provecho
nace de su propio daño.
Un mozo de poca edad
destos sendos comprar quiero.

MAMÍ

Ya los trae el pregonero
vendiendo por la ciudad.

MERCADER PRIMERO

¿Hay españoles entre ellos?

MAMÍ

Sí hay; que también tomamos
una nave, y allí hallamos
hasta veinticuatro dellos.

*Entra el PREGONERO, con el PADRE y la MADRE y los
MUCHACHOS y un NIÑO DE TETA a los pechos.*

PREGONERO

¿Hay quien compre los perritos,
y el viejo, que es el perrazo,

y la vieja y su embarazo?
 ¡Pues a fe que son bonitos!
 Deste me dan ciento y dos;
 deste docientos me dan;
 pero no los llevarán.
 ¡Pasá acá, perrazo, vos!

HIJO

¿Qué es esto, madre? ¿Por dicha
 véndennos aquestos moros?

MADRE

Sí, hijo; que sus tesoros
 los crece nuestra desdicha.

PREGONERO

¿Hay quien a comprar acierte
 el niño y la madre junto?

MADRE

¡Oh amargo y terrible punto,
 más terrible que la muerte!

PADRE

Sosegad, señora, el pecho;
 que si mi Dios ha ordenado
 ponernos en este estado,
 El sabe por qué lo ha hecho.

MADRE

Destos hijos tengo pena,
que no sé por dónde han de ir.

PADRE

Dejad, señora, cumplir
lo que el alto cielo ordena.

MERCADER PRIMERO

¿Qué han de dar deste, decí?

PREGONERO

Ciento y dos escudos dan.

MERCADER PRIMERO

¿Por ciento y diez, darlo han?

PREGONERO

No, si no pasáis de ahí.

MERCADER PRIMERO

¿Está sano?

PREGONERO

Sano está.

(Abrele la boca.)

MERCADER PRIMERO

Abre; no tengas temor.

HIJO

¡No me la saque, señor;
que ella mis[ma se caerá]!

MERCADER PRIMERO

¿Piensa que sacalle quiero
el rapaz alguna muela?

HIJO

¡Paso, señor, no me duela;
tenga quedo, que me muerol

MERCADER SEGUNDO

Destotro, ¿cuánto dan dél?

PREGONERO

Docientos escudos dan.

MERCADER SEGUNDO

Y ¿por cuánto le darán?

PREGONERO

Trecientos piden por él.

MERCADER SEGUNDO

Si te compro, ¿serás bueno?

HIJO

Aunque vos no me compréis,
seré bueno.

MERCADER SEGUNDO

¿Serlo eis?

HIJO

Ya lo soy, sin ser ajeno.

MERCADER PRIMERO

Por este doy ciento y treinta.

PREGONERO

Vuestro es; venga el dinero.

MERCADER PRIMERO

En casa dároslo quiero.

MADRE

El corazón me revienta.

MERCADER PRIMERO

Comprad, compañero, esotro.
Ven, niño, vente a holgar.

HIJO

No, señor; no he de dejar
mi madre por ir con otro.

MADRE

Ve, hijo; que ya no eres
sino del que te ha comprado.

HIJO

¡Ay, madre! ¿Habéisme dejado?

MADRE

¡Ay, Cielo, cuán crudo eres!

MORO

Anda, rapaz; ven conmigo.

HIJO

Vámonos juntos, hermano.

HERMANO

No puedo, ni está en mi mano;
el Cielo vaya contigo.

MADRE

¡Oh mi bien y mi alegría!
¡No se olvide de ti Dios!

HIJO

¿Dónde me llevan sin vos,
padre mío y madre mía?

PADRE

¿Quieres que hable, señor,
a mi hijo aún no un momento?
Dame este breve contento,
pues es eterno el dolor.

MORO

Cuanto quisieres le di,
pues será la vez postrera.

PADRE

Sí; pues esta es la primera
que en este trance me vi.

HIJO

Tenedme con vos aquí,
madre, que voy no sé dónde.

MADRE

La ventura se te esconde,
hijo, pues yo te parí.

PADRE

Hase obscurecido el cielo,
turbado los elementos,

conjurado mar y vientos
 todos en tu desconsuelo.
 No conoces tu desdicha,
 aunque estás bien dentro della,
 puesto que el no conocella
 lo puedes tener a dicha.
 Lo que te ruego, alma mía,
 pues el verte se me impide,
 es que nunca se te olvide
 rezar el Avemaría;
 que esta Reina de bondad,
 de virtud y gracia llena,
 ha de limar tu cadena
 y volver tu libertad.

MORO

¡Mirad la perra cristiana
 qué consejo da al muchachol
 ¡Sí que no estaba el borracho
 como tú, sin seso, vana!

HIJO

Madre, al fin, ¿que no me quedo?
 ¿Que me llevan estos moros?

MADRE

Contigo van mis tesoros.

HIJO

A fe que me ponen miedo.

MADRE

Más miedo me queda a mí
de verte ir donde vas,
que nunca te acordarás
de Dios, de mí, ni de ti,
porque esos tus tiernos años,
¿qué prometen sino esto,
entre inicua gente puesto,
fabricadora de engaños...?

PREGONERO

¡Calla, vieja y mala pieza,
si no quieres, por más mengua,
que lo que dice tu lengua
que lo pague la cabezal
¿Destotro hay quién me dé más?
Que es más bello y más lozano
que no es el otro su hermano.

MERCADER SEGUNDO

Sus, ¿en cuánto le darás?

PREGONERO

¿Nos he dicho que trecientos
escudos de oro por cuenta?

MERCADER SEGUNDO

¿Quiés docientos y cincuenta?

PREGONERO

Es dar voces a los vientos.

MERCADER SEGUNDO

Enamorado me ha
el donaire del garzón.
Yo los doy en conclusión.

PREGONERO

Dinero o señal me da.

MERCADER SEGUNDO

Cómo te llamas me di.

HIJO

Señor, Francisco me llamo.

MERCADER SEGUNDO

Pues que has mudado de amo,
muda el Francisco en Mamí.

HIJO

¿Para qué es mudar el nombre,
si no he de mudar la fe?

MERCADER SEGUNDO

Eso agora no lo sé.

HIJO .

No hay castigo que me asombre.

MERCADER SEGUNDO

Alto; venidos tras mí.

HIJO

¡Amados padres, adiós!

PADRE

¡El mismo vaya con vos!

MADRE

¡Francisco!

MERCADER SEGUNDO

No, no; Mamí.

HIJO .

Eso no, señor patrón;
Francisco me has de llamar.

MERCADER SEGUNDO

El palo os hará trocar
el nombre y aun la intención.

HIJO .

Pues me aparta el hado insano
de vos, señor, ¿qué mandáis?

PADRE

Sólo, hijo, que viváis
como bueno y fiel cristiano.

MADRE

Hijo, no las amenazas,
no los gustos y regalos,
no los azotes y palos,
no los conciertos y trazas,
no todo cuanto tesoro
cubre el suelo, el cielo ha visto,
te mueva a deja. a Cristo
por seguir al pueblo moro.

HIJO

En mí se verá, si puedo,
y mi buen Jesús me ayuda,
cómo en mi alma no muda
la fe la promesa o miedo.

PREGONERO

¡Oh, qué cristiano se muestra
el rapaz! ¡Pues yo os prometo
que alcéis con santo aprieto
la flecha y la mano diestral
Estos rapaces cristianos,
al principio muchos lloros,
y luego se hacen moros
mejor que los más ancianos.

Sálense, y entran YZUF y SILVIA.

YZUF

Dejad, Silvia, el llanto agora;
 poned tregua al ansia brava,
 que no os compré para esclava,
 sino para ser señora.

Mirad que imagino y creo
 que vuestra gran desventura,
 para daros más ventura
 ha traído este rodeo.

Con vos Fortuna en su ley
 no usa de nuevas leyes:
 que esclavos se han visto reyes,
 aunque vos sois más que rey.

Limpiad los húmedos ojos,
 que sujetan cuanto miran
 y, al tiempo que se retiran,
 llevan de almas los despojos;
 y no cubra el blanco velo
 esa divina hermosura,
 que es como la nieve obscura,
 que impide la luz del cielo.

SILVIA

Esme ya tan natural,
 señor, el llanto y tormento,
 que, si me deja un momento,
 lo tengo por mayor mal;
 y aunque así estoy, estaré
 alegre al obedeceros,
 pues distes tantos dineros
 de mí sin saber por qué;

que si acaso lo habéis he ho
 pensando sacar de mí
 gran rescate, desde aquí
 se apoca vuestro provecho;
 porque os prometo, señor,
 que de miseria y pobreza
 tengo cuanto de riqueza,
 si la riqueza es dolor;
 y de dolor soy tan rica,
 cuanto, por darme pasión,
 este caudal la ocasión
 por puntos le multiplica.

YZUF

Silvia, vives engañada:
 que yo no quiero de tí
 sino que quieras de mí
 ser servida y respetada;
 que el provecho que yo espero,
 Silvia, de haberte comprado
 es ver tu rostro extremado
 y no doblar el dinero:
 que el amor que se mejora
 en mostrar su fuerza brava,
 me ha hecho esclavo de mi esclava,
 esclava que es mi señora;
 y quedo tan satisfecho
 de perder la libertad,
 que alabo la crueldad
 deste crudo y nuevo hecho.
 Y por que lo que aquí digo

lo entiendas, Silvia, mejor,
 nunca me llames señor,
 sino siervo o caro amigo.

SILVIA

Aunque tamaña mudanza
 hace Fortuna en mi estado,
 no creo se me ha olvidado
 el término de crianza.
 Bien sé cómo he de llamarte,
 y sé que es de obligación
 que en lo que fuera razón
 procure de contentarte.

YZUF

Tu habla tan comedida,
 tu donaire, gracia y ser,
 claro me dan a entender
 que eres, Silvia, bien nacida;
 y aunque pudiera esperar
 de ti un rescate crecido,
 a tal término he venido,
 que tú me has de rescatar.
 Mas en tanto que a la clara
 veas cuanto hago por ti;
 ven, Silvia, vente tras mí:
 verás a tu ama Zahara.

SILVIA

Vamos, señor, en buen hora.

YZUF

Silvia, no tanto *señor*,
 pues mi ventura y amor
 os ha hecho a vos mi señora.

Sale ZAHARA.

ZAHARA

Seáis, Yzuf, bien llegado.
 ¿Cúya es la esclava rumía? (1)

SILVIA

Vuestra soy, señora mía.

YZUF

Verdad es; yo la he comprado.

ZAHARA

Por cierto, la compra es bella,
 si cual hermosa es honesta.
 Decid, señor: ¿cuánto os cuesta?

YZUF

Dado he mil doblas por ella.

(1) *Rumía* o *romía* equivale a romana, cristiana, esclava y se aplicaba a las cristianas cautivadas en la guerra.

ZAHARA

¿Espera ser rescatada?

YZUF

De muy rica tiene fama.

ZAHARA

¿Su nombre?

YZUF

Silvia se llama.

ZAHARA

¿Es doncella o es casada?

SILVIA

Casada soy y doncella.

ZAHARA

¿Cómo es eso, Silvia? Di.

SILVIA

Señora, ello es así,
que así lo quiso mi estrella.
El Cielo me dió marido,
no para que le gozase,
sino para que quedase
yo perdida y él perdido.

Aquí entra un MORO, diciendo:

MORO

Yzuf, a llamarte envía
aprieta el rey nuestro Azán (1).

YZUF

¿Dónde está agora?

MORO

En Duán (2),
metido en grande agonía.
Amet, jenizar agá (3),
y los bolucos bajíes (4),
y también los debajíes (5)
y oldajes (6) están allá.
Hanse juntado a con-ejo
sobre que es averiguado
que el rey de España ha juntado
de guerra grande aparejo.
Dicen que va a Portugal;
mas témesese no sea maña,
y es bien que teme su saña
Argel, que le hace más mal.
En la guerra hay mil ensayos

(1) El famoso y cruel Azán Agá, bey de Argel, en cuyo poder estuvo Cervantes.

(2) Duán, consejo y casa del consejo.

(3) Agá de los jenizaros, o jefe de ellos.

(4) Los bolucbajís o comandantes.

(5) Dabajíes son jefes de diez soldados.

(6) Oldají es el primer grado de jenizaro.

de fraude y de astucia llenos:
acullá suenan los truenos,
y acá disparan los rayos.

YZUF

Vamos; que el cielo, que toma
por suya nuestra defensa,
a España hará, con su ofensa,
sujeta y sierva a Mahoma.
Y vos, señora, ordenad
a Silvia lo que ha de hacer,
y vos, Silvia, a su querer
sujetad la voluntad.

Vanse los dos, y quedan SILVIA y ZAHARA solas.

ZAHARA

Cristiana, di: ¿de adónde eres?
¿Eres pobre, o eres rica?
¿De suerte ensalzada, o ¿hica?
No me lo niegues, si quieres,
porque soy, cual tú, mujer,
y no de entrañas tan duras
que tus tristes desventuras
no me hayan de enternecer.

SILVIA

Señora, soy de Granada,
y de suerte así abatida,
cual lo muestra el ser vendida

a cada paso y comprada.
Dicen que fuí rica un tiempo;
pero toda mi riqueza
se ha vuelto en mayor pobreza
y ha pasado con el tiempo.

ZAHARA

¿Has algún tiempo tenido
enamorado deseo?

SILVIA

Al estado en que me veo
el crudo amor me ha traído.

ZAHARA

¿Fuiste acaso bien querida?

SILVIA

Fuilo; y quise con ventaja
tal, que apenas la mortaja
borrará te tan subida.

ZAHARA

¿Fuiste querida primero,
o empezó el amor de ti?

SILVIA

Primero querida fuí
del que quise, querré y quiero.

ZAHARA

¿Es mozo?

SILVIA

Y aun gentilhombre.

ZAHARA

¿Es cristiano?

SILVIA

Pues ¡qué!, ¿moro?

¡No sale de su decoro
quien ha de cristiano el nombre!

ZAHARA

¿Y es pecado querer bien
a un moro?

SILVIA

Yo no sé nada;
sé que es cosa reprobada,
y a cristianas no está bien.

ZAHARA

¿Y querer mora a cristiano?

SILVIA

Eso tú mejor lo entiendes.

ZAHARA

¡Ay, Silvia! ¡Cómo me ofendes
y me lastimas temprano!

SILVIA

¿Yo, mi señora? ¿En qué suerte?

ZAHARA

Escucha y te lo diré:
que, en oyéndome, bien sé
que vendrás de mí a dolerte.

Has de saber, ¡h Silvia!, que estos días
partieron deste puerto con buen tiempo
doce bajelès, de cosarios todos,
y con próspero viento caminaron
la vuelta de las islas de Cerdeña,
y allí, en las calas, vueltas y revueltas,
y puntas que la mar hace y la tierra,
se fueron a esconder, estando alerta
si algún bajel de Génova o de España,
o de otra nación, con que no fuese
francesa, por el mar se descubría.
En esto, un bravo viento se levanta,
que maestral se llama, cuya furia
dicen los marineros que es tan fuerte,
que las tupidas velas y las jarcias
del más recio navío y más armado
no pueden resistirla, y es forzoso
acudir al abrigo más cercano,
si su rigor acaso lo concede.

Las levantadas hondas, el ruido
 del atrevido viento detenía
 los cosarios bajeles en las calas,
 sin dejarles salir al mar abierto,
 y en otra parte, con ruro insano,
 mostrando su braveza, fatigaba
 una galera de cristiana gente
 y de riquezas llena, que, corriendo
 por el hinchado mar sin remo alguno,
 venía a su albedrío, temerosa
 de ser sorbida de las bravas hondas;
 pero después, a cabo de tres días,
 del recio mar y viento contrastada,
 descubrió tierra, y fué el descubrimiento
 de su mayor dolor y desventura,
 porque a la misma isla de San Pedro (1)
 vino a parar, adonde recogidos
 estaban los bajeles enemigos,
 los cuales, de la presa codiciosos,
 salen, y de furor bélico armados,
 la galera acometen destrozada
 y de solos deseos defendida.
 Una pelota pasa en el momento
 al capitán el pecho, y a su lado
 del lusitano fuerte, muerto cae
 un caballero ilustre valenciano.
 El robo, las riquezas, los cautivos
 que los turcos hallaron en el seno
 de la triste galera me ha contado

(1) Lugar en donde se acogen los corsarios cuando les sucede algún contratiempo.

un cristiano, que allí perdió la dulce
 y amada libertad para quitarla
 a quien quiere rendirse a su rendido.
 Este cristiano, Silvia, este cristiano,
 este cristiano es, Silvia, quien me tiene
 fuera del ser que a moras es debido,
 fuera de mi contento y alegría,
 fuera de todo gusto, y estoy fuera,
 que es lo peor, de todo mi sentido.
 Compróme mi marido, y está en casa,
 y puesto que con lágrimas y ruegos,
 con suspiros, ternezas y con dádivas,
 procuro de ablandar su duro pecho,
 al mío, que contino es blanda cera,
 el suyo se me muestra de diamante;
 así que, Silvia hermana, como has dicho
 que al cristiano no es lícito dé gusto
 en cosas del amor a mora alguna,
 tus razones me tienen ofendida,
 y con aquesas mismas se defiende
 Aurelio, a quien a hecho tan cristiano
 el Cielo para darme a mí la muerte.

SILVIA

¿Aurelio dices que por nombre tiene,
 señora, ese cristiano?

ZAHARA

Ansí se llama. 3

SILVIA

La galera que dices, según creo,
se llamaba *San Pablo*, y era nueva,
y de la sacra religión de Malta (1).
Yo en ella me perdí, y aun imagino
que conozco a ese Aurelio, y es un mozo
de rostro hermoso y de nación hispano.

ZAHARA

Sin duda has acertado; ¡ay, Silvia mía!
¿Quién es este enemigo de mi gloria?
¿Es caballero, o rústico villano?
Que todo lo parece en su apostura
y dura condición: el talle ilustre,
de la ciudad; la condición, del monte.

SILVIA

A mí, pobre escudero me parece,
según en la galera se trataba;
que de su hacienda no sé más, señora.

ZAHARA

Ni yo sé qué te diga, ¡oh, Silvia, Silvia!,
sino que a tal extremo soy venida,
que le tengo de amar sea quien se fuere.
Sólo te ruego que procures, Silvia,
de ablandar esta tigre y fiera hircana,

(1) Hecho histórico.

y atraerla con dulces sentimientos
 a que sienta la pena que padece
 esta mísera esclava de su esclavo;
 y si esto, Silvia, haces, yo te juro
 por todo el Alcorán de buscar modo
 cómo con brevedad alegre vuelvas
 al patrio dulce suelo deseado.

SILVIA

Deja, señora, el cargo a Silvia dello,
 que tú verás lo que mi industria hace,
 por gusto tuyo y por provecho mío.

Vanse las dos, y sale AURELIO.

AURELIO, *solo.*

¡Oh sancta edad, por nuestro mal pasada,
 a quien nuestros antiguos le pusieron
 el dulce nombre de la edad dorada!
 ¡Cuán seguros y libres discurrieron
 la redondez del suelo los que en ella
 la caduca mortal vida vivieron!
 No sonaba en los aires la querrela
 del mísero cautivo, cuando alzaba
 la voz a maldecir su dura estrella.
 Entonces libertad dulce reinaba
 y el nombre odioso de la servidumbre
 en ningunos oídos resonaba.
 Pero después que sin razón, sin lumbre,
 ciegos de la avaricia, los mortales,
 cargados de terrena pesadumbre,

descubrieron los rubios minerales
del oro que en la tierra se escondía,
ocasión principal de nuestros males,
éste que menos oro poseía,
envidioso de aquél que, con más maña,
más riquezas en uno recogía,
sembró la cruda y la mortal cizaña
del robo, de la fraude y del engaño,
del cambio injusto y trato con maraña.
Mas con ninguno hizo mayor daño
que con la hambrienta, despiadada guerra,
que al natural destruye y al extraño.
Esta consume, abrasa, echa por tierra
los reinos, los imperios populosos,
y la paz hermosísima destierra,
y sus fieros ministros, codiciosos
más del rubio metal que de otra cosa,
turban nuestros contentos y reposos,
y, en la sangrienta guerra peligrosa,
pudiendo con el filo de la espada
acabar nuestra vida temerosa,
la guardan de prisiones rodeada,
por ver si prometemos por librilla
nuestra pobre riqueza mal lograda.
Y así, puede el que es pobre y que se halla
puesto entre esta canalla al daño cierto,
su libertad a Dios encomendalla,
o contarse, viviendo, ya por muerto,
como el que en rota nave y mar airado
se halla solo, sin saber do hay puerto.
Y no tengo por menos desdichado

al que tiene con qué y el modo ignora
 cómo llegar al punto deseado,
 porque esta gente, do bondad no mora,
 no dió jamás palabra que cumpliese,
 como falsa, sin ley, sin fe y traidora.
 Guardará por su Dios al interese,
 y do éste no interviene, no se espere
 que por sola virtud bondad hiciese.
 Aquí en diverso traje ves que muere
 el ministro de Dios, y por su oficio
 más abatido es, peor se quiere,
 y el mancebo cristiano al torpe vicio
 es dedicado desta gente perra,
 do consiste su gloria y ejercicio.
 ¡Oh cielo santo! ¡Oh dulce, amada tierra!
 ¡Oh Silvia! ¡Oh gloria de mi pensamiento!
 ¿Quién de tu alegre vista me destierra?
 Pero, si no me engaño, pasos siento.
 Yzuf, mi amo, es éste que aquí viene.
 ¡Cuán ajeno de sí le trae el tormento!

[*Se aparta AURELIO, y sale YZUF.*]

YZUF

Quien con amor amargo se entretiene,
 y al duro yugo de su servidumbre
 el flaco cuello ya inclinado tiene,
 si del cielo no viene nueva lumbre
 que aquella ceguedad de los sentidos
 con claros rayos de razón alumbre,
 todos estos remedios son perdidos:

que al fin irán por tierra derribados
 los amigos consejos más sabidos.
 Más viejos y más pláticos soldados
 tiene el rey a su mando y su servicio;
 déjeme a mí, que tengo otros cuidados;
 mejor será que el trabajoso oficio
 de reparar los fosos y muralla
 entregue al que de amor aun es novicio;
 que yo más cruda y más fiera batalla
 espero a cada paso, ¡ay suerte dural,
 que teme el alma y ha de atropellalla.
 ¡Oh Silvia, reina de la hermosural
 Por vos a los oficios doy de mano
 que pudieran honrarme y dar ventura.
 Pero ¿qué es lo que he dicho? ¡Oh ciego insano!
 ¿No vale más gozar de aquellos ojos,
 que ser señor del aureo suelo hispano?
 Tu beldad, Silvia, adoro aquí de hinojos.

AURELIO *vuelve, y, hallándole de rodillas, le dice:*

[AURELIO]

¿Son éstos los despojos, señor mío,
 que el gran cuidado mío te procura?
 Por cierto que es locura averiguada
 mostrar tan derribada la esperanza.
 Ten, señor, confianza; espera un poco,
 que das muestras de loco en lo que haces.

YZUF

Poco me satisfaces y contentas,

si consolarme tientes con razones.
 ¿Has visto las facciones de mi diosa?

AURELIO

Señor, no he visto cosa. ¿Es ya venida?
 Si lo es, retraída está allá dentro.

YZUF

Si está, y aun en el centro de mi pecho.

AURELIO

Ten cierto tu provecho desde hoy más.

YZUF

Vamos, y verla has, y ten cuidado
 de lo que te he rogado, Aur[elio amigo].

AURELIO

El Cielo será dello buen testigo (1).

Vanse, y sale FÁTIMA sola.

[FÁTIMA]

El esperado punto es ya llegado
 que pide la no vista hechicería

(1) El manuscrito original es ilegible en estas palabras.

para poder domar el no domado
pecho, que domará la ciencia mía.
Por la región del cielo, el estrellado
carro lleva la noche obscura y fría,
y la ocasión me llama do haré cosas
horrendas, estupendas, espantosas.
El cabello dorado al aire suelto
tiene de estar, y el cuerpo desceñido;
descalzo el pie derecho; el rostro vuelto
al mar, adonde el sol se ha zabullido;
al brazo este sartal será revuelto
de las piedras preñadas que en el nido
del águila se hallan, y esta cuerda
con mi intención la virtud suya acuerda.
Aquestas cinco cañas, que cortadas
fueron en luna llena por mi mano,
en esta misma forma acomodadas,
lo que quiero harán fácil y llano;
también estas cabezas, arrancadas
del jáculo, serpiente, en el verano
ardiente, allá en la Libia, me aprovechan,
y aun estos granos, si en el suelo se echan.
Esta carne, quitada de la frente
del ternecillo potro cuando nace,
cuya virtud rarísima, excelente,
en todo a mi deseo satisface
envuelta en esta hierba, a quien el diente
tocó del corderillo cuando pace,
hará que Aurelio venga cual cordero
mansísimo y humilde a lo que quiero.
Esta figura, que de cera es hecha,

en el nombre de Aurelio fabricada,
 será con blanda mano y dura flecha
 por medio el corazón atravesada.
 Quedará luego Zahara satisfecha
 de aquella voluntad desordenada,
 y el helado cristiano vendrá luego
 ardiendo en amoroso y dulce fuego.
 A vosotros, ¡oh justo Radamanto
 y Minos!, que con leyes inmutables
 en los oscuros reinos del espanto
 regís las almas tristes miserables;
 si acaso tiene fuerza el ronco canto
 o mormurio de versos detestables,
 por ellos os conjuro, ruego y pido
 ablandéis este pecho endurecido.
 ¡Rápida, Ronca, Run, Raspe, Riforme,
 Gandulandin, Clifet, Pantasilonte,
 ladrante tragador, falso triforme,
 herbárico pestífero del monte,
 Herebo, engendrador del rostro inorme
 de todo fiero dios, a punto ponte
 y ven sin detenerte a mi presencia,
 si no desprecias la zoroastra ciencial

Sale un DEMONIO, y dice:

[DEMONIO]

La fuerza incontrastable de tus versos
 y mormurios perversos me han traído
 del reino del olvido a obedecerte;
 mas, ¡oh moral, quel verte en esta empresa

infinito me pesa, porque entiendo
que es ir tiempo perdiendo.

FÁTIMA

¿Por qué causa?

DEMONIO

Pon al conjuro pausa, y al momento
satisfaré tu intento en lo que pides,
si acaso tú te mides y acomodas
a mis palabras todas y consejos.
Todos tus aparejos son en vano,
porque un pecho cristiano, que se arrima
a Cristo, en poco estima hechicerías.
Por muy diversas vías te conviene
atraerle a que pene por tu amiga.

FÁTIMA

¿Ansí questa fatiga no aprovecha?

DEMONIO

En balde ha sido hecha. Mas escucha,
que con presteza mucha y sin rodeo
cumplirás tu deseo en este modo:
en el infierno [todo no] hay quien haga
más cruda y fiera plaga entre cristianos,
aunque muestren más sanos corazones
y limpias intenciones, que es la dura
necesidad, que apura la paciencia.

No tiene resistencia esta pasión.
La otra es la ocasión: Si estas dos vienen
y con Aurelio tienen estrechez,
verás a su braveza derribada
y en blandura tornada, y con sosiego,
regalarse en el fuego de Cupido.

[FÁTIMA]

Pues esas dos te pido que me envíes,
y que no te desvíes desta empresa.

DEMONIO

Tu mandado se hará con toda püesa.

Vanse.

TERCERA JORNADA

Salen dos ESCLAVOS y dos MUCHACHILLOS moros, que les salen diciendo estas palabras, que se usan decir en Argel: «Joan, o Juan, non rescatar, non fugir. Don Juan no venir; acá morir, perro, acá morir; don Juan no venir; acá morir.»

[ESCLAVO PRIMERO]

¡Bien decís, perros; bien decís, traidores!
Que si don Juan el valeroso de Austria
gozara del vital amado aliento,
a solo él, a sola su ventura
la destrucción de vuestra infame tierra
guardara el justo y piadoso Cielo.
Mas no le mereció gozar el mundo;
antes, en pena de tan graves culpas
como en él se cometen, quiso el hado
cortar el hilo de su dulce vida
y arrebatár el alma el alto Cielo.

[MORO]

¡Don Juan no venir; acá morir!

[ESCLAVO SEGUNDO]

¡Si él acaso viniera, yo sé cierto
que huyérades vosotros, gente infame!

[MORO]

¡Don Juan no venir; acá morir!

[ESCLAVO PRIMERO]

¡Tú morirás, y no podrás huirte
del duro cativeño del infierno!

[MORO]

¡Don Juan no venir; acá morir!

[ESCLAVO SEGUNDO]

Vendrá su hermano, el ínclito Filipo,
el cual, sin duda, ya venido hubiera
si la cerviz indómita y erguida
del luterano Flandes no ofendiese
tan sin vergüenza a su real corona.

[MORO]

¡Acá morir!

[ESCLAVO PRIMERO]

Primero espero ver puestas por tierra
estas flacas murallas, y este nido
y cueva de ladrones abrasado,

pena que justamente le es debida
a sus continos y nefandos vicios.

[ESCLAVO SEGUNDO]

Será nunca acabar si respondemos;
déjaos ya, Per Alvarez amigo,
que ellos se cansarán, y dime agora
si todavía piensas de huirte.

ESCLAVO PRIMERO

¡Y cómo!

ESCLAVO SEGUNDO

¿En qué manera?

ESCLAVO PRIMERO

¿En qué manera?

Por tierra, pues no puedo de otra suerte.

ESCLAVO SEGUNDO

¡Difíciltoza empresa, cierto, emprendes!

ESCLAVO PRIMERO

Pues ¿qué quieres que haga, dime, hermano?
Que mis ancianos padres que son muertos,
y un hermano que tengo se ha entregado
en la hacienda y bienes que dejaron,
el cual es tan avaro, que, aunque sabe
la esclavitud amarga que padezco,

no quiere dar, para librarme della,
 un real de mi mismo patrimonio.
 Como esto considero, y veo que tengo
 un amo tan cruel como tú sabes,
 y que piensa que yo soy caballero,
 y que no hay modo que limosna alguna
 llegue a dar el dinero que él me pide,
 y la insufrible vida que padezco,
 de hambre, desnudez, cansancio y frío,
 determino morir antes huyendo,
 que vivir una vida tan mezquina.

ESCLAVO SEGUNDO

¿Has hecho la mochila?

ESCLAVO PRIMERO

Sí; ya tengo
 casi diez libras de bizcocho bueno.

ESCLAVO SEGUNDO

¿Pues hay desde aquí a Orán sesenta leguas,
 y no piensas llevar más de diez libras?

ESCLAVO PRIMERO

No; porque tengo hecha ya una pasta
 de harina y huevos, y con miel mezclada,
 y cocida muy bien, la cual me dicen
 que da muy poco della gran sustento;
 y si esto me faltare, algunas hierbas
 pienso comer con sal, que también llevo.

ESCLAVO SEGUNDO

¿Zapatos llevas?

ESCLAVO PRIMERO

Sí; tres pares buenos.

ESCLAVO SEGUNDO

¿Sabes bien el camino?

ESCLAVO PRIMERO

¡Ni por pienso!

ESCLAVO SEGUNDO

¿Pues cómo piensas ir?

ESCLAVO PRIMERO

Por la marina;
que agora, como es tiempo de verano,
los alárabes todos a la sierra
se retiran, buscando el fresco viento.

ESCLAVO SEGUNDO

¿Llevas algunas señas por do entiendas
cuál es de Orán la deseada tierra?

ESCLAVO PRIMERO

Sí llevo, y sé que he de pasar primero
dos ríos: uno del Bates (*sic*) nombrado,

río del azafrán, que está aquí junto; otro el de Hiqueznaque, que es más lejos. Cerca de Mostagán, y a man derecha, está una levantada y grande cuesta, que dicen que se llama el Cerro Gordo, y puesto encima della se descubre frente por frente un monte, que es la silla que sobre Orán levanta la cabeza.

ESCLAVO SEGUNDO

¿Caminarás de noche?

ESCLAVO PRIMERO

¿Quién lo duda?

ESCLAVO SEGUNDO

¿Por montañas, por riscos, por honduras te atreves a pasar, en las tinieblas de la cerrada noche, sin camino ni senda que te guíe adonde quieres? ¡Oh libertad, y cuánto eres amada! Amigo dulce, el cielo sancto haga salir con buen suceso tu trabajo. Dios te acompañe.

ESCLAVO PRIMERO

Y El vaya contigo.

[*Vanse*].

Salen AURELIO y SILVIA.

[AURELIO]

Dádome ha la Fortuna, por descuento
de todo mi trabajo, Silvia mía,
la gloria de mirarte y el contento.
Mi pena será vuelta en alegría
de hoy más, pues que te veo, Silvia amada,
y mi cerrada noche en claro día.

SILVIA

Yo soy, mi bien, la bien afortunada;
pues que torno a gozar de tu presencia,
de lo que estaba ya desconfiada.

AURELIO

¿Cómo os ha ido, esposa, en esta ausencia,
en poder desta gente, que no alcanza
razón, virtud, valor, almas, conciencia?

SILVIA

Como he tenido y tengo la esperanza
puesta en el Hacedor de tierra y cielo,
con cristiana y segura confianza,
por su bondad, aun tengo el casto velo
guardado, y con su ayuda sancta espero
no tener de mancharle algún recelo.

AURELIO

Sabrás, esposa dulce, que el artero

y vengativo Amor ha salteado
 con áspero rigor, airado y fiero,
 el pecho de mi ama, y le ha llagado
 de una llaga incurable, pues le tiene
 deste pecho, que es tuyo, enamorado,
 y a doquiera que voy conmigo viene;
 y según que la mora me declara,
 con el solo mirarme se entretiene.

SILVIA

Todo ese cuento ya me ha dicho Zahara,
 y me ha pedido que yo a ti te pida
 no quieras desdeñarla así a la clara.
 También no pasa menos triste vida
 Yzuf, nuestro amo, que también me adora,
 con fe que, a lo que creo, no es fingida.

AURELIO

¡Oh, pobre morol

SILVIA

¡Oh desdichada moral

AURELIO

¡Cómo envíais en vano al vano viento
 vuestros vanos suspiros de hora en hora!
 También me ha dicho Yzuf todo su intento
 y me ha rogado que yo a vos os ruegue
 algún allivio deis a su tormento.
 Mas antes con airada furia llegue

una saeta que me pase el pecho,
 y esta alma de las carnes se despegue,
 que tan a costa mía su provecho
 y tan en daño vuestro procurase,
 aunque él quede de mí mal satisfecho.

SILVIA

Si en este caso, Aurelio, nos bastase
 mostrar a éstos voluntad trocada,
 sin que el daño adelante más pasase,
 tendríalo por cosa yo acertada,
 porque deste fingir se granjearía
 el no estorbarnos nuestra vista amada.
 Dirás a Zahara que por causa mía
 no te muestras tan áspero, y yo al moro
 diré que mucho puede tu porfía,
 y guardando los dos este decoro
 con discreción, podremos fácilmente
 aplacar con el vernos nuestro lloro.

AURELIO

El parecer que has dado es excelente,
 y harásé cual lo ordenas, y entretanto
 quizá se aplacará el hado inclemente.
 Yo escribiré a mi padre en el quebranto
 en que estamos los dos. Tú, Silvia, puedes
 escribir a los tuyos otro tanto.
 Y porque a veces tienen las paredes,
 según se dice, oídos, Silvia mía,
 agradeciendo al Cielo estas mercedes,
 pasemos esta plática a otro día.

OCASIÓN, NECESIDAD, AURELIO, ZAHARA y FÁTIMA

Salen primero la OCASIÓN y la NECESIDAD.

OCASIÓN

Necesidad, fiel ejecutora
 de cualquiera delicto que te oirece
 la pública ocasión o la secreta:
 ya ves cuán apremiadas y forzadas
 del Herebo infernal habemos sido,
 para venir a combatir la roca
 del pecho encastillado de un cristiano
 que está rebelde y muestra que no teme
 del niño y ciego dios la grande fuerza.
 Es menester que tú le solicites
 y te le muestres siempre, a todas horas,
 en el comer, y en el vestir, y en todas
 las cosas que pensare o pretendiere.
 Yo, por mi parte, de continuo pienso
 ponérme[le] delante y la melena
 de mis pocos cabellos ofrecerle,
 y detenerme un rato, por que pueda
 asirme della, cosa poco usada
 de mi ligera condición y presta.

NECESIDAD

Bien puedes, Ocasión, estar segura
 que yo haré por mi parte maravillas
 si tu favor y ayuda no me falta.
 Pero ves, aquí viene el indomable;
 apercíbete, hermana, y derribemos
 la vana presunción deste cristiano.

Sale AURELIO

[AURELIO]

¿Que no ha de ser posible, pobre Aurelio,
 el defenderte desta mora infame
 que por tantos caminos te persigue?
 Sí será, sí, si no me niega el Cielo
 el favor que hasta aquí no me ha negado.
 De mil astucias usa y de mil mañas
 para traerme a su lascivo intento:
 ya me regala, ya me vitupera,
 ya me da de comer en abundancia,
 ya me mata de hambre y de miseria.

NECESIDAD

Grande es, por cierto, Aurelio, la que tienes.

AURELIO

Grande necesidad, cierto, padezco.

NECESIDAD

Rotos traes los zapatos y vestido.

AURELIO

Zapatos y vestidos tengo rotos.

NECESIDAD

En un pellejo duermes, y en el suelo.

AURELIO

En el suelo me acuesto en un pellejo.

NECESIDAD

Corta traes la camisa, sucia y rota.

AURELIO

Sucia, corta camisa y rota traigo.

OCASIÓN

Pues yo sé, si quisieses, que hallarías
ocasión de salir dese trabajo.

AURELIO

Pues yo sé, si quisiese, que podría
salir desta miseria a poca costa.

OCASIÓN

Con no más de querer a tu ama Zahara,
o con dar muestras sólo de quererla.

AURELIO

Con no más de querer bien a mi ama,
o fingir que la quiero, me bastaba.
Mas ¿quién podrá fingir lo que no quiere?

NECESIDAD

Necesidad te fuerza a que lo hagas.

AURELIO

Necesidad me fuerza a que lo haga.

OCASIÓN

¡Oh, cuán rica es Zahara y cuán hermosa!

AURELIO

¡Cuán hermosa y cuán rica que es mi ama!

NECESIDAD

Y liberal, que hace mucho al caso,
que te dará a montón lo que quisieres.

AURELIO

Y, siendo liberal y enamorada,
daráme todo cuanto le pidiere.

OCASIÓN

¡Extraña es la ocasión que se te ofrece!

AURELIO

¡Extraña es la ocasión que se me ofrece!
Mas no podrá torcer mi hidalga sangre
de lo que es justo y a sí misma debe.

OCASIÓN

¿Quién tiene de saber lo que tú haces?
Y un pecado secreto, aunque sea grave,
cerca tiene el remedio y la disculpa.

AURELIO

¿Quién tiene de saber lo que yo hago?
Y una secreta culpa no merece
la pena que a la pública le es dada.

OCASIÓN

Y más que la ocasión mil ocasiones
te ofrecerá secretas y escondidas.

AURELIO

Y más que a cada paso se me ofrecen
secretas ocasiones infinitas.
¡Cerrar quiero con una! ¡Aurelio, paso,
que no es de caballero lo que piensas,
sino de mal cristiano, descuidado
de lo que a Cristo y a su sangre debes!

NECESIDAD

Misericordia tuvo y tiene Cristo,
con que perdona siempre las ofensas
que por necesidad pura le hacen.

AURELIO

Pero bien sabe Dios que aquí me fuerza
pura necesidad, y esto reciba
el Cielo por disculpa de mi culpa.

OCASIÓN

Ahora es tiempo, Aurelio; ahora puedes

asir a la ocasión por los cabellos.
Mira cuán linda, dulce y amorosa
la mora hermosa viene a tu mandado!

Sale ZAHARA [y FÁTIMA].

[ZAHARA]

Aurelio, ¿solo estás?

AURELIO

¡Y acompañado!

ZAHARA

¿De quién?

AURELIO

De un amoroso pensamiento.

ZAHARA

¿Quién es la causa, di?

AURELIO

Si te la digo,
podría ser que ya no me llamases
riguroso, cruel, desamorado.

NECESIDAD

¡Obrando va tu fuerza, compañera!

OCASIÓN

¿Pues no ha de obrar? Escucha en lo que para.

ZAHARA

Si eso así fuese, Aurelio, dichosísima sería mi ventura, y tú serías no menos venturoso, dulce Aurelio.

Y porque más de espacio y más a solas me 'puedas descubrir tu pensamiento, sígueme, Aurelio, agora que se ofrece la ocasión de no estar Yzuf en casa.

AURELIO

Si seguiré, señora; que ya es tiempo de obedecerte, pues que soy tu esclavo.

NECESIDAD

Por tierra va, Ocasión, el fundamento del bizarro cristiano.. ¡Ya se rinde!

OCASIÓN

¡Tales combates juntas le hemos dado! Entrémonos con Zahara en su aposento, y allí de nuevo, cuando Aurelio entrare, tornaremos a darle tientos nuevos.

Entranse, y queda AURELIO solo.

AURELIO

Aurelio, ¿dónde vas? ¿Para do mueves el vagaroso paso? ¿Quién te guía? ¿Con tan poco temor de Dios te atreves a contentar tu loca fantasía? Las ocasiones fáciles y leves

que el lascivo regalo al alma envía
 tienen de persuadirte y derribarte
 y al vano y torpe amor blando entregarte.
 ¿Es éste el levantado pensamiento
 y el propósito firme que tenías
 de no ofender a Dios, aunque en tormento
 acabases tus cortos, tristes días?
 ¿Tan presto has ofrecido y dado al viento
 las justas, amorosas fantasías,
 y ocupas la memoria de otras vanas,
 inhonestas, infames y livianas?
 ¡Vaya lejos de mí el intento vano!
 ¡Afuera, pensamiento mal nacido!
 ¡Que el lazo enredador de Amor insano,
 de otro más limpio amor será rompido!
 ¡Cristiano soy, y he de vivir cristiano;
 y aunque a términos tristes conducido,
 dádivas o promesa, astucia o arte,
 no harán que un punto de mi Dios me aparte!

*Sale FRANCISCO, el muchacho hermano del niño que
 vendieron en la segunda jornada, y dice:*

[FRANCISCO]

¿Has visto, Aurelio, a mi hermano?

AURELIO

¿Dices a Juanico?

FRANCISCO

Sí.

AURELIO

Poquito habrá que le vi.

FRANCISCO

¡Oh sancto Dios soberano!

AURELIO

¿Padeces algún tormento,
Francisco?

FRANCISCO

Sí; una fatiga
que no sé cómo la diga,
aunque sé cómo la siento;
y no quieras saber más,
para entender mi cuidado,
sino que mi hermano ha dado
el ánima a Satanás.

AURELIO

¿Ha renegado, por dicha?

FRANCISCO

¿Dicha llamas renegar?
Si él lo viene a efectuar,
ello será por desdicha.
Ha dado ya la palabra
de ser moro, y este intento
en su tierno pensamiento
con regalos siempre labra.

AURELIO

Vesle, Francisco, a do asoma.
¡Bizarro viene, por ciertol

FRANCISCO

Estos vestidos le han muerto:
que él ¿qué sabe que es Mahoma?

AURELIO

Vengáis norabuena, Juan.

JUAN

¿No saben ya que me llamo...

AURELIO

¿Cómo?

JUAN

...ansí como mi amo?

FRANCISCO

¿En qué modo?

JUAN

Solimán.

FRANCISCO

¡Tosigo fuera mejor

que envenenara aquel hombre
que así te ha mudado el nombre!
¿Qué es lo que dices, traidor?

JUAN

Perro, poquito de aqueso,
que se lo diré a mi amo.
¿Porque Solimán me llamo
me amenaza? ¡Bueno es eso!

FRANCISCO

¡Abrázame, dulce hermano!

JUAN

¿Hermano? ¿De cuándo acá?
¡Apártese el perro allá;
no me toque con la mano!

FRANCISCO

¿Por qué conviertes en lloro
mi contento, hermano mío?

JUAN

Ese es grande desvarío.
¿Hay más gusto que ser moro?
Mira este galán vestido,
que mi amo me le ha dado,
y otro tengo de brocado,
más bizarro y más polido.
Alcuzcuz como sabroso,

sorbeta (1) de azúcar bebo,
 y el corde (2), que es dulce, pruebo,
 y pilao (3), que es provechoso.
 Y en vano trabajarás
 de aplacarme con tu lloro;
 mas, si tú quieres ser moro,
 a fe que lo acertarás.
 Toma mis consejos sanos,
 y veráste mejorado.
 Adiós, porque es gran pecado
 hablar tanto con cristianos.

Vase.

FRANCISCO

¿Hay desventura igual en todo el suelo?
 ¿Qué red tiene el demonio aquí tendida,
 con que estorba el camino de ir al cielo?
 ¡Oh tierna edad! ¡Cuán presto eres vencida,
 siendo en esta Sodoma requestada
 y con falsos regalos combatida!

AURELIO

¡Oh cuán bien la limosna es empleada
 en rescatar muchachos, que en sus pechos
 no está la santa fe bien arraigada!

(1) Cocimientos de frutas pasas.

(2) O zerde, arroz guisado con miel.

(3) Arroz guisado con caldo de carnero; se come seco y con pasas de Alejandría.

¡Oh, si de hoy más, en caridad deshechos
 se viesen los cristianos corazones,
 y fuesen en el dar no tan estrechos,
 para sacar de grillos y prisiones
 al cristiano cativo, especialmente
 a los niños de flacas intenciones!
 Es esta sancta obra así excelente,
 que en ella sola están todas las obras
 que a cuerpo y alma tocan juntamente.
 Al que rescatas, de perdido cobras,
 reduces a su patria el peregrino,
 quítasle de cien mil y más zozobras:
 de hambre, que le aflige de continuo;
 de la sed insufrible, y de consejos
 que procuran cerrarle el buen camino;
 de muchos y continos aparejos
 que aquí el demonio tiende, con que toma
 a muchachos cristianos y aun a viejos.
 ¡Oh secta fermentida de Mahoma,
 ancha casaca, poco escrupulosa!
 ¡Con qué facilidad los simples doma!

FRANCISCO

¿Mándasme, buen Aurelio, alguna cosa?

AURELIO

Dios te guíe, Francisco, y ten paciencia;
 que la mano bendita poderosa
 curará de tu hermano la dolencia.

*Vase FRANCISCO, y yéndose a salir AURELIO, sale SIL-
 VIA, y dice:*

[SILVIA]

¿Do vas, Aurelio, dulce amado esposo?

AURELIO

A verte, Silvia, pues tu vista sola
es el perfecto alivio a mis trabajos.

SILVIA

También el verte yo, mi caro Aurelio,
es el remedio de mis graves daños.

*Abrázanse, y estánlo mirando sus amos, y ZAHARA va
a dar a SILVIA, YZUF a AURELIO.*

ZAHARA

¡Perral! ¿Y esto se sufre ante mis ojos?

YZUF

¡Perro, traidor, esclavo! ¿Con la esclava?

ZAHARA

No, no, señor; no tiene culpa Aurelio,
que al fin es hombre, sino aquesta esclava.

YZUF

¿La esclava? No, señora. ¡Este maldito,
forjador e inventor de mil embustes,
tiene la culpa destas desvergüenzas!

ZAHARA

Si esta lamida, si esta descarada

no le diera ocasión, no se atreviera
Aurelio así abrazarla estrechamente.

AURELIO

No, por cierto, señores; no ha nacido
nuestra desenvoltura de ocasiones
lascivas, según da las muestras dello,
sino que a Silvia le rogaba agora
me hiciese una merced que ha muchos días
que se la pido, y no por mi interese,
y ella también a mí me ha persuadido
un servicio le hiciese que conviene
para mejor servir la casa vuestra.
Y por habernos concedido entrambos
aquello que pedía el uno al otro,
en señal de contento nos hallastes
de aquel modo que vistes abrazados,
sin manchar los honestos pensamientos.

YZUF

¿Es verdad esto, Silvia?

SILVIA

Verdad dice.

YZUF

¿Qué pediste tú a él?

SILVIA

Poco te importa
saber lo que yo a Aurelio le pedía.

ZAHARA

¿Concediótelo, en fin?

SILVIA

Como yo quise.

YZUF

Entraos adentro, que por fuerza os creo;
 porque, si no os creyese, convendría
 castigar vuestro exceso con mil penas.

Entranse AURELIO y SILVIA.

YZUF

Sabréis, señora, que en este mismo punto,
 viniendo por el zoco, me fué dicho
 cómo el rey me mandaba que llevase
 a Silvia con Aurelio a su presencia,
 y tengo para mí que algún tresleño (1)
 y mal cristiano, que a los dos conoce,
 al rey debe de haber significado
 cómo son de rescate estos cativos;
 y como el rey está tan mal conmigo,
 porque acetar no quise el cargo y honra
 de reparar los fosos y murallas,
 quiéremelos quitar, sin duda alguna.

ZAHARA

El remedio que en esto se me ofrece

(1) Degenerado, infiel.

es advertir a Aurelio que no diga al rey que es caballero, sino un pobre soldado que iba a Italia, y que esta Silvia es su mujer; y si esto el rey creyese, no querrá por el tanto que costaron quitártelos; que el precio es muy subido.

YZUF

Muy bien dices, señora; ven, entremos, y demos este aviso a los dos juntos.

Vanse y entra el CAUTIVO que se huyó, descalzo, roto el vestido, y las piernas señaladas como que trae muchos rasgones, de las espinas y zarzas por do ha pasado.

JORNADA CUARTA

CAUTIVO [PER ÁLVAREZ]

Este largo camino,
tanto pasar de breñas y montañas,
y el bramido contino
de fieras alimañas,
me tienen de tal suerte,
que pienso de acabarle con mi muerte;
El pan se me ha mojado,
y roto entre jarales el vestido;
los zapatos, rasgado;
el brío, consumido;
de modo que no puedo
un pie del otro pie pasar un dedo.
Ya la hambre me aqueja,
y la sed insufrible me atormenta;
ya la fuerza me deja;
ya espero desta afrenta
salir con entregarme
a quien de nuevo quiera cautivarme.
He ya perdido el tino;
no sé cuál es de Orán la cierta vía;
ni senda ni camino

la triste suerte mía
 me ofrece; mas, ¡ay lasol,
 que, aunque la hallase, no hay mover el paso.
 ¡Virgen bendita y bella,
 remediadora del linaje humano!
 Sed vos aquí la estrella
 que en este mar insano
 mi pobre barca guíe
 y de tantos peligros me desvíe.
 ¡Virgen de Monserrate,
 que esas ásperas sierras hacéis cielo!
 Enviadme rescate,
 sacadme deste duelo,
 pues es hazafia vuestra
 al mísero caído dar la diestra.
 Entre estas matas quiero
 asconderme, porque es entrado el día;
 aquí morir espero;
 santísima María,
 en este trance amargo,
 el cuerpo y alma dejo a vuestro cargo.

*Echase a dormir entre unas matas, y sale un león y
 échase junto a él muy manso, y luego sale otro cris-
 tiano, que también se ha huído de Argel, y dice:*

Estas pisadas no son,
 por cierto, de moro, no;
 cristiano las estampó,
 que con la misma intención
 debe de ir que llevo yo.
 De alárabes las pisadas

son anchas y mal formadas,
 porque es ancho su calzado;
 el nuestro más escotado,
 y así son diferenciadas.
 Yo seguro que no está
 muy lejos de aquí escondido,
 porque el rastro he ya perdido;
 mas el sol alto está ya,
 y yo mal apercebido.
 Aquí me quiero esconder
 hasta que al anohecer
 torne a seguir mi viaje;
 que en este mismo paraje
 Mostagán viene a caer.
 Pues el sol sale de allí,
 el Norte hacia aquí se inclina,
 no está lejos la marina.
 ¡Oh que mal que estoy aquí!
 ¡Buen Jesús, tú me encamina,
 que mucho alárabe pasa
 por esta campaña rasal
 Si hoy me he acertado a esconder,
 no me despido de ver
 mis hijos, mujer y casa.

Escóndese, y luego sale un morillo, como que va buscando hierbas, y ve escondido a este segundo cristiano, y comienza a dar voces: «¡Nizara, nizara!» (1), a las cuales acuden otros moros, y cogen al cristiano, y dán-

(1) Cristianos.

*dole mojicones se entran. En entrando, despierta el
primer cristiano que está junto al león, y, viéndole, se
espanta y dice:*

¡Sancto Dios! ¿Qué es lo que veo?
 ¡Qué manso y fiero león!
 Saltos me da el corazón;
 cumplido se ha mi deseo;
 libre estoy ya de pasión,
 pues lo quiere mi ventura.
 Este, con su fuerza dura,
 mis días acabará,
 y su vientre servirá
 al cuerpo de sepultura.
 Pero tanta mansedumbre
 no se ve así fácilmente
 en animal tan valiente,
 aunque su fiera costumbre
 muestra a las veces clemente.
 Mas ¿quién sabe si, movido
 el Cielo de mi gemido,
 este león me ha enviado
 para ser por él tornado
 al camino que he perdido?
 Sin duda es divina cosa,
 y asegúrame este intento
 que en mis espíritus siento,
 con fuerza maravillosa,
 un nuevo crecido aliento;
 y ya es caso averiguado
 que otro león ha llevado

a la Goleta a un cativo
 que le halló en un monte esquivo,
 huído y descaminado.
 ¡Obra es ésta, Virgen pía,
 de vuestra divina mano,
 porque ya está claro y llano
 que el hombre que en vos confía
 no espera y confía en vano!
 Espérame, compañero,
 que yo determino y quiero
 seguirte doquier que fueres;
 que ya me parece que eres,
 no león, sino cordero.

*Entrase y vuelve a salir en la cuarta jornada, con el
 león que le guía. Dice: (1).*

Nunca con menos afán
 he caminado camino,
 y, a lo que yo imagino,
 no está muy lejos de Orán.
 ¡Gracias te doy, rey divino!
 ¡Virgen pura, a vos alabo!
 Yo ruego llevéis al cabo
 tan extraña caridad;
 que, si me dais libertad,
 prometo seros esclavo.

*Vase, y en la cuarta jornada salen dos cautivos: PEDRO
 y SAAVEDRA.*

(1) Debía de terminar la jornada tercera con la escena anterior, en alguna otra versión.

[PEDRO]

Siete escudos de oro he granjeado
 con mi solicitud, industria y maña,
 y aun son pocos, según he trabajado.
 Nunca tuve otros tantos en España,
 cuando anduve en la guerra de Granada (1),
 armado nueve meses en campaña.

SAAVEDRA

¿Cómo cayeron, Pedro, en la celada
 los siete escudos hoy, por vida mía?
 ¿Cualque nueva campaña fabricada?

PEDRO

Muy mal se negará a tu cortesía
 cualquier secreto mío. Escucha agora,
 y verás lo que he hecho en este día.
 En esta casa grande do Yzuf mora,
 renegado español, que está casado
 con Zahara, la ilustre hermosa mora,
 está un cativo nuevo que es llamado
 Aurelio, y una Silvia, hermosa dama,
 de quien está el Aurelio enamorado.
 Los dos de principales tienen fama,
 y helo dicho yo al rey, y mandó darme
 los tres escudos destes.

SAAVEDRA

¡Gentil tramal

(1) Debe de referirse al levantamiento de los moriscos (1569).

PEDRO

Gentil o no gentil, si remediarme
no puedo de otra suerte, y cada día
he de dar mi jornal y sustentarme,
¿quieres que cate y guarde cortesía
a quien puede pagar bien su rescate?
¡No reza esa oración mi ledanía!

SAAVEDRA

¿Los otros cuatro?

PEDRO

Son de un jaque y mate
que he dado en una bolsa de un cristiano
con un muy concertado disparate.
Hele hecho tocar casi con mano
que tengo ya una barca medio hecha,
debajo de la tierra, allá en un llano.
Queda desta verdad bien satisfecha
su voluntad, y cierto, el bobo piensa
alcanzar libertad ya desta hecha,
y para ayuda, el gasto y la despensa
de tablas, vela, pez, clavos y estopa,
los cuatro dió con que compró su ofensa.

SAAVEDRA

¡Desdichado de aquel que acaso topa
contigo, Pedro, y tú más desdichado,
que así cudicias la cristiana ropa!

¡En peligroso golfo has engolfado
tu barca, de mentiras fabricada,
y en ella tú serás sólo anegadol

PEDRO

La de Noé, que está bien ancorada
en las sierras de Armeña, sería buena,
si no vale la mía acaso nada.
Quizá nos llevará a Sierra Morena.
Pero por cuatro escudos, buena es ésta,
si acuden otros cuatro a caer carena (1).
Ajenos pies han de subir la cuesta
agria de mi trabajo, y yo, holgando,
haré gasajo, regocijo y fiesta.
¿Qué piensas, Sayavedra?

SAAVEDRA

Estoy pensando
cómo se echa a perder aquí un cristiano,
y más, mientras más va, va peorando.
Cautivo he visto yo que da de mano
a todo aquello que su ley le obliga,
y vive a veces vida de pagano.
A otro le avasalla su fatiga,
y en Dios y en ella ocupa el pensamiento;
la abraza y la quiere como amiga.
Y de ti sé que tienes el intento
holgazán, embaidor y cudicioso,

(1) El modismo usual es «dar carenas».

fundado sobre embustes sin cimienta.
Tarde habrá libertad...

PEDRO

¡Estás donoso!
Antes la tengo ya cierta y segura,
sino que estoy un poco vergonzoso.
Pienso mudar de nombre y vestidura,
y llamarme Mamí.

SAAVEDRA

¿Renegar quieres?

PEDRO

Sí quiero. Mas entiende de qué hechura.

SAAVEDRA

Reniega tú del modo que quisieres,
que ello es muy gran maldad y horrible culpa,
y correspondes mal a ser quien eres.

PEDRO

Bien sé que la conciencia ya me culpa;
pero tanto el salir de aquí deseo,
que esta razón daré por mi disculpa.
Ni niego a Cristo, ni en Mahoma creo;
con la voz y el vestido seré moro,
por alcanzar el bien que no poseo.
Si voy en corso, séme yo de coro

que, en tocando en la tierra de cristianos,
me huiré, y aun no vacío de tesoro.

SAAVEDRA

Lazos son esos cudiciosos, vanos,
con que el demonio tienta fácilmente
con el alma ligarte pies y manos.
Un falso bien te muestra aquí aparente,
que es tener libertad, y en renegando,
se te irá el procurarla de la mente,
que siempre esperarás el cómo y cuándo:
«Este año no; el otro será cierto.»
Y así lo irás por años dilatando.
Tiéneme en estos casos bien experto
muchos que he visto con tu mismo intento,
y a ninguno llegar nunca a buen puerto.
Y puesto que llegases, ¿es buen cuento
poner un tan enorme y falso medio
para alcanzar el fin de tu contento?
Daño puedes llamarle tal remedio.

PEDRO

Si no puede esperarse, ni es posible
de mi necesidad otra salida
para alcanzar la libertad gozosa,
¿es mucho aventurarse algunos días
a ser moro no más de en la apariencia,
si con esta cautela se granjea
la amada libertad que va huyendo?

SAAVEDRA

Si tú supieses, Pedro, a do se extiende
la perfección de nuestra Ley cristiana,
verías cómo en ella se nos manda
que un pecado mortal no se cometa
aunque se interesase en cometerle
la universal salud de todo el mundo.
Pues ¿cómo quieres tú, por verte libre
de libertad del cuerpo, echar mil hierros
al alma miserable, desdichada,
cometiendo un pecado tan inorme
como es negar a Cristo y a su Iglesia?

PEDRO

¿Dónde se niega a Cristo ni su Iglesia?
¿Hay más de retajarse (1) y decir ciertas
palabras de Mahoma, y no otra cosa,
sin que se miente a Cristo ni a sus santos,
ni yo le negaré por todo el mundo,
que acá en mi corazón estará siempre,
y El sólo el corazón quiere del hombre?

SAAVEDRA

¿Quieres ver si lo niegas? Está atento.
Fíngete ya vestido a la turquesca,
y que vas por la calle y que yo llego
delante de otros turcos y te digo:
«Sea loado Cristo, amigo Pedro.

(1) Circuncidarse.

¿No sabéis cómo el martes es vigilia y que manda la Iglesia que ayunemos? A esto, dime, ¿qué responderías? Sin duda que me dices mil puñadas y dijese que a Cristo no conoces, ni tienes con su Iglesia cuenta alguna, porque eres muy buen moro, y que te llamas, no Pedro, sino Aydar o Mahometo.

PEDRO

Eso haríalo yo; mas no con saña, sino por que los turcos que lo oyesen pensasen que, pues dello me pesaba, que era perfecto moro y no cristiano; pero acá, en mi intención, cristiano siempre.

SAAVEDRA

¿No sabes tú que el mismo Cristo dice: «Aquel que me negare ante los hombres, de mí será negado ante mi Padre; y el que ante ellos a mí me confesare, será de mí ayudado ante el Eterno Padre mío»? ¿Es prueba ésta bastante que te convenza y desengañe, amigo, del engaño en que estás en ser cristiano con sólo el corazón, como tú dices? Y ¿no sabes también que aquel arrimo con que el cristiano se levanta al cielo, es la cruz y pasión de Jesucristo, en cuya muerte nuestra vida vive, y que el remedio para que aproveche

a nuestras almas el tesoro inmenso
de su vertida sangre por bien nuestro,
depositado está en la penitencia,
la cual tiene tres partes esenciales,
que la hacen perfecta y acabada:
contrición de corazón la una,
confesión de la boca la segunda,
satisfacción de obras la tercera?
Y aquel que contrición dice que tiene,
como algunos cristianos renegados,
y con la boca y con las obras niegan
a Cristo y a sus santos, no la llames
aquella contrición, sino un deseo
de salir del pecado; y es tan flojo,
que respetos humanos le detienen
de ejecutar lo que razón le dice;
y así, con esta sombra y apariencia
de este vano deseo, se les pasa
un año y otro, y llega al fin la muerte
a ponerle en perpetua servidumbre
por aquel mismo modo que él pensaba
alcanzar libertad en esta vida.
¡Oh cuántas cosas puras, excelentes,
verdaderas, sin réplica, sencillas,
te pudiera decir que hacen al caso,
para poder borrar de tu sentido
esta falsa opinión que en él se imprime!
Mas el tiempo y lugar no lo permite.

PEDRO

Bastan las que me has dicho, amigo; bastan

y bastarán de modo, que te juro
 por todo lo que es lícito jurarse
 de seguir tu consejo y no apartarme
 del santísimo gremio de la Iglesia
 aunque en la dura esclavitud amarga
 acabe mis amargos tristes días.

SAAVEDRA

Si a ese parecer llegas las obras,
 el día llegará, sabroso y dulce,
 do tengas libertad; que el Cielo sabe
 darnos gusto y placer por cien mil vías
 ocultas al humano entendimiento;
 y así, no es bien ponerse en contingencia
 que por sola una senda y un camino
 tan áspero, tan malo y trabajoso,
 nos venga el bien de muchos procurado
 y hasta aquí conseguido de muy pocos.

PEDRO

¡Mis obras te darán señales ciertas
 de mi arrepentimiento y mi mudanza!

SAAVEDRA

¡El Cielo te dé fuerzas y te quite
 las ocasiones malas que te incitan
 a tener tan malvado y ruin propósito!

PEDRO

El mesmo a ti te ayude, cual merece

la sana voluntad con que me enseñas.
¡Adiós, que es tardel

SAAVEDRA

¡Adiós, amigo!

Sale el REY con cuatro Turcos.

REY

De ira y de dolor hablar no puedo;
y es la ocasión de mi pesar insano
el ver que don Antonio de Toledo
así se me ha escapado de la mano.
Los arraces, sus amos, con el miedo
que yo no les tomase su cristiano,
a Tetuán con priesa le enviaron,
y en cinco mil ducados le tallaron.
¿Un tan ilustre y rico caballero
por tan vil precio diste, vil canalla?
¿Tanto os acudiciastes al dinero,
tan grande os pareció que era la talla,
que le añadisteis otro compañero,
el cual solo pudiera bien pagalla?
¿Francisco de Valencia no podía
pagar solo por sí mayor cuantía?
En fin, favorecióles la ventura,
que pudo más que no mi diligencia:
que ésta es la que concierta y asegura
lo que no puede hacer humana ciencia.
Conocieron el tiempo y coyuntura,
y huyeron de no verse en mi presencia:

que si yo a don Antonio aquí hallara,
cincuenta mil ducados me pagara.

Es hermano de un conde y es sobrino
de una principalísima duquesa,
y en perderse, perdió en este camino
ser coronel en una ilustre empresa.

Airado el Cielo se mostró y benigno
en hacerle cautivo y darse priesa
a darle libertad por tal rodeo,
que no pudo pedir más el deseo.

Pero, pues ya no puede remediarse,
el tratar más en ello es excusado (1).

Mirad si viene alguno a quereilarse.

MORO

Señor, aquí está Yzuf, el renegado.

REY

Entre con intención de aparejarse
a obedecer en todo mi mandado;
si no, a fe que le trate en mi presencia
cual merece su necia inobidencia.

Entra YZUF.

[REY]

¿Dónde están tus cristianos?

YZUF

Allí fuera.

(1) Son históricos los dos personajes.

[REY]

¿Cuánto diste por ellos?

YZUF

Mil ducados.

[REY]

Yo los daré por ellos.

YZUF

No se espera
de tu bondad agravios tan sobrados.

REY

¿En esto me replicas?

YZUF

Da siquiera
algún alivio en parte a mis cuidados.
Al esclavo te doy, rey, sin dinero,
y déjame la esclava, por quien muero.

REY

¿Tal osaste decir, oh moro infame?
Llevalde abajo, y dalde tanto palo,
hasta que con su sangre se derrame
el deseo que tiene torpe y malo.

YZUF

Dame, señor, mi esclava, y luego dame
la muerte en fuego, a hierro, a gancho, en palo.

REY

¡Quitádmelo delantel ¡Acabad prestol

YZUF

¿Por pedirte mi hacienda soy molesto?

Sacan fuera a YzUF a empujones, y entran luego dos ALÁRABES con el cristiano que se huyó, que asieron en el campo, y estos dos moros dicen al REY: «Alicun çalema çultam adareimi guaharan çal çul» (1).

REY

¿Adónde ibas, cristiano?

CAUTIVO

Procuraba
llegarme a Orán, si el Cielo lo quisiera

REY

¿Adónde cautivaste?

CAUTIVO

En la almadraba.

REY

¿Tu amo?

CAUTIVO

Ya murió; que no debiera,

(1) Supone Gaspar Remiro--consultado por Bonilla--que la frase significa: ¡Sea sobre ti la salutación, oh sultán de los dos palacios y sagrada agua dulce!

pues me dejó en poder de una tan brava
mujer, que no la iguala alguna fiera.

REY

¿Español eres?

CAUTIVO

En Málaga nacido.

REY

Bien lo muestras en ser así atrevido.
¡Oh yuraxa caur! (1). Dalde seiscientos
palos en las espaldas muy bien dados,
y luego le daréis otros quinientos
en la barriga y en los pies cansados.

CAUTIVO

¿Tan sin razón ni ley tantos tormentos
tienes para el que huye aparejados?

REY

Cito cifuti breguedi, jatalde,
abrilde, desollalde y aun matalde!

*Atanle con cuatro cordeles de pies y de manos, y tiran
cada uno de su parte, y dos le están dando, y de
cuando en cuando el cristiano se encomienda a Nues-*

(1) Acaso signifique ¡oh, jefe cristiano!

tra Señora, y el REY se enoja y dice en turquesco, con cólera: «Laguedi denicara, bacinaj; ja la testa, a la testa!», y está diciendo, mientras le están dando:

¡No sé qué raza es ésta destes perros
cautivos españoles! ¿Quién se huye?
Español. ¿Quién no cura de los hierros?
Español. ¿Quién hurtando nos destruye?
Español. ¿Quién comete otros mil hierros?
Español. Que en su pecho el Cielo influye
un ánimo indomable, acelerado,
al bien y al mal continuo aparejado.

Una virtud en ellos he notado:

que guardan su palabra sin reveses,
y en esta mi opinión me han confirmado
dos caballeros Sosas portugueses.

Don Francisco también la ha sigurado
que tiene el sobrenombre de Meneses,
los cuales sobre su palabra han sido
enviados a España, y la han cumplido.

Don Fernando de Ormaza también fué
sobre su fe y palabra, y así ha hecho,
un mes antes que el término cumpliese,
la paga, con que bien me ha satisfecho.

De darles libertad, un interese

se sigue tal, que dobla mi provecho:
que como van sobre su fe prendados,
les pido los rescates tresdoblados.

Y éste dalde a su amo, y llamad luego
un cristiano de Yzuf, que está allí fuera,
que quiero que granjee su sosiego,

por ver si mi opinión es verdadera.
De pérdida y ganancia en este juego.

MORO

Señor, del bien hacer siempre se espera
galardón, y si falta deste suelo,
la paga se dilata para el cielo.

Entra AURELIO, y dícele el REY:

[REY]

Ya sé quién eres, cristiano;
tu virtud, valor y suerte,
y sé que presto has de verte
en el patrio suelo hispano.
Esta Silvia, ¿es tu mujer?

AURELIO

Sí, señor.

REY

¿Y adónde ibas
cuando en las hondas esquivas
perdiste todo el placer?

[AURELIO]

Yo se lo diré, señor,
en verdaderas razones.
De otro rey y otras prisiones
fui yo esclavo, que es Amor.

Desta Silvia enamorado
 anduve un tiempo en mi tierra,
 y la fuerza desta guerra
 me ha traído en este estado.
 A su padre la pedí
 muchas veces por mujer;
 pero nunca a mi querer
 sólo un punto le rendí;
 y viendo que no podía
 por aquel modo alcanzalla,
 determiné de roballa,
 que era la más fácil vía.
 Cumplí en esto mi deseo,
 y pensando ir a Milán,
 trújome el hado al afán
 y esclavitud do me veo.

REY

No pierdas la confianza
 en esta vida importuna,
 pues sabes que de Fortuna
 la condición es mudanza.
 Yo te daré libertad
 a ti y a Silvia al momento,
 si tienes conocimiento
 de pagar tal voluntad.
 Mil ducados he de dar
 por los dos, y sólo quiero
 que me deis dos mil; empero
 habéismelo de jurar,

y así sobre vuestra fe
os partiréis luego a España.

AURELIO

Señor, a merced mañana,
¿qué gracias te rendiré?
Yo prometo de enviallos
dentro de un mes, sin mentir,
aunque los sepa pedir
por Dios, y si no, hurtallos.

REY

Pues luego os aparejad,
y en la primer saetía
tomad de España la vía,
que a los dos doy libertad.

AURELIO

El suelo y cielo te trate
cual merece tu bondad,
y toma mi voluntad
por prenda deste rescate;
que yo perderé la vida
o cumpliré mi palabra:
que este bien la escarba y labra
en mi sangre bien nacida.

MORO

Señor, un navío viene.

REY

¿De qué parte?

MORO

De Occidente.

REY

Mejor es que no de Oriente.
¿Es de gavia? (1).

MORO

Gavia tiene.

REY

Debe ser de mercancía.

MORO

Podría ser; aunque se suena
que la mercancía es buena,
si es limosna.

REY

Sí sería.

Vamos. Tú, Aurelio, procura
tu partida, y ten cuidado
de aquello que me has jurado.

(1) «Cestón o castillejo tejido de mimbres que está en lo alto del mástil de la nave.» (Covarrubias.)

AURELIO

Crezca el Cielo tu ventura.

Entrase el REY, y queda AURELIO.

¡Gracias te doy, eterno Rey del cielo,
que tan sin merecerlo has permitido
que, por la mano de que más temía,
tanto bien, tanta gloria me viniesel

Entra FRANCISCO y dice:

FRANCISCO

¡Albricias, caro Aureliol; que es llegado
un navío de España, y todos dicen
que es de limosna cierto, y que en él viene
un fraile trinitario cristianísimo,
amigo de hacer bien, y conocido,
porque ha estado otra vez en esta tierra
rescatando cristianos, y da ejemplo
de mucha cristiandad y gran prudencia.
Su nombre es fray Juan Gil (1).

AURELIO

Mira no sea
fray Jorge de Olívar, que es de la Orden
de la Merced, que aquí también ha estado,
de no menos bondad y humano pecho;
tanto, que ya después que hubo expendido
bien veinte mil ducados que traía,

(1) Este fraile rescató a Cervantes en 1580.

en otros siete mil quedó empeñado.
¡Oh, caridad extrañal ¡Oh sancto pecho!

Entran tres ESCLAVOS, asidos en sus cadenas

ESCLAVO PRIMERO

¡Qué buen día, compañeros!
La limosna está en el puerto.
Mi remedio tengo cierto,
porque aquí me traen dineros.

[ESCLAVO SEGUNDO]

No tengo bien, ni le espero,
ni siento en mi tierra quien
me pueda hacer algún bien.

[ESCLAVO TERCERO]

Pues yo no me desespero.

[FRANCISCO]

Dios nos ha de remediar,
hermanos; mostrad buen pecho,
que el Señor que nos ha hecho
no nos tiene de olvidar.
Roguémosle, como a padre,
nos vuelva a nuestra mejora,
pues es nuestra intercesora
su Madre, que es nuestra Madre;
porque, con tan sancto medio,
nuestro bien está seguro:

que ella es nuestra fuerza y muro,
nuestra luz, nuestro remedio.

*Echan todos las cadenas al suelo e hincanse de rodillas,
y dice el uno:*

[UNO]

¡Vuelve, Virgen Santísima María,
tus ojos, que dan luz y gloria al cielo,
a los tristes que lloran noche y día
y riegan con sus lágrimas el suelo!
Socórrenos, bendita Virgen pía,
antes que este mortal corpóreo velo
quede sin alma en esta tierra dura
y carezca de usada sepultura.

OTRO

Reina de las alturas celestiales,
Madre y Madre de Dios, Virgen y Madre,
espanto de las furias infernales,
Madre y Esposa de tu mismo Padre,
remedio universal de nuestros males:
si con tu condición es bien que cuadre
usar misericordia, úsala agora,
y sácame de entre esta gente moral (1).

(1) Esta octava no consta en la edición de Sancha. En su lugar hay ésta:

«Virgen bendita, que del Padre Eterno
fuiсте escogida para dar el fruto
que quebrantó las puertas del infierno,
y del primer pecado quitó el luto:
vuelve tu rostro piadoso y tierno -
a la grande miseria y al tributo
que aquí pasamos en tan triste calma,
pues está en peligro cada día el alma.»

OTRO

En vos, Virgen dulcísima María,
 entre Dios y los hombres medianera,
 de nuestro mar incierto cierta guía,
 Virgen entre las vírgenes primera:
 en vos, Virgen y Madre, en vos confía
 mi alma, que sin vos en nadie espera,
 que me habréis de sacar con vuestras manos
 de dura servidumbre de paganos.

AURELIO

Si yo, Virgen bendita, he conseguido
 de tu misericordia un bien tan alto,
 ¿cuándo podré mostrarme agradecido,
 tanto que al fin no quede corto y falto?
 Recibe mi deseo, que, subido
 sobre un cristiano obrar, dará tal salto,
 que toque ya, olvidado deste suelo,
 el alto trono del impéreo cielo.
 Y en tanto que se llega el tiempo y punto
 de poner en efecto mi deseo,
 al ilustre auditorio que está junto,
 en quien tanta bondad discerno y veo,
 si ha estado mal sacado este trasunto
 de la vida de Argel y trato feo,
 pues es bueno el deseo que ha tenido,
 en nombre del autor, perdón le pido.

FIN DE LA COMEDIA LLAMADA «TRATO DE ARGEL»

CERCO DE NUMANCIA

COMEDIA
DEL
CERCO DE NUMANCIA

Figuras siguientes:

ESCIPIÓN, *romano.*

JUGURTA, *romano.*

CAYO MARIO, *romano.*

QUINTO FABIO, *romano.*

CAYO, *soldado romano.*

Cuatro SOLDADOS *romanos.*

Dos NUMANTINOS, *embajadores.*

ESPAÑA.

DUERO.

Tres MUCHACHOS *que representan riachuelos.*

TEÓGENES, *numantino.*

CARAVINO, *numantino.*

Cuatro GOBERNADORES *numantinos.*

MARQUINO, *hechicero numantino.*

MARANDRO, *numantino.*

LEONICIO, *numantino.*

Dos SACERDOTES *numantinos.*

Un PAJE *numantino.*

Seis PAJES *más, numantinos.*

Un HOMBRE numantino.

MILBIO, *numantino.*

Un DEMONIO.

Un MUERTO.

Cuatro MUJERES de Numancia.

LIRA, *doncella.*

Dos CIUDADANOS numantinos.

Una MUJER de Numancia.

Un HIJO suyo.

Otro HIJO de aquélla.

Un MUCHACHO, hermano de LIRA.

Un SOLDADO numantino.

GUERRA.

ENFERMEDAD.

HAMBRE.

La MUJER de TEÓGENES.

Un HIJO suyo.

Otro HIJO y una HIJA de TEÓGENES.

SERBIO, *muchacho.*

BARIATO, *muchacho, que es el que se arroja de la torre.*

Un NUMANTINO.

ERMILIO, *soldado romano.*

LIMPIO, *soldado romano.*

La FAMA.

JORNADA PRIMERA

Entra ESCIPIÓN, y JUGURTA, y MARIO, y QUINTO FABIO, hermano de ESCIPIÓN, romanos.

ESCIPIÓN

Esta difícil y pesada carga
que el Senado romano me ha encargado,
tanto me aprieta, me fatiga y carga,
que ya sale de quicio mi cuidado.
De guerra y curso tan extraña y larga
y que tantos romanos ha costado,
¿quién no estará suspenso al acaballa?
¡Ah! ¿Quién no temerá de renovalla?

JUGURTA

¿Quién, Cipión? Quien tiene la ventura,
el valor, nunca visto, que en ti encierras,
pues con ella y con él está segura
la vitoria y el triunfo destas guerras.

ESCIPIÓN

El esfuerzo regido con cordura
allana al suelo las más altas sierras,

y la fuerza feroz de loca mano
 áspero vuelve lo que está más llano;
 mas no hay que reprimir, a lo que veo,
 la furia del ejército presente;
 que, olvidado de gloria y de trofeo,
 yace embebido en la lascivia ardiente;
 y esto sólo pretendo, esto deseo:
 volver a nuevo trato nuestra gente,
 que, enmendado primero al que es amigo,
 sujetaré más presto al enemigo.
 ¡Mariol

MARIO

¿Señor?

ESCIPIÓN

Haz que a noticia venga
 de todo nuestro ejército, en un punto,
 que, sin que estorbo alguno le detenga,
 parezca en este sitio todo junto,
 porque una breve plática de arenga
 les quiero hacer.

MARIO

Harélo en este punto.

ESCIPIÓN

Camina, porque es bien que sepan todos
 mis nuevas trazas y sus viejos modos.

Vase MARIO.

JUGURTA

Séte decir, señor, que no hay soldado
 que no te tema juntamente y ame;
 y porque ese valor tuyo extremado,
 de Antártico a Calixto (1) se derrame,
 cada cual con feroz ánimo osado,
 cuando la trompa a la ocasión les llame,
 piensa hacer en tus servicios cosas
 que pasen las hazañas fabulosas.

ESCIPIÓN

Primero es menester que se refrene
 el vicio que entre todos se derrama;
 que si éste no se quita, en nada tiene
 con ellos que hacer la buena fama.
 Si este daño común no se previene
 y se deja arraigar su ardiente llama,
 el vicio sólo puede hacernos guerra
 más que los enemigos de esta tierra.

Tocan a recoger, y échase de adentro este bando:

«Manda nuestro general
 que se recojan armados
 luego todos los soldados
 en la plaza principal,
 y que ninguno no quede
 de parecer a esta vista,
 so pena que de la lista
 al punto borrado quede.»

(1) La ninfa Calixto, cuya historia se halla en Ovidio, *Met.*, II.

JUGURTA

No dudo yo, señor, sino que importa
 recoger con duro freno la malicia,
 y que se dé al soldado rienda corta
 cuando él se precipita en la injusticia.
 La fuerza del ejército se acorta
 cuando va sin arrimo de justicia,
 aunque más le acompañen a montones
 mil pintadas banderas y escuadrones.

Entra un alarde de soldados, armados a lo antiguo, sin arcabuces, y ESCIPIÓN se sube sobre una peña que estará allí, y dice:

ESCIPIÓN

En el fiero ademán, en los lozanos
 marciales aderezos y vistosos,
 bien os conozco, amigos, por romanos;
 romanos, digo, fuertes y animosos;
 mas en las blancas delicadas manos
 y en las teces de rostros tan lustrosos,
 allá en Bretaña parecéis criados,
 y de padres flamencos engendrados.
 El general descuido vuestro, amigos,
 el no mirar por lo que tanto os toca,
 levanta los caídos enemigos,
 que vuestro esfuerzo y opinión apoca.
 Desta ciudad los muros son testigos,
 que aun hoy está cual bien fundada roca,
 de vuestras perezosas fuerzas vanas,
 que sólo el nombre tienen de romanas.

¿Paréceos, hijos, que es gentil hazaña
 que tiemble del romano nombre el mundo,
 y que vosotros solos en España
 le aniquiléis y echéis en el profundo?
 ¿Qué flojedad es esta tan extraña?
 ¿Qué flojedad? Si yo mal no me fundo,
 es flojedad nacida de pereza,
 enemiga mortal de fortaleza.

La blanda Venus con el duro Marte
 jamás hacen durable ayuntamiento;
 ella regalos sigue, el sigue arte
 que incita daños y furor sangriento.
 La cipia diosa estése agora aparte;
 deje su hijo nuestro alojamiento,
 que mal se aloja en las marciales tiendas
 quien gusta de banquetes y meriendas.
 ¿Pensáis que sólo atierra la muralla
 el almete y la acerada punta,
 y que sólo atropella la batalla
 la multitud de gentes y armas junta?
 Si esfuerzo de cordura no señala,
 que todo lo previene y lo barrunta,
 poco aprovechan muchos escuadrones,
 y menos infinitas municiones.
 Si a militar concierto se reduce,
 cualquier pequeño ejército que sea,
 veréis que como sol claro reluce,
 y alcanza las vitorias que desea;
 pero si a flojedad él se conduce,
 aunque abreviado el mundo en él se vea,
 en un momento quedará deshecho

por más reglada mano y fuerte pecho.
Avergonzaos, varones esforzados,
porque, a nuestro pesar, con arrogancia,
tan pocos españoles, y encerrados,
defiendan este nido de Numancia.
Diez y seis años son y más pasados
que mantienen la guerra y la ganancia
de haber vencido con feroces manos
millares de millares de romanos.
Vosotros os vencéis, que estáis vencidos
del bajo antojo y femenino, liviano,
con Venus y con Baco entretenidos,
sin que a las armas extendáis la mano.
Correos agora, si no estáis corridos,
de ver que este pequeño pueblo hispano
contra el poder romano se defienda,
y, cuanto más rendido, más ofenda.
De nuestro campo quiero, en todo caso,
que salgan las infames meretrices,
que de ser reducidos a este paso,
ellas solas han sido las raíces.
Para beber no quede más de un vaso,
y los lechos, un tiempo ya felices,
lentos de concubinas, se deshagan,
y de fajina y en el suelo se hagan.
No me huelga el soldado otros olores
que el olor de la pez y de resina,
ni por golosidad de los sabores
traiga siempre aparato de cocina:
que el que usa en la guerra estos primores
muy mal podrá sufrir la cota fina;

no quiero otro primor ni otra fragancia
 en tanto que español viva en Numancia.
 No os parezca, varones, escabroso
 ni duro este mi justo mandamiento,
 que al fin conoceréis ser provechoso,
 cuando aquél consigáis de vuestro intento.
 Bien se os ha de hacer dificultoso
 dar a vuestras costumbres nuevo asiento;
 mas, si no las mudáis, estará firme
 la guerra que esta afrenta más confirme.
 En blandas camas, entre juego y vino,
 hállase mal el trabajoso Marte;
 otro aparejo busca, otro camino;
 otros brazos levantan su estandarte;
 cada cual se fabrica su destino;
 no tiene allí fortuna alguna parte;
 la pereza fortuna baja cría;
 la diligencia, imperio y monarquía.
 Estoy con todo esto tan seguro
 de que al fin mostraréis que sois romanos,
 que tengo en nada el defendido muro
 destes rebeldes bárbaros hispanos;
 y así, os prometo por mi diestra y juro
 que, si igualáis al ánimo las manos,
 que las mías se alarguen en pagaros,
 y mi lengua también en alabaros (1).

Míranse los soldados unos a otros, y hacen señas a uno

(1) Las ideas expuestas en este discurso las toma Cervantes de Apiano, que expone las reformas de Cipión.

de ellos, que se llama CAYO MARIO, que responda por todos, y dice:

CAYO

Si con atentos ojos has mirado,
Inclito general, en los semblantes
que a tus breves razones han mostrado
los que tienes agora circunstantes,
cuál habrás visto sin color, turbado,
y cuál con ella, indicios bien bastantes
de que el temor y la vergüenza a una
nos aflige, molesta e importuna:
vergüenza, de mirar ser reducidos
a término tan bajo por su culpa,
que viendo ser por ti repreendidos,
no saben a esa falta hacer disculpa;
temor, de tantos yerros cometidos;
y la torpe pereza que los culpa
los tiene de tal modo, que se holgaran
antes morir que en esto se hallaran.
Pero el lugar y el tiempo que los queda
para mostrar alguna recompensa,
es causa que con menos fuerza pueda
fatigarte el rigor de tal ofensa.
De hoy más, con presta voluntad y leda,
el más mínimo destos cuida y piensa
de ofrecer sin revés a tu servicio
la hacienda, vida, honra en sacrificio.
Admite, pues, de sus intentos sanos
al justo ofrecimiento, señor mío,
y considera al fin que son romanos,

en quien nunca faltó del todo brío.
 Vosotros levantad las diestras manos,
 en señal que aprobáis el voto mío.

SOLDADO PRIMERO

Todo lo que habéis dicho confirmamos.

SOLDADO SEGUNDO

Y lo juramos todos.

TODOS

Sí juramos.

ESCIPIÓN

Pues, arrimado a tal ofrecimiento,
 crece ya desde hoy mi confianza,
 creciendo en vuestros pechos ardimiento
 y del viejo vivir nueva mudanza.
 Vuestras promesas no se lleve el viento;
 hacerlas verdaderas con la lanza;
 que las mías saldrán tan verdaderas,
 cuanto fuere el valor de vuestras veras.

SOLDADO PRIMERO

Dos numantinos con seguro vienen
 a darte, Cipión, una embajada.

ESCIPIÓN

¿Por qué no llegan ya? ¿En qué se detienen?

SOLDADO

Esperan que licencia les sea dada.

ESCIPIÓN

Si son embajadores, ya la tienen.

SOLDADO

Embajadores son.

ESCIPIÓN

Daldes entrada;
 que, aunque descubran cierto falso pecho,
 al enemigo siempre de provecho,
 jamás la falsedad vino cubierta
 tanto con la verdad, que no mostrase
 algún pequeño indicio, alguna puerta
 por donde su maldad se entestiguase.
 Oír al enemigo es cosa cierta
 que siempre aprovechó más que dañase,
 y, en las cosas de guerra, la experiencia
 muestra que lo que digo es cierta ciencia.

Entran dos NUMANTINOS, embajadores.

NUMANTINO PRIMERO

Si nos das, gran señor, grata licencia,
 decirte he la embajada que traemos;
 do estamos, o ante sola tu presencia,
 todo a lo que venimos te diremos.

ESCIPIÓN

Decid; que adondequiera doy audiencia.

NUMANTINO PRIMERO

Pues con ese seguro que tenemos,
de tu real grandeza concedido,
daré principio a lo que soy venido.
Numancia, de quien yo soy ciudadano,
inclito general, a ti me envía,
como al más fuerte capitán romano
que ha cubierto la noche y visto el día,
a pedirte, señor, la amiga mano,
en señal de que cesa la porfía
tan trabada y cruel de tantos años,
que ha causado sus propios y tus daños.
Dice que nunca de la ley y fueros
del Senado romano se apartara
si el insufrible mando y desafueros
de un cónsul y otro no le fatigara.
Ellos con duros estatutos fieros
y con su extraña condición avara
pusieron tan gran yugo a nuestros cuellos,
que forzados salimos dél y dellos;
y en todo el largo tiempo que ha durado
entrambas partes la contienda, es cierto
que ningún general hemos hallado
con quien poder tratar algún concierto.
Empero agora, que ha querido el hado
reducir nuestra nave a tan buen puerto,
las velas de la gavia recogemos

y a cualquiera partido nos ponemos.
 No imagines que temor nos lleva
 a pedirte las paces con instancia,
 pues la larga experiencia ha dado prueba
 del poder valeroso de Numancia.
 Tu virtud y valor es quien nos ceba,
 y nos declara que será ganancia
 mayor que cuantas desear podemos,
 si por señor y amigo te tenemos.
 A esto ha sido la venida nuestra.
 Respóndenos, señor, lo que te place.

ESCIPIÓN

¡Tarde de arrependidos dais la muestra!
 Poco vuestra amistad me satisface.
 De nuevo ejercitad la fuerte diestra,
 que quiero ver lo que la mía hace;
 quizá que ha puesto en ella la ventura
 la gloria nuestra y vuestra sepultura.
 A desvergüenza de tan largos años,
 es poca recompensa pedir paces.
 Seguid la guerra y renovad los daños.
 Salgan de nuevo las valientes haces.

NUMANTINO PRIMERO

La falsa confianza mil engaños
 consigo trae; advierte lo que haces,
 señor, que esa arrogancia que nos muestras
 remunera el valor en nuestras diestras;
 y pues niegas la paz que con buen celo

te ha sido por nosotros demandada,
de hoy más la causa nuestra con el cielo
quedará por mejor calificada,
y antes que pises de Numancia el suelo,
probarás do se extiende la indignada
fuerza de aquel que, siéndote enemigo,
quiere ser tu vasallo y fiel amigo.

ESCIPIÓN

¿Tenéis más que decir?

NUMANTINOS

No; mas tenemos
que hacer, pues tú, señor, así lo quieres,
sin querer la amistad que te ofrecemos,
correspondiendo mal de ser quien eres.
Pero entonces verás lo que podremos
cuando nos muestres tú lo que pudieres:
que es una cosa razonar de paces
y otra romper por las armadas haces.

ESCIPIÓN

Verdad decís; y así, para mostraros
si sé tratar de paz y hablar en guerra,
no os quiero por amigos acetaros,
ni lo seré jamás de vuestra tierra.
Y con esto podéis luego tornaros.

NUMANTINOS

¿Que en esto tu querer, señor, se encierra?

ESCIPIÓN

Ya te he dicho que sí.

NUMANTINO SEGUNDO

Pues, ¡sus!, al hecho;
que guerra ama el numantino pecho.

Vanse los EMBAJADORES, y dice QUINTO FABIO, hermano de ESCIPIÓN:

QUINTO

El descuido pasado nuestro ha sido
el que les hace hablar de aquesta suerte;
mas ya es llegado el tiempo y es venido
do veréis vuestra gloria y vuestra muerte.

ESCIPIÓN

El vano blasonar no es admitido
de pecho valeroso, honrado y fuerte.
Tiempla las amenazas, Fabio, y calla,
y tu valor descubre en la batalla;
aunque yo pienso hacer que el numantino
nunca a las manos de nosotros venga,
buscando de vencerle tal camino,
que más a mi provecho se convenga,
y haré que abaje el brío y pierda el tino
y que en sí mismo su furor detenga.
Pienso de un hondo foso rodeallos,
y por hambre insufrible he de acaballos.
no quiero yo que sangre de romanos

colore más el suelo de esta tierra;
 basta la que han vertido estos hispanos
 en tan larga, reñida y cruda guerra.
 Ejercítense agora vuestras manos
 en romper y a cavar la dura tierra,
 y cubrirse de polvo los amigos
 que no lo están de sangre de enemigos.
 No quede de este oficio reservado
 ninguno que le tenga preminente.
 Trabaje el dicurión como el soldado,
 y no se muestre en esto diferente.
 Yo mismo tomaré el hierro pesado
 y romperé la tierra fácilmente.
 Haced todos cual yo; veréis que hago
 tal obra, con que a todos satisfago.

QUINTO

Valeroso señor y hermano mío,
 bien nos muestras en esto tu cordura;
 pues fuera conocido desvarío
 y temeraria muestra de locura
 pelear contra el loco airado brío
 destes desesperados sin ventura.
 Mejor será encerrallos como dices,
 y quitarles al brío las raíces.
 Bien puede la ciudad toda cercarse,
 si no es la parte por do el río la baña.

ESCIPIÓN

Vamos, y venga luego a eietuarse

esta mi nueva traza, usada hazaña;
 que si en mi favor quiere mostrarse
 el Cielo, quedará sujeta España
 al Senado romano, solamente
 con vencer la soberbia de esta gente.

Vanse, y sale ESPAÑA, coronada con unas torres, y trae un castillo en la mano, que significa España.

ESPAÑA

¡Alto, sereno y espacioso cielo,
 que con tus influencias enriqueces
 la parte que es mayor de este mi suelo
 y sobre muchos otros le engrandeces:
 muévate a compasión mi amargo duelo,
 y, pues al afligido favoreces,
 favoréceme a mí en ansia tamaña,
 que soy la sola y desdichada Española!
 Basta ya que un tiempo me tuviste
 todos mis flacos miembros abrasados,
 y al sol por mis entrañas descubriste
 al reino obscuro de los condenados,
 y a mil tiranos mil riquezas diste;
 a fenicios y a griegos entregados
 mis reinos fueron porque tú has querido
 o porque mi maldad lo ha merecido.
 ¿Será posible que contino sea
 esclava de naciones extranjeras
 y que un pequeño tiempo yo no vea
 de libertad tendidas mis banderas?
 Con justísimo título se emplea

en mí el rigor de tantas penas fieras,
pues mis famosos hijos y valientes
andan entre sí mismos diferentes.
Jamás entre su pecho concertaron
los divididos ánimos furiosos;
antes entonces más los apartaron
cuando se vieron más menesterosos;
y así con sus discordias convidaron
los bárbaros de pechos cudiciosos
a venir a entregarse en mis riquezas,
usando en mí y en ellos mil cruezas.
Numancia es la que agora sola ha sido
quien la luciente espada sacó fuera,
y a costa de su sangre ha mantenido
la amada libertad suya y primera.
Mas, ¡ay!, que veo el término cumplido,
llegada ya la hora postrimera
do acabará su vida, y no su fama,
cual fénix renovándose en la llama.
Estos tan mucho temidos romanos,
que buscan de vencer cien mil caminos,
rehuyendo venir más a las manos
con los pocos valientes numantinos,
¡oh, si saliesen sus intentos vanos
y fuesen sus quimeras desatinos,
que esta pequeña tierra de Numancia
sacase de su pérdida ganancia!
Mas, ¡ay!, que el enemigo la ha cercado,
no sólo con las armas contrapuestas
al flaco muro suyo, mas ha obrado
con diligencia extraña y manos prestas

que un foso por la margen concertado
rodee a la ciudad por llano y cuestas;
sólo la parte por do el río se extiende,
deste ardid nunca visto se defiende.
Así están escogidos y encerrados
los tristes numantinos en sus muros;
ni ellos pueden salir, ni ser entrados,
y están de los asaltos bien seguros.
Pero en sólo mirar que están privados
de ejercitar sus fuertes brazos duros,
la guerra pediré o la muerte a voces,
con horrendos acentos y feroce;
y pues sola la parte por do corre
y toca a la ciudad el ancho Duero,
es aquella que ayuda y que socorre
en algo al numantino prisionero,
antes que alguna máquina o gran torre
en sus aguas se funde, rogar quiero
al caudaloso y conocido río,
en lo que puede, ayude al pueblo mío.
Duero gentil, que con torcidas vueltas
humedeces gran parte de mi seno,
así en tus aguas siempre veas envueltas
arenas de oro cual el Tajo ameno;
así las ninfas fugetivas sueltas,
de que está el verde prado y bosque lleno,
vengan humildes a tus aguas claras,
y en prestarte favor no sean avaras,
que prestes a mis ásperos lamentos
atento oído, o que a escucharlos vengas,
aunque dejes un rato tus contentos.

Suplícote que en nada te detengas.
 Si tú, con tus continos crecimientos,
 destos fieros romanos no te vengas,
 cerrado veo ya cualquier camino
 a la salud del pueblo numantino.

Sale el río DUERO con otros tres ríos, que serán tres muchachos, vestidos como que son tres riachuelos que entran en Duero junto a Soria, que en aquel tiempo fué Numancia.

DUERO

Madre querida, España: rato había
 que oí en mis oídos tus querellas,
 y si en salir acá me detenía
 fué por no poder dar remedio a ellas.
 El fatal miserable y triste día,
 según el disponer de las estrellas,
 se llega de Numancia, y cierto temo
 que no hay remedio a su dolor extremo.
 Con Obrón (1) y Minuesa (2) y también Tera,
 cuyas aguas las mías acrecientan,
 he llenado mi seno en tal manera,
 que las usadas márgenes revientan;
 mas, sin temor de mi veloz carrera,
 cual si fuera un arroyo, veo que intentan
 de hacer lo que tú, España, nunca veas:
 sobre mis aguas, torres y trincheas.

(1) Hoy, Urbión.

(2) Hoy, Revinuesa.

Mas ya quel revolver del duro hado
tenga el último fin estatuido
de ese tu pueblo numantino armado,
pues a términos tales ha venido,
un consuelo que queda en este estado:
que no podrán las sombras del olvido
obscurecer el sol de sus hazañas,
en toda edad tenidas por extrañas;
y puesto que el feroz romano tiende
el paso ahora para tan fértil suelo,
que te oprime aquí y allí te ofende
con arrogante y ambicioso celō,
tiempo vendrá, según que así lo entiende
el saber que a Proteo ha dado el Cielo,
que estos romanos sean oprimidos
por los que agora tienen abatidos.
De remotas naciones venir veo
gentes que habitarán tu dulce seno
después que, como quiere tu deseo,
habrán a los romanos puesto freno:
godos serán, que, con vistoso arreo,
dejarán de su fama el mundo lleno;
vendrán a recogerse en tus entrañas,
dando de nuevo vida a sus hazañas.
Estas injurias vengará la mano
del fiero Atila en tiempos venideros,
poniendo al pueblo tan feroz romano
sujeto a obedecer todos sus fueros,
y portillos abriendo en Vaticano
sus bravos hijos y otros extranjeros,
harán que para huir vuelva la planta

el gran piloto de la nave santa (1);
 y también vendrá tiempo en que se mire
 estar blandiendo el español cuchillo
 sobre el cuello romano, y que respire
 sólo por la bondad de su caudillo.
 El grande Albano hará que se retire
 el español ejército, sencillo,
 no de valor, sino de poca gente,
 pues que con ella hará que se le aumente;
 y cuando fuere ya más conocido
 el propio Hacedor de tierra y cielo,
 aquél que ha de quedar instituido
 por visorrey de Dios en todo el suelo,
 a tus reyes dará tal apellido
 que él vea que más cuadre y dé consuelo.
 Católicos serán llamados todos,
 sujeción e insinia de los godos;
 pero el que más levantará la mano
 en honra tuya y general contento,
 haciendo que el valor del nombre hispano
 tenga entre todos el mejor asiento,
 un rey será de cuyo intento sano
 grandes cosas me muestra el pensamiento;
 será llamado, siendo suyo el mundo,
 el segundo Felipo sin segundo.
 Debajo de este imperio tan dichoso,
 serán a una corona reducidos,
 por bien universal y a tu reposo,
 tus reinos, hasta entonces divididos.

(1) Alusión al saco de Roma por el ejército imperial en 1527.

El jirón lusitano, tan famoso,
 que un tiempo se cortó de los vestidos
 de la ilustre Castilla, ha de asirse
 de nuevo, y a su antiguo ser venirse (1).
 ¡Qué envidia, qué temor, España amada,
 te tendrán mil naciones extranjeras,
 en quien tú reñirás tu aguda espada
 y tenderás triunfando tus banderas!
 Sírvate esto de alivio en la pasada
 ocasión, por quien lloras tan de veras,
 pues no puede faltar lo que ordenado
 ya tiene de Numancia el duro hado.

ESPAÑA

Tus razones alivio han dado en parte,
 famoso Duero, a las pasiones mías,
 sólo porque imagino que no hay parte
 de engaño alguno en estas profecías.

DUERO

Bien puede de hecho, España, asegurarte,
 puesto que tarden tan dichosos días.
 Y, adiós, porque me esperan ya mis ninfas.

ESPAÑA

¡El Cielo aumente tus sabrosas ninfas!

(1) Alude a la incorporación de Portugal a España (1580).

JORNADA SEGUNDA

Salen TEÓGENES y CARAVINO, con otros cuatro NUMANTINOS, gobernadores de Numancia, y MARQUINO, hechicero, y siéntanse.

TEÓGENES

Paréceme, varones esforzados,
que en nuestros daños con rigor influyen
los tristes signos y contrarios hados,
pues nuestra fuerza humana desminuyen.
Tiénnenos los romanos encerrados,
y con cobardes manos nos destruyen;
ni con matar muriendo no hay vengarnos,
ni podemos sin alas escaparnos.
No sólo a vencernos se despiertan
los que habemos vencido veces tantas;
que también españoles se concertan
con ellos a segar nuestras gargantas.
Tan gran maldad los cielos no consientan;
con rayos hieran las ligeras plantas
que se muestren en daño del amigo,
favoreciendo al pérfido enemigo.
Mirad si imagináis algún remedio

para salir de tanta desventura,
 porque este largo y trabajoso asedio
 sólo promete presta sepultura.

El ancho foso nos estorba el medio
 de probar con las armas la ventura,
 aunque a veces valientes, fuertes brazos,
 rompen mil contrapuestos embarazos.

CARAVINO

¡A Júpiter pluguiera soberano
 que nuestra juventud sola se viera
 con todo el cruel ejército romano,
 adonde el brazo rodear pudiera,
 que allí, al valor de la española mano,
 la misma muerte poco estorbo hiciera
 para dejar de abrir franco camino
 a la salud del pueblo numantino!
 Mas pues en tales términos nos vemos,
 que estamos como damas encerrados,
 hagamos todo cuanto hacer podemos
 para mostrar los ánimos osados:
 a nuestros enemigos convidemos
 a singular batalla; que, cansados
 deste cerco tan largo, ser podría
 quisiesen acabarle por tal vía.
 Y cuando este remedio no suceda
 a la justa medida del deseo,
 otro camino de intentar nos queda,
 aunque más trabajoso a lo que creo:
 este foso y muralla que nos veda

el paso al enemigo que allí veo,
 en un tropel de noche le rompamos,
 y por ayuda a los amigos vamos.

NUMANTINO PRIMERO

O sea por el foso o por la muerte,
 de abrir tenemos paso a nuestra vida:
 que es dolor insufrible el de la muerte,
 si llega cuando más vive la vida.
 Remedio a las miserias es la muerte,
 si se acrecientan ellas con la vida,
 y suele tanto más ser excelente
 cuanto se muere más honradamente.

NUMANTINO SEGUNDO

¿Con qué más honra pueden apartarse
 de nuestros cuerpos estas almas nuestras
 que en las romanas haces arrojarse
 y en su daño mover las fuerzas diestras?
 Y en la ciudad podrá muy bien quedarse
 quien gusta de cobarde dar las muestras;
 que yo mi gusto pongo en quedar muerto
 en el cerrado foso o campo abierto.

NUMANTINO TERCERO

Esta insufrible hambre macilenta,
 que tanto nos persigue y nos rodea,
 hace que en vuestro parecer consienta,
 puesto que temerario y duro sea.

Muriendo, excusar hemos tanta afrenta;
y quien morir de hambre no desea,
arrójese conmigo al foso y haga
camino su remedio con la daga.

NUMANTINO CUARTO

Primero que vengáis al trance duro
desta resolución que habéis tomado,
páreceme ser bien que desde el muro
nuestro fiero enemigo sea avisado,
diciéndole que dé campo seguro
a un numantino y a otro su soldado,
y que la muerte de uno sea sentencia
que acabe nuestra antigua diferencia.
Son los romanos tan soberbia gente,
que luego aceptarán este partido;
y si lo aceptan, creo firmemente
que nuestro amargo daño ha fenecido,
pues está un numantino aquí presente
cuyo valor me tiene persuadido
que él solo contra tres de los romanos
quitará la victoria de las manos.
También será acertado que Marquino,
pues es un agorero tan famoso,
mire qué estrella o qué planeta o signo
nos amenaza a muerte o fin honroso,
o si se puede hallar algún camino
que nos pueda mostrar si del dudoso
cerco cruel do estamos oprimidos
saldremos vencedores o vencidos.

También primero encargo que se haga
 a Júpiter solemne sacrificio,
 de quien podremos esperar la paga
 harto mayor que nuestro beneficio.
 Cúrese luego la profunda llaga
 del arraigado acostumbrado vicio:
 quizá con esto mudará de intento
 el hado esquivo, y nos dará contento.
 Para morir, jamás le falta tiempo
 al que quiere morir desesperado.
 Siempre seremos a sazón y a tiempo
 para mostrar muriendo el pecho osado;
 mas, porque no se pase en balde el tiempo,
 mirad si os cuadra lo que he demandado,
 y, si no os parece, dad un modo
 que mejor venga y que convenga a todo.

MARQUINO

Esa razón que muestran tus razones
 es aprobada del intento mío.
 Háganse sacrificios y oblacones
 y póngase en efeto el desafío,
 que yo no perderé las ocasiones
 de mostrar de mi ciencia el poderío:
 yo os sacaré del hondo centro obscuro
 quien nos declare el bien, el mal futuro.

TEÓGENES

Yo desde aquí me ofrezco, si os parece
 que puede de mi esfuerzo algo fiarse,

de salir a esta duda que se ofrece,
si por ventura viene a efetuarse.

CARAVINO

Más honra tu valor claro merece;
bien pueden de tu esfuerzo confiarse
más difíciles cosas, y aun mayores,
por ser el que es mejor de los mejores.
Y pues tú ocupas el lugar primero
de la honra y valor con causa justa,
yo, que en todo me cuento por postrero,
quiero ser el heraldo de esta justa.

NUMANTINO PRIMERO

Pues yo con todo el pueblo me prefiero
hacer de lo que Júpiter más gusta,
que son los sacrificios y oblacones,
si van con enmendados corazones.

NUMANTINO SEGUNDO

Vámonos, y con presta diligencia
hagamos cuanto aquí propuesto habemos,
antes que la pestífera dolencia
de la hambre nos ponga en los extremos.
Si tiene el Cielo dada la sentencia
de que en este rigor fiero acabemos,
revóquela, si acaso lo merece
la presta enmienda que Numancia ofrece.

Vanse, y salen MARANDRO y LEONICIO, numantinos.

LEONICIO

Marandro amigo, ¿do vas,
o hacia do mueves el pie?

MARANDRO

Si yo mismo no lo sé,
tampoco tú lo sabrás.

LEONICIO

¡Cómo te saca de seso
tu amoroso pensamientol

MARANDRO

Antes, después que le siento,
tengo más razón y peso.

LEONICIO

Eso ya está averiguado:
que el que sirviere al amor,
ha de ser por su dolor
con razón muy más pesado.

MARANDRO

De malicia o de agudeza
no escapa lo que dijiste.

LEONICIO

Tú mi agudeza entendiste,
mas yo entendí tu simpleza.

MARANDRO

¿Qué simpleza? ¿Querer bien?

LEONICIO

Si al querer no se le mide
 como la razón lo pide,
 con cuándo, cómo y a quién.

MARANDRO

¿Reglas quies poner a amor?

LEONICIO

La razón puede ponellas.

MARANDRO

Razonables serán ellas,
 mas no de mucho primor.

LEONICIO

En la amorosa portía,
 a razón no hay conocella.

MARANDRO

Amor no va contra ella,
 aunque della se desvía.

LEONICIO

¿No es ir contra la razón,

siendo tú tan buen soldado,
 andar tan enamorado
 en tan extraña ocasión?
 Al tiempo que del dios Marte
 has de pedir el favor
 ¿te entretienes con amor,
 quien mil blanduras reparte?
 ¿Ves la patria consumida
 y de enemigos cercada,
 y tu memoria, burlada
 por amor, de ella se olvida?

MARANDRO

En ira mi pecho se arde
 por ver que hablas sin cordura.
 ¿Hizo el amor, por ventura,
 a ningún pecho cobarde?
 ¿Dejé yo la centinela
 por ir donde está mi dama,
 o estoy durmiendo en la cama
 cuando mi capitán vela?
 ¿Hasme visto tú faltar
 de lo que debo a mi oficio,
 para algún regalo o vicio,
 ni menos por bien amar?
 Y si nada no has hallado
 de que debo dar disculpa,
 ¿por qué me das tanta culpa
 de que sea enamorado?
 Y si de conversación

me ves que ando siempre ajeno,
mete la mano en tu seno,
verás si tengo razón.

¿No sabes los muchos años
que tras Lira ando perdido?

¿No sabes que era venido
el fin todo a nuestros daños,
porque su padre ordenaba

de dármela por mujer,

y que Lira su querer

con el mío concertaba?

También sabes que llegó

en tan dulce coyuntura

esta fuerte guerra dura,

por quien mi gloria cesó.

Dilatóse el casamiento

hasta acabar esta guerra,

porque no está nuestra tierra

para fiestas y contento.

Mira cuán-poca esperanza

puedo tener de mi gloria,

pues está nuestra vitoria

toda en la enemiga lanza.

De la hambre fatigados,

sin medio de algún remedio,

tal muralla y foso en medio,

pocos, y, ésos encerrados;

pues como veo llevar

mis esperanzas del viento,

ando triste y descontento,

así cual me ves andar.

LEONICIO

Sosiega, Marandro, el pecho;
 vuelve al brío que tenías;
 quizá que por otras vías
 se ordena nuestro provecho,
 y Júpiter soberano
 nos descubra buen camino
 por do el pueblo numantino
 quede libre del romano,
 y en dulce paz y sosiego
 de tu esposa gozarás,
 y la llama templarás
 de aquese amoroso fuego;
 que para tener propicio
 al gran Júpiter tonante,
 hoy Numancia en este instante
 le quiere hacer sacrificio.
 Ya el pueblo viene y se muestra
 con las víctimas e incienso.
 ¡Oh, Júpiter, padre inmenso,
 mira la miseria nuestra!

Apártanse a un lado, y salen dos numantinos vestidos como sacerdotes antiguos, y han de traer asido de los cuernos en medio un carnero grande, coronado de oliva y otras flores, y un paje con una fuente de plata y una toalla, y otro con un jarro de agua, y otros dos con dos jarros de vino, y otro con otra fuente de plata con un poco de incienso, y otros con fuego y leña, y otro que ponga una mesa con un tapete donde se ponga todo lo que hubiere en la comedia, en hábitos de numantinos;

y luego los SACERDOTES, dejando el uno el carnero de la mano, diga, y han de entrar TEÓGENES y muchos numantinos.

SACERDOTE PRIMERO

Señales ciertas de dolores ciertos
se me han representado en el camino,
y los canos cabellos tengo yertos.

SACERDOTE SEGUNDO

Si acaso no soy mal adivino
nunca con bien saldremos de esta impresa.
¡Ay, desdichado pueblo numantino!

SACERDOTE PRIMERO

Hagamos nuestro oficio con la priesa
que nos incitan los agüeros tristes.
Poned, amigos, hacia aquí esa mesa.

SACERDOTE SEGUNDO

El vino, incienso y agua que trujistes
poneldo encima y apartaos afuera,
y arrepentíos de cuanto mal hicistes:
que la oblación mejor y la primera
que se ha de ofrecer al alto Cielo,
es alma limpia y voluntad sincera.

SACERDOTE PRIMERO

El fuego no le hagáis vos en el suelo,

que aquí viene brasero para ello,
que así lo pide el religioso celo.

SACERDOTE SEGUNDO

Lavaos las manos y limpiaos el cuello.
Dad acá el agua. ¿El fuego no se enciende?

NUMANTINO

No hay quien pueda, señores, encendello.

SACERDOTE SEGUNDO

¡Oh Júpiter! ¿Qué es esto que pretende
de hacer en nuestro daño el hado esquivo?
¿Cómo el fuego en la tea no se enciende?

NUMANTINO

Ya parece, señor, que está algo vivo.

SACERDOTE SEGUNDO

Quítate afuera. ¡Oh flaca llama oscura,
qué dolor en mirarte tal recibol
¿No miras cómo el humo se apresura
a caminar al lado de Poniente,
y la amarilla llama, mal segura,
sus puntas encamina hacia el Oriente?
¡Desdichada señal, señal notoria
que nuestro mal y daño está patentel

SACERDOTE PRIMERO

Aunque lleven romanos la vitoria

de nuestra muerte, en humo ha de tornarse,
y en llamas vivas nuestra muerte y gloria.

SACERDOTE SEGUNDO

Pues debe con el vino ruciarse
el sacro fuego, dad acá ese vino
y el incienso también ha de quemarse.

*Rocía el fuego con el vino a la redonda, y luego pone
el incienso en el fuego, y dice:*

Al bien del triste pueblo numantino
endereza, ¡oh gran Júpiter!, la fuerza
propicia del contrario amargo sino.
Ansí como este ardiente fuego fuerza
a que en humo se vaya el sacro incienso,
así se haga al enemigo fuerza
para que en humo, eterno padre inmenso,
todo su bien, toda su gloria vaya,
ansí como tú puedes y yo pienso;
tengan los Cielos su poder a raya,
ansí como esta víctima tenemos,
y lo que ella ha de haber él también haya.

SACERDOTE PRIMERO

Mal responde el agüero; mal podremos
ofrecer esperanza al pueblo triste,
para salir del mal que poseemos.

*Hácese ruido debajo del tablado con un barril lleno de
piedras, y dispárese un cohete volador.*

SACERDOTE SEGUNDO

¿No oyes un ruido, amigo? Dí, ¿no viste
el rayo ardiente que pasó volando?
Presagio verdadero de esto fuiste.

SACERDOTE PRIMERO

Turbado estoy; de miedo estoy temblando.
¡Oh qué señales!, a lo que yo veo,
¡qué amargo fin están pronosticandol
¿No ves un escuadrón airado y feo?
¿Vees unas águilas feas que pelean
con otras aves en marcial rodeo?

SACERDOTE SEGUNDO

Sólo su esfuerzo y su rigor emplean
en encerrar las aves en un cabo,
y con astucia y arte las rodean.

SACERDOTE PRIMERO

Tal señal vitupero y no la alabo.
¿Águilas imperiales vencedoras?
¡Tú verás de Numancia presto el cabol

SACERDOTE SEGUNDO

Águilas, de gran mal anunciadoras,
partíos, que ya el agüero vuestro entiendo,
ya en efeto contadas son las horas.

SACERDOTE PRIMERO

Con todo, el sacrificio hacer pretendo
de esta inocente víctima, guardada
para aplacar al dios del gesto horrendo.

SACERDOTE SEGUNDO

¡Oh gran Plutón, a quien por suerte dada
le fué la habitación del reino obscuro
y el mando en la infernal triste morada!
Ansí vivas en paz, cierto y seguro
de que la hija de la sacra Ceres
corresponda a tu amor con amor puro,
que todo aquello que en provecho vieres
venir del pueblo triste que te invoca,
lo allegues cual se espera de quien eres.
Atapa la profunda, oscura boca
por do salen las tres fieras hermanas
a hacernos el daño que nos toca,
y sean de dañarnos tan livianas
sus intenciones, que las lleve el viento,
como se lleva el pelo de estas lanas.

Quita algunos pelos del carnero, y échalos al aire.

SACERDOTE PRIMERO

Y así como te baño y ensangriento
este cuchillo en esta sangre pura
con alma limpia y limpio pensamiento,
así la tierra de Numancia dura

se bañe con la sangre de romanos,
y aun los sirva también de sepultura.

Sale por el hueco del tablado un demonio hasta el medio cuerpo, y ha de arrebatarse el carnero y volverse a disparar el fuego y todos los sacrificios.

SACERDOTE SEGUNDO

Mas ¿quién me ha arrebatado de las manos
la víctima? ¿Qué es esto, dioses santos?
¿Qué prodigios son éstos tan insanos?
No os han enternecido ya los llantos
de este pueblo lloroso y afligido,
ni la arpada voz de aquestos cantos,
antes creo que se han endurecido,
cual pueden infirir en las señales
tan fieras como aquí han acontecido.
Nuestros vivos remedios son mortales;
toda nuestra pereza es diligencia,
y los bienes ajenos, nuestros males.

NUMANTINO

En fin dado han los Cielos la sentencia
de nuestro fin amargo y miserable.
No nos quiere valer ya su clemencia;
lloremos, pues es fin tan lamentable,
nuestra desdicha; que la edad postrera
dél y de nuestras fuerza siempre hable.

TEÓGENES

Marquino haga la experiencia entera

de todo su saber, y sepa cuánto nos promete de mal la lastimera suerte, que ha vuelto nuestra risa en llanto.

Vanse todos, y quedan MARANDRO y LEONICIO.

MARANDRO

Leonicio, ¿qué te parece?
 ¿Han remedio nuestros males
 con estas buenas señales
 que aquí el Cielo nos ofrece?
 ¡Tendrá fin mi desventura
 cuando se acabe la guerra,
 que será cuando la tierra
 me sirva de sepultura!

LEONICIO

Marandro, al que es buen soldado
 agüeros no le dan pena,
 que pone la suerte buena
 en el ánimo esforzado,
 y esas vanas apariencias
 nunca le turban el tino:
 su brazo es su estrella o sino;
 su valor, sus influencias.
 Pero si quieres creer
 en este notorio engaño,
 aun quedan, si no me engaño,
 experiencias más que hacer,
 que Marquino las hará,

las mejores de su ciencia,
y el fin de nuestra dolencia,
si es buena o mala, sabrá.
Páreceme que le veo.

MARANDRO

¡En qué extraño traje vienel
Quien con feos se entretiene,
no es mucho que venga feo.
¿Será acertado seguille?

LEONICIO

Acertado me parece,
por si acaso se le ofrece
algo en que poder serville.

Aquí sale MARQUINO con una ropa de bocaçi (1) grande y ancha, y una cabellera negra, y los pies descalzos, y la cinta traerá de modo que se le vean tres redomillas llenas de agua: la una negra, y la otra clara, y la otra teñida con azafrán; y una lanza en la mano, teñida de negro, y en la otra un libro; y ha de venir otro con él, que se llama MILBIO, y cuando entran LEONICIO y MARANDRO, se apartan afuera MARQUINO y MILBIO.

MARQUINO

¿Do dices, Milbio, que está el joven triste?

(1) «Tela falsa de lienzo, teñido de diversos colores y bruñido.»
Covarrubias.)

MILBIO

En esta sepultura está encerrado.

MARQUINO

No yerres el lugar do le perdiste.

MILBIO

No; que con esta yedra señalado
dejé el lugar adonde el mozo tierno
fué con lágrimas tiernas enterrado.

MARQUINO

¿De qué murió?

MILBIO

Murió de mal gobierno;
la flaca hambre le acabó la vida,
peste cruel, salida del infierno.

MARQUINO

¿Al fin dices que ninguna herida
le cortó el hilo del vital aliento,
ni fué cáncer ni llaga su homicida?
Esto te digo, porque hace al cuento
de mi saber que esté este cuerpo entero,
organizado todo y en su asiento.

MILBIO

Habrá tres horas que le di el postrero

reposo y le entregué a la sepultura,
y de hambre murió, como refiero.

MARQUINO

Está muy bien, y es buena coyuntura
la que me ofrecen los propicios signos
para invocar de la región obscura
los feroces espíritus malinos.
Presta atentos oídos a mis versos.
Fiero Plutón, que en la región obscura,
entre ministros de ánimos perversos,
te cupo de reinar suerte y ventura:
haz, aunque sean de tu gusto adversos,
cumplidos mis deseos en la dura
ocasión que te invoco; no te tardes,
ni a ser más oprimido de mí aguardes.
Quiero que al cuerpo que aquí está encerrado
vuelva el alma que le daba vida,
aunque el fiero Carón del otro lado
la tenga en la ribera denegrida,
y aunque en las tres gargantas del airado
cancerbero esté penada y escondida.
Salga, y torne a la luz del mundo nuestro,
que luego tornará al oscuro vuestro;
y pues ha de salir, salga informada
del fin que ha de tener guerra tan cruda,
y desto no me encubra y calle nada,
ni me deje confuso y con más duda
la plática de esta alma desdichada;
de toda ambigüedad libre y desnuda

tiene de ser. Envíala; ¿qué esperas?
 ¿Esperas a que hable con más veras?
 ¿No desmovéis la piedra, desleales?
 Decid, ministros falsos: ¿qué os detiene?
 ¿Cómo no me habéis dado ya señales
 de que hacéis lo que digo y me conviene?
 ¿Buscáis con deteneros vuestros males,
 o gustáis de que ya al momento ordene
 de poner en efeto los conjuros
 que ablanden vuestros fieros pechos duros?
 Ea, pues, vil canalla mentirosa;
 aparejaos al duro sentimiento,
 pues sabéis que mi voz es poderosa
 de doblaros la rabia y el tormento.
 Dime, traidor esposo de la esposa (1)
 que seis meses del año a su contento
 está, sin duda, haciéndote cornudo:
 ¿por qué a mis peticiones estás mudo?
 Este yerro, bañado en agua clara
 que al suelo no tocó en el mes de mayo,
 herirá en esta piedra, y hará clara
 y patente la fuerza de este ensayo.

*Con el agua clara de la redomilla baña el hierro de la
 lanza, y luego herirá en la tabla, y debajo suenan cohe-
 tes, y hágase ruido.*

Ya parece, canalla, que a la clara
 dais muestras de que os toma cruel desmayo.
 ¿Qué rumores son éstos? ¡Ea, malvados,

(1) Proserpina.

que aun sin venir aquí venís forzados!
 Levantad esta piedra, fementidos,
 y descubrid el cuerpo que aquí yace.
 ¿Qué es esto? ¿Qué tardáis? ¿A do sois idos?
 ¿Cómo mi mando al punto no se hace?
 ¿No curáis de amenazas, descreídos?
 Pues no esperéis que más os amenace;
 esta agua negra del estigio lago
 dará a vuestra tardanza presto pago.
 Agua de la fatal negra laguna,
 cogida en triste noche, oscura y negra:
 ¡por el poder que en ti sola se auna,
 a quien otro poder ninguno quiebra,
 a la banda diabólica importuna
 y a quien la primer forma de culebra
 tomó, conjuro, apremio, pido y mando
 que venga a obedecerme aquí volandol

Rocía con agua negra la sepultura, y ábrese.

¡Oh mal logrado mozol Salid fuera;
 volved a ver el sol claro y sereno;
 dejad aquella región do no se espera
 en ella un día sosegado y bueno;
 dame, pues puedes, relación entera
 de lo que has visto en el profundo seno,
 digo de aquello a que mandado eres,
 y más si al caso toca y tú pudieres.

Sale el cuerpo amortajado, con un rostro de muerte, y va saliendo poco a poco, y, en saliendo, déjase caer en el tablado.

¿Qué es esto? ¿No respondes? ¿No revives?
 ¿Otra vez has gustado de la muerte?
 Pues yo haré que con tu pena avives
 y tengas el hablarme a buena suerte.
 Pues eres de los míos, no te esquives
 de hablarme, responderme; mira, advierte
 que, si callas, haré que con tu mengua
 sueltes la atada y enojada lengua.

Rocía el cuerpo con el agua amarilla, y luego le azotará.

Espíritus malignos, ¿no aprovecha?
 Pues esperad: saldrá el agua encantada,
 que hará mi voluntad tan satisfecha
 cuanto es la vuestra pérfida y dañada;
 y aunque esta carne fuera polvos hecha,
 siendo con este azote castigada,
 cobrará nueva aunque ligera vida,
 del áspero rigor suyo oprimida.
 Alma rebelde, vuelve al aposento
 que pocas horas ha desocupaste.
 Ya vuelves, ya lo muestras, ya te siento,
 que al fin a tu pesar en él te entraste.

En este punto se estremece el cuerpo, y habla.

MUERTO

Cese la furia del rigor violento
 tuyo, Marquino; baste, triste, baste
 lo que yo paso en la región oscura,
 sin que tú crezcas más mi desventura.

Engañaste si piensas que recibo
contento de volver a esta penosa,
mísera y corta vida que ahora vivo,
que ya me va faltando presurosa;
antes me causas un dolor esquivo,
pues otra vez la muerte rigurosa
triunfará de mi vida y de mi alma,
mi enemigo tendrá doblada palma,
el cual, con otros del oscuro bando,
de los que son sujetos a agradarte,
están con rabia eterna aquí esperando
a que acabe, Marquino, de informarte
del lamentable fin, del mal infando
que de Numancia puedo asegurarte,
la cual acabará a las mismas manos
de los que son a ella más cercanos.
No llevarán romanos la vitoria
de la fuerte Numancia, ni ella menos
tendrá del enemigo triunfo o gloria,
amigos y enemigos siendo buenos;
no entiendas que de paz habrá memoria,
que habrá albergue en sus contrarios senos;
el amigo cuchillo, el homicida
de Numancia será, y será su vida;
y quédate, Marquino, que los hados
no me conceden más hablar contigo,
y aunque mis dichos tengas por trocados,
al fin saldrá verdad lo que te digo.

*En diciendo esto, se arroja el cuerpo en la
sepultura.*

MARQUINO

¡Oh, tristes signos, signos desdichados!
Si esto ha de suceder del pueblo amigo,
primero que mirar tal desventura,
mi vida acabe en esta sepultura.

Arrójase MARQUINO en la sepultura.

MARANDRO

Mira, Leonicio, si ves
por do yo pueda decir
que no me haya de salir
todo mi gusto al revés.
De toda nuestra ventura
cerrado está ya el camino;
si no, dígalo Marquino,
el muerto y la sepultura.

LEONICIO

Que todas son ilusiones,
quimeras y fantasías,
agüeros y hechicerías,
diabólicas invenciones;
no muestres que tienes poca
ciencia en creer desconciertos:
que poco cuidan los muertos
de lo que a los vivos toca.

MARANDRO

Nunca Marquino hiciera

desatino tan extraño,
si nuestro futuro daño
como presente no viera.
Avisemos de este paso
al pueblo, que está mortal.
Mas, para dar nueva tal,
¿quién podrá mover el paso?

JORNADA TERCERA

Salen ESCIPIÓN, y JUGURTA, y MARIO, romanos.

ESCIPIÓN

En forma estoy contento en mirar cómo
corresponde a mi gusto la ventura,
y esta libre nación soberbia domo
sin fuerzas, solamente con cordura.
En viendo la ocasión, luego la tomo,
porque sé cuánto corre y se apresura,
y si se pasa en cosas de la guerra,
el crédito consume y vida atierra.
Juzgaba de esa el loco desvarío
tener los enemigos encerrados,
y que era mengua del romano brío
no vencellos con modos más usados.
Bien sé que lo habrán dicho; mas yo fio
que los que fueron pláticos soldados
dirán que es de tener en mayor cuenta
la vitoria que menos ensangrienta.
¿Qué gloria puede haber más levantada,
en las cosas de guerra que aquí digo,
que, sin quitar de su lugar la espada,
vencer y sujetar al enemigo?

Que cuando la vitoria es granjeada
con la sangre vertida del amigo,
el gusto mengua que causar pudiera
la que sin sangre tal ganada fuera.

Tocan una trompeta del muro de Numancia.

JUGURTA

Oye, señor, que de Numancia suena
el son de una trompeta, y me aseguro
que decirte algo desde allá se ordena,
pues el salir acá lo estorba el muro.
Carabino se ha puesto en una almena,
y una señal ha hecho de seguro;
lleguémonos más cerca.

ESCIPIÓN

Ea, lleguemos.

No más; que desde aquí lo entenderemos.

*Pónese CARAVINO en la muralla, con una bandera o
lanza en la mano, y dice:*

CARAVINO

¡Romanos! ¡Ah, romanos! ¿Puede acaso
ser de vosotros esta voz oída?

MARIO

Puesto que más la bajas y hables paso,
de cualquier tu razón será entendida.

CARAVINO

Decid al general que alargue el paso
al foso, porque viene dirigida
a él una embajada.

ESCIPIÓN

Dila presto,
que yo soy Cipión.

CARAVINO

Escucha el resto.
Dice Numancia, general prudente,
que consideres bien que há muchos años
que entre la nuestra y tu romana gente
duran los males de la guerra extraños,
y que, por evitar que no se aumente
la dura pestilencia destes daños,
quiere, si tú quisieres, acaballa
con una breve y singular batalla.
Un soldado se ofrece de los nuestros
a combatir cerrado en estacada
con cualquiera esforzado de los vuestros,
para acabar contienda tan trabada;
y al que los hados fueren tan sinlestros,
que allí le dejen sin la vida amada,
si fuere el nuestro, darémoste la tierra;
si el tuyo fuere, acábese la guerra.
Y por seguridad deste concierto,
daremos a tu gusto las rehenes.

Bien sé que en él vendrás, porque estás cierto
 de los soldados que a tu cargo tienes,
 y sabes que el menor, a campo abierto,
 hará sudar el pecho, rostro y tienes
 al más aventajado de Numancia;
 así que está segura tu ganancia.
 Por que a la ejecución se venga luego,
 respóndeme, señor, si estás en ello.

ESCIPIÓN

Donaire es lo que dices, risa y juego,
 y loco el que pensase hacello.
 Usad el medio del humilde ruego,
 si queréis que se escape vuestro cuello
 de probar el rigor y filos diestros
 del romano cuchillo y brazos nuestros.
 La fiera que en la jaula está encerrada
 por su selvatoquez y fuerza dura,
 si puede allí con mano ser domada,
 y con el tiempo y medios de cordura,
 quien la dejase libre y desatada
 daría grandes muestras de locura.
 Bestias sois, y por tales encerradas
 os tengo donde habéis de ser domadas;
 mía será Numancia a pesar vuestro,
 sin que me cueste un mínimo soldado,
 y el que tenéis vosotros por más diestro,
 rompa por ese foso trincheado;
 y si en esto os parece que yo muestro
 un poco mi valor acobardado,

el viento lleve agora esta vergüenza,
y vuélvala la fama cuando venza.

Vanse ESCIPIÓN y los suyos, y dice CARAVINO:

CARAVINO

¿No escuchas más, cobarde? ¿Ya te escondes?
¿Enfádate la igual, justa batalla?
Mal con tu nombradía correspondes;
mal podrás de este modo sustentalla;
en fin, como cobarde me respondes.
Cobardes sois, romanos, vil canalla,
en vuestra mu hedumbre confiados,
y no en los diestros brazos levantados.
¡Pérfidos, desleales, fementidos,
cruelles, revoltosos y tiranos;
cobardes, cudiciosos, malnacidos,
pertinaces, feroces y villanos;
adúlteros, infames, conocidos
por de industriosas más cobardes manos!
¿Qué gloria alcanzaréis en darnos muerte,
teniéndonos atados de esta suerte?
En formado escuadrón o manga suelta,
en la campaña rasa, do no pueda
estorbar la mortal fiera revuelta
el ancho foso y muro que la veda,
será bien que, sin dar el pie la vuelta,
y sin tener jamás la espada queda,
ese ejército mucho bravo vuestro
se viera con el poco flaco nuestro;
mas como siempre estáis acostumbrados

a vencer con ventajas y con mañas,
 estos conciertos, en valor fundados,
 no los admiten bien vuestras marañas:
 liebres en pieles fieras disfrazados,
 load y engrandecer vuestras hazañas,
 que espero en el gran Júpiter de veros
 sujetos a Numancia y a sus fueros.

Vase, y torna a salir fuera con TEÓGENÉS, y CARAVINO, y MARANDRO, y otros.

TEÓGENES

En términos nos tiene nuestra suerte,
 dulces amigos, que sería ventura
 de acabar nuestros daños con la muerte;
 por nuestro mal, por nuestra desventura,
 vistes del sacrificio el triste agüero,
 y a Marquino tragar la sepultura;
 el desafío no ha importado un cero;
 ¿de intentar qué me queda? No lo siento.
 Uno es aceptar el fin postrero.
 Esta noche se muestre el ardimiento
 del numantino acelerado pecho,
 y póngase por obra nuestro intento.
 El enemigo muro sea deshecho;
 salgamos a morir a la campaña,
 y no como cobardes en estrecho.
 Bien sé que sólo sirve esta hazaña
 de que a nuestro morir se mude el modo,
 que con ella la muerte se acompaña.

CARAVINO

Con este parecer yo me acomodo.
 Morir quiero rompiendo el fuerte muro
 y deshacello por mi mano todo;
 mas tiéneme una cosa mal siguro:
 que si nuestras mujeres saben esto,
 de que no haremos nada os aseguro.
 Cuando otra vez tuvimos presupuesto
 de huirnos y dejallas, cada uno
 fiado en su caballo y vuelo presto,
 ellas, que el trato a ellas importuno
 supieron, al momento nós robaron
 los frenos, sin dejarnos solo uno.
 Entonces el huir nos estorbaron,
 y ansí lo harán agora fácilmente,
 si las lágrimas muestran que mostraron.

MARANDRO

Nuestro disinio a todas es patente;
 todas lo saben ya, y no queda alguna
 que no se queje dello amargamente,
 y dicen que, en la buena o ruin fortuna,
 quieren en vida o muerte acompañarnos,
 aunque su compañía es importuna.

*Entran cuatro MUJERES de Numancia, cada una con
 un niño en brazos y otros de las manos, y LIRA,
 doncella.*

Veislas aquí do vienen a rogaros
 no las dejéis en tantos embarazos;

aunque seáis de acero, han de ablandaros;
 los tiernos hijos vuestros en los brazos
 las tristes traen; ¿no veis con qué señales
 de amor les dan los últimos abrazos?

MUJER PRIMERA

Dulces señores míos: tras cien males,
 hasta aquí de Numancia padecidos,
 que son menores los que son mortales,
 y en los bienes también que ya son idos,
 siempre mostramos ser mujeres vuestras,
 y vosotros también nuestros maridos.
 ¿Por qué en las ocasiones tan siniestras
 que el cielo airado agora nos ofrece,
 nos dais de aquel amor tan cortas muestras?
 Hemos sabido, y claro se parece,
 que en las romanas manos arrojaros
 queréis, pues su rigor menos empece
 que no la hambre de que veis cercaros,
 de cuyas flacas manos desabridas
 por imposible tengo el escaparos.
 Pcleando queréis dejar las vidas,
 y dejarnos también desamparadas,
 a deshonoras y a muertes ofrecidas.
 Nuestro cuello ofreced a las espadas
 vuestras primero, que es mejor partido
 que vernos de enemigos deshonoradas.
 Yo tengo en mi intención instituído
 que, si puedo, haré cuanto en mí fuere
 por morir do muriere mi marido.

Esto mismo hará la que quisiere
 mostrar que no los miedos de la muerte
 estorban de querer a quien bien quiere,
 en buena o en mala, dulce, ale_gre suerte.

MUJER SEGUDDA

¿Qué pensáis, varones claros?
 ¿Revolvéis aún todavía
 en la triste fantasía
 de dejarnos y ausentaros?
 ¿Queréis dejar, por ventura,
 a la romana arrogancia
 las vírgenes de Numancia
 para mayor desventura,
 y a los libres hijos vuestros
 queréis esclavos dejallos?
 ¿No será mejor ahogallos
 con los propios brazos vuestros?
 ¿Queréis hartar el deseo
 de la romana codicia,
 y que triunfe su injusticia
 de nuestro justo trofeo?
 ¿Serán por ajenas manos
 nuestras casas derribadas?
 Y las bodas esperadas
 ¿hanlas de gozar romanos?
 En salir haréis error
 que acarrea cien mil yerros,
 porque dejáis sin los perros
 el ganado, y sin señor.

Si al foso queréis salir,
 llevadnos en tal salida,
 porque tendremos por vida
 a vuestros lados morir.
 No apresuréis el camino
 al morir, porque su estambre
 cuidado tiene la hambre
 de cercenarla contino.

MUJER TERCERA

Hijos de estas tristes madres,
 ¿qué es esto? ¿Cómo no habláis
 y con lágrimas rogáis
 que no os dejen vuestros padres?
 Basta que la hambre insana
 os acabe con dolor,
 sin esperar el rigor
 de la aspereza romana.
 Decildes que os engendraron
 libres, y libres nacistes,
 y que vuestras madres tristes
 también libres os criaron.
 Decildes que, pues la suerte
 nuestra va tan decaída,
 que, como os dieron la vida,
 ansimismo os den la muerte.
 ¡Oh muros de esta ciudad!
 Si podéis hablar, decid
 y mil veces repetid:
 «¡Numantinos, libertad

los templos, las casas vuestras,
 levantadas en concordial
 Hoy piden misericordia
 hijos y mujeres vuestras.
 Ablandad, claros varones,
 esos pechos diamantinos,
 y mostrad cual numantinos,
 amorosos corazones:
 que no por romper el muro
 se remedia un mal tamaño;
 antes en ello está el daño
 más propincuo y más seguro.»

LIRA

También las tristes doncellas
 ponen en vuestra defensa
 el remedio de su ofensa
 y el alivio a sus querellas.
 No dejéis tan ricos robos
 a las cudiciosas manos.
 Mirad que son los romanos
 hambrientos y fieros lobos.
 Desesperación notoria
 es ésta que hacer queréis,
 adonde sólo hallaréis
 breve muerte y larga gloria.
 Mas ya que salga mejor
 que yo pienso esta hazaña,
 ¿qué ciudad hay en España
 que quiera daros favor?

Mi pobre ingenio os advierte
 que, si hacéis esta salida,
 al enemigo dais vida
 y a toda Numancia muerte.
 De vuestro acuerdo gentil
 los romanos burlarán;
 pero decidme: ¿qué harán
 tres mil con ochenta mil?
 Aunque tuviesen abiertos
 los muros y su defensa,
 seríades con ofensa
 mal vengados y bien muertos.
 Mejor es que la ventura
 o el daño que el Cielo ordena
 o nos salve o nos condena
 de la vida o sepultura.

TEÓGENES

Limpiad los ojos humidos del llanto,
 mujeres tiernas, y tené entendido
 que vuestra angustia la sentimos tanto,
 que responde al amor nuestro subido.
 Ora crezca el dolor, ora el quebranto
 sea por nuestro bien disminuído,
 jamás en muerte o vida os dejaremos;
 antes en muerte o vida os serviremos.
 Pensábamos salir al foso, ciertos
 antes de allí morir que de escaparnos,
 pues fuera quedar vivos aunque muertos,
 si muriendo pudiéramos vengarnos;

mas pues nuestros disinios descubiertos
han sido, y es locura aventurarnos,
amados hijos y mujeres nuestras,
nuestras vidas serán de hoy más las vuestras (1).
Sólo se ha de mirar que el enemigo
no alcance de nosotros triunfo o gloria;
antes ha de servir él de testigo
que apruebe y eternice nuestra historia;
y si todos venís en lo que digo,
mil siglos durará nuestra memoria,
y es que no quede cosa aquí en Numancia
de do el contrario pueda hacer ganancia.
En medio de la plaza se haga un fuego,
en cuya ardiente llama licenciosa
nuestras riquezas todas se echen luego,
desde la pobre a la más rica cosa;
y esto podréis tener a dulce juego
cuando os declare la intención honrosa
que se ha de efectuar después que sea
abrasada cualquier rila presea.
Y para entretener por algún hora
la hambre que ya roe nuestros huesos,
haréis descuartizar luego a la hora
esos tristes romanos que están presos,
y sin del chico al grande hacer mejora,
repártanse entre todos, que con ésos
será nuestra comida celebrada
por España, cruel, necesitada.

(1) Sin embargo, según Appiano, Cararino salió de Numancia y llegó a pedir auxilio a los arévacos, que se lo negaron.

CARAVINO

Amigos, ¿qué os parece? ¿Estáis en esto?
 Digo que a mí me tiene satisfecho
 y que a la ejecución se venga presto
 de un tan extraño y tan honroso hecho.

TEÓGENES

Pues yo de mi intención os diré el resto:
 después que sea lo que digo hecho,
 vamos a ser ministros todos luego
 de encender el ardiente y rico fuego.

MUJER PRIMERA

Nosotras desde aquí ya comenzamos
 a dar con voluntad nuestros arreos,
 y a las vuestras las vidas entregamos,
 como se han entregado los deseos.

LIRA

Pues caminemos presto; vamos, vamos,
 y abrásense en un punto los trofeos
 que pudieran hacer ricas las manos,
 y aun hartar la codicia de romanos.

Vanse todos, y, al irse, MARANDRO ase a LIRA de la mano, y ella se detiene, y entra LEONICIO y apártase a un lado y no le ven, y dice MARANDRO:

MARANDRO

No vayas tan de corrida,

Lira; déjame gozar
 del bien que me puede dar
 en la muerte alegre vida.
 Deja que miren mis ojos
 un rato tu hermosura,
 pues tanto mi desventura
 se entretiene en mis enojos.
 ¡Oh dulce Lira, que sueñas
 contino en mi fantasía
 con tan suave agonía,
 que vuelve en gloria mis penas!
 ¿Qué tienes? ¿Qué estás pensando,
 gloria de mi pensamiento?

LIRA

Pienso cómo mi contento
 y el tuyo se va acabando;
 y no será su homicida
 el cerco de nuestra tierra:
 que primero que la guerra
 se me acabará mi vida.

MARANDRO

¿Qué dices, bien de mi alma?

LIRA

Que me tiene tal la hambre,
 que de mi vital estambre
 llevará presto la palma.

¿Qué tálamo has de esperar
 de quien está en tal extremo,
 que te aseguro que temo
 antes de un hora expirar?
 Mi hermano ayer expiró,
 de la hambre fatigado;
 mi madre ya ha acabado,
 que la hambre la acabó;
 y si la hambre y su fuerza
 no hay remedio ni salud,
 es porque la juventud
 contra su rigor me esfuerza;
 pero como ha tantos días
 que no le hago defensa,
 no pueden contra su ofensa
 las débiles fuerzas mías.

MARANDRO

Enjuga, Lira, los ojos;
 deja que los tristes míos
 se vuelven corrientes ríos,
 nacidos de tus enojos;
 y aunque la hambre ofendida
 te tenga tan sin compás,
 de hambre no morirás
 mientras yo tuviere vida.
 Yo me ofrezco de saltar
 el foso y el muro fuerte,
 y entrar por la misma muerte
 para la tuya excusar.

El pan que el romano toca,
 sin que el temor me destruya,
 le quitaré de la suya
 para ponello en tu boca;
 con mi brazo haré carrera
 a tu vida y a mi muerte,
 porque más me mata el verte,
 señora, de esa manera.
 Yo te traeré de comer
 a pesar de los romanos,
 si ya son estas mis manos
 las mismas que solian ser.

LIRA

Hablas como enamorado,
 Marandro; pero no es justo
 que tome gusto del gusto
 por tu peligro comprado.
 Poco podrá sustentarme
 cualquier robo que harás,
 aunque más cierto hallarás
 el perderme que el ganarme.
 Coza de tu mocedad,
 en sanidad ya crecida:
 que más importa tu vida
 que la mía en la ciudad.
 Tú podrás bien defendella
 de la enemiga asechanza,
 que no la flaca pujanza
 desta tan triste doncella;

así que, mi dulce amor,
 despide ese pensamiento,
 que yo no quiero sustento
 ganado con tu sudor;
 que aunque puedas alargar
 mi muerte por algún día,
 esta hambre que porfía
 al fin nos ha de acabar.

MARANDRO

¡En vano trabajas, Lira,
 de impedirme este camino,
 do mi voluntad y sino
 allá me convida y tira!
 Tú rogarás entretanto
 a los dioses que me vuelvan
 con despojos que resuelvan
 tu miseria y mi quebranto.

LIRA

Marandro, mi dulce amigo,
 ¡ay!, no vais, que se me antoja
 que de tu sangie veo roja
 la espada del enemigo.
 No hagas esta jornada,
 Marandro, bien de mi vida,
 que, si es mala la salida,
 muy peor será la entrada.
 Sí, quiero aplacar tu brío;

por testigo pongo al Cielo
 que de tu daño recelo,
 y no del provecho mío.
 Mas si acaso, amado amigo,
 prosigues esta contienda,
 lleva este abrazo por prenda
 de que me llevas contigo.

MARANDRO

Lira, el Cielo te acompañe.
 Vete, que a Leonicio veo.

LIRA

Y a ti cumpla tu deseo
 y en ninguna cosa dañe.

Vase LIRA, y dice LEONICIO:

Terrible ofrecimiento es el que has hecho,
 y en él, Marandro, se nos muestra claro
 que no hay cobarde enamorado pecho;
 aunque de tu virtud y valor raro
 debe más esperarse; mas yo temo
 que el hado infeliz se nos muestra avaro.
 He estado atento al miserable extremo
 que te ha dicho Lira en que se halla,
 indigno, cierto, a su valor supremo,
 y que tú has prometido de librala
 deste presente daño, y arrojarte
 en las armas romanas a batalla.

Yo quiero, buen amigo, acompañarte
y en impresa tan justa y tan forzosa
con mis pequeñas fuerzas ayudarte.

MARANDRO

¡Oh amistad de mi alma venturosa!
¡Oh amistad no en trabajos dividida,
ni en la ocasión más próspera y dichosa!
Goza, Leonicio, de la dulce vida;
quédate en la ciudad, que yo no quiero
ser de tus verdes años homicida;
yo solo tengo de ir; yo solo espero
volver con los despojos merecidos
a mi inviolable feo y amor sincero.

LEONICIO.

Pues ya tienes, Marandro, conocidos
mis deseos, que, en buena o mala suerte,
al sabor de los tuyos van medidos,
sabrás que no los miedos de la muerte
de ti me apartarán un solo punto,
ni otra cosa, si la hay, que sea más fuerte.
¡Contigo tengo de ir; contigo junto
he de volver, si ya el Cielo no ordena
que quede en tu defensa allá difunto!

MARANDRO

Quédate, amigo; queda enhorabuena,
porque si yo acabare aquí la vida,

en esta impresa de peligros llena,
que puedas a mi madre dolorida
consolarla en el trance riguroso,
y a la esposa de mí tanto querida.

LEONICIO

Cierto que estás, amigo, muy donoso
en pensar que en tu muerte quedaría
yo con tal quietud y tal reposo,
que de consuelo alguno serviría
a la doliente madre y triste esposa.
Pues en la tuya está la muerte mía,
segura tengo la ocasión dudosa;
mira cómo ha de ser, Marandro amigo,
y en el quedarme no me hables cosa.

MARANDRO

Pues no puedo estorbarte el ir conmigo,
en el silencio de esta noche oscura
tenemos de saltar al enemigo.
Lleva ligeras armas, que ventura
es la que ha de ayudar al alto intento,
que no la malla entretejida y dura.
Lleva asimismo puesto el pensamiento
en robar y traer a buen recado
lo que pudieres más de bastimento.

LEONICIO

Vamos, que no saldré de tu mandado.

Vanse, y salen dos NUMANTINOS.

NUMANTINO PRIMERO

¡Derrama, dulce hermano, por los ojos
 el alma en llanto amargo convertidal
 ¡Venga la muerte, y lleve los despojos
 de nuestra miserable y triste vidal

NUMANTINO SEGUNDO

Bien poco durarán estos enojos:
 que ya la muerte viene apercibida
 para llevar en presto y breve vuelo
 a cuantos pisan de Numancia el suelo.
 Principios veo que prometen presto
 amargo fin a nuestra dulce tierra,
 sin que tengan cuidado de hacer esto
 los contrarios ministros de la guerra.
 Nosotros mismos, a quien ya es molesto
 y enfadoso el vivir que nos atierra,
 hemos dado sentencia irrevocable
 de nuestra muerte, aunque cruel, loable.
 En la plaza mayor ya levantada
 queda una ardiente y codiciosa hoguera,
 que, de nuestras riquezas menistrada,
 sus llamas suben a la cuarta esfera.
 Allí, con triste priesa acelerada
 y con mortal y tímida carrera,
 acuden todos, como santa ofrenda,
 a sustentar las llamas con su hacienda.
 Allí las perlas del rosado oriente,
 y el oro en mil vasijas fabricado,

y el diamante y rubí más excelente,
 y la estimada púrpura y brocado,
 en medio del rigor fogoso ardiente,
 de la encendida llama se ha arrojado;
 despojos do pudieran los romanos
 hinchir los senos y ocupar las manos.

*Aquí salen con cargas de ropa por una parte, y éntranse
 por otra.*

Vuelve al triste espectáculo la vista;
 verás con cuánta priesa y cuánta gana
 toda Numancia en numerosa lista
 aguija a sustentar la llama insana;
 y no con verde leño o seca arista,
 no con materia al consumir liviana,
 sino con sus haciendas mal gozadas,
 pues se guardaron para ser quemadas.

NUMANTINO PRIMERO

Si con esto acabara nuestro daño,
 pudiéramos llevarlo con paciencia;
 mas, ¡ay!, que se ha de dar, si no me engaño,
 de que muramos todos cruel sentencia.
 ¡Primero que el rigor bárbaro extraño
 muestre en nuestras gargantas su inclemencia,
 verdugos de nosotros nuestras manos
 serán, y no los pérfidos romanos!
 Han ordenado que no quede alguna
 mujer, niño ni viejo con la vida.

pues al fin la cruel hambre importuna
 con más fiero rigor es su homicida.
 Mas ves allí a do asoma, hermano, una
 que, como sabes, fué de mí querida
 un tiempo con extremo tal de amores,
 cual es el que ella tiene de dolores.

*Sale una mujer con una criatura en los brazos y otra
 de la mano, y ropa para echar en el fuego.*

MADRE

¡Oh duro vivir molesto!
 ¡Terrible y triste agonía!

HIJO

Madre, ¿por ventura habría
 quien nos diese pan por esto?

MADRE

¿Pan, hijo? ¡Ni aun otra cosa
 que semeje de comer!

HIJO

¿Pues tengo de fenecer
 de dura hambre rabiosa?
 ¡Con poco pan que me deis,
 madre, no os pediré más!

MADRE

¡Hijo, qué pena me das!

HIJO

¿Por qué, madre, no queréis?

MADRE

Sí quiero; mas ¿qué haré,
que no sé dónde buscallo?

HIJO

Bien podréis, madre, comprarlo:
si no, yo lo compraré.
Mas, por quitarme de afán,
si alguno conmigo topa,
le daré toda esta ropa
por un pedazo de pan.

MADRE

¿Qué mamas, triste oriatura?
¿No sientes que, a mi despecho,
sacas ya del flaco pecho,
por leche, la sangre pura?
Lleva la carne a pedazos
y procura de hartarte,
que no pueden ya llevarte

mis flacos cansados brazos.
 Hijos, mi dulce alegría,
 ¿con qué os podré sustentar,
 si apenas tengo que os dar
 de la propia sangre mía?
 ¡Oh hambre terrible y fuerte,
 cómo me acabas la vida!
 ¡Oh guerra, sólo venida
 para causarme la muerte!

HIJO

¡Madre mía, que me fino!
 Aguijemos. ¿A do vamos,
 que parece que alargamos
 la hambre con el camino?

MADRE

Hijo, cerca está la plaza
 adonde echaremos luego
 en mitad del vivo fuego
 el peso que te embaraza.

Vase la mujer y el niño, y quedan los dos.

NUMANTINO SEGUNDO

Apenas puede ya mover el paso
 la sin ventura madre desdichada,
 que, en tan extraño y lamentable caso,
 se ve de dos hijuelos rodeada.

NUMANTINO PRIMERO

Todos, al fin, al doloroso paso
vendremos de la muerte arrebatada.
Mas moved vos, hermano, agora el vuestro,
a ver qué ordena el gran Senado nuestro.

JORNADA CUARTA

Tocan al arma con gran prisa, y a este rumor sale ESCIPIÓN, y JUGURTA, y MARIO, alborotados.

ESCIPIÓN

¿Qué es esto, capitanes? ¿Quién nos toca al arma en tal sazón? ¿Es, por ventura, alguna gente desmandada y loca que viene a demandar su sepultura? Mas no sea algún motín el que provoca tocar al arma en recia coyuntura: que tan seguro estoy del enemigo, que tengo más temor al que es amigo.

Sale QUINTO FABIO con el espada desnuda, y dice:

QUINTO

Sosiega el pecho, general prudente, que ya de esta arma la ocasión se sabe, puesto que ha sido a costa de tu gente, de aquel en quien más brío y fuerza cabe. Dos numantinos, con soberbia frente, cuyo valor será razón se alabe,

saltandó el ancho foso y la muralla,
han movido a tu campo cruel batalla.
A las primeras guardas embistieron,
y en medio de mil lanzas se arrojaron,
y con tal furia y rabia arremetieron,
que libre paso al campo les dejaron.
Las tiendas de Fabricio acometieron,
y allí su fuerza y su valor mostraron
de modo que en un punto seis soldados
fueron de agudas puntas traspasados.
No con tanta presteza el rayo ardiente
pasa rompiendo el aire en presto vuelo,
ni tanto la cometa reluciente
se muestra y apresura por el cielo,
como estos dos por medio de tu gente
pasaron, colorando el duro suelo
con la sangre romana que sacaban
sus espadas doquiera que llegaban.
Queda Fabricio traspasado el pecho;
abierta la cabeza tiene Eracio;
Olmida ya perdió el brazo derecho,
y de vivir le queda poco espacio.
Fuéle ansimismo poco de provecho
la ligereza al valeroso Estacio,
pues el correr al numantino fuerte
fué abreviar el camino de la muerte.
Con presta diligencia discurriendo
iban de tienda en tienda, hasta que hallaron
un poco de bizcocho, el cual cogiendo,
el paso, y no el furor, atrás tornaron.
El uno de ellos se escapó huyendo;

al otro mil espadas le acabaron;
 por donde infiero que la hambre ha sido
 quien les dió atrevimiento tan subido.

ESCIPIÓN

Si estando deshambrios y encerrados
 muestran tan demasiado atrevimiento,
 ¿qué hicieran siendo libres y enterados
 en sus fuerzas primeras y ardimiento?
 ¡Indómitos! ¡Al fin seréis domados,
 porque contra el furor vuestro violento
 se tiene de poner la industria nuestra,
 que de domar soberbios es maestral

Vanse todos, y sale MARANDRO, herido y lleno de sangre, con una cesta de pan.

MARANDRO

¿No vienes, Leonicio? Di:
 ¿qué es esto, mi dulce amigo?
 Si tú no vienes conmigo,
 ¿cómo vengo yo sin ti?
 Amigo que te has quedado,
 amigo que te quedaste:
 no eres tú el que me dejaste,
 sino yo el que te he dejado.
 ¿Que es posible que ya dan
 tus carnes despedazadas
 señales averiguadas
 de lo que cuesta este pan,

y es posible que la herida
 que a ti te dejó difunto,
 en aquel instante y punto
 no me acabó a mí la vida?
 No quiso el hado cruel
 acabarme en paso tal,
 por hacerme a mí más mal
 y hacerte a ti más fiel.
 Tú al fin llevarás la palma
 de más verdadero amigo;
 yo a disculparme contigo
 enviaré presto el alma,
 y tan presto, que el afán
 a morir me lleva y tira
 en dando a mi dulce Lira
 este tan amargo pan.
 Pan ganado de enemigos;
 pero no ha sido ganado,
 sino con sangre comprado
 de dos sin ventura amigos.

Sale LIRA con alguna ropa para echarla en el fuego, y dice:

LIRA

¿Qué es esto que ven mis ojos?

MARANDRO

Lo que presto no verán,
 según la priesa se dan

de acabarme mis enojos.
 Ves aquí, Lira, cumplida
 mis palabras y porfías
 de que tú no morirías
 mientras yo tuviese vida.
 Y aun podré mejor decir
 que presto vendrás a ver
 que a ti te sobra el comer
 y a mí me falta el vivir.

LIRA

¿Qué dices, Marandro amado?

MARANDRO

Lira, que acates la hambre
 entre tanto que la éstambre
 de mi vida corta el hado;
 pero mi sangre vertida
 y con este pan mezclada,
 te ha de dar, mi dulce amada,
 triste y amarga comida.
 Ves aquí el pan que guardaban
 ochenta mil enemigos,
 que cuesta de dos amigos
 las vidas que más amaban.
 Y por que lo entiendas cierto
 y cuánto tu amor merezco,
 ya yo, señora, perezco,
 y Leonicio está ya muerto.

Mi voluntad sana y justa
 recíbela con amor,
 que es la comida mejor
 y de que el alma más gusta.
 Y pues en tormenta y calma
 siempre has sido mi señora,
 ¡recibe este cuerpo agora,
 como recibiste el alma!

Cáese muerto, y recógele en las faldas o regazo LIRA.

LIRA

¡Marandro, dulce bien mío!
 ¿Qué sentís, o qué tenéis?
 ¿Cómo tan presto perdéis
 vuestro acostumbrado brío?
 Mas, ¡ay triste, sin ventura,
 que ya está muerto mi esposol
 ¡Oh caso el más lastimoso
 que se vió en la desventural
 ¿Qué os hizo, dulce amado,
 con valor tan excelente,
 enamorado y valiente,
 y soldado desdichado?
 Hicistes una salida,
 esposo mío, de suerte
 que, por excusar mi muerte,
 me habéis quitado la vida.
 ¡Oh pan de la sangre lleno
 que por mí se derramó!
 ¡No te tengo en cuenta, no,

de pan, sino de veneno!
 No te llegaré a mi boca
 por poderme sustentar,
 si no es para besar
 esta sangre que te tocal

Entra un MUCHACHO, hermano de LIRA, hablando desmayadamente.

MUCHACHO

Lira hermana, ya expiró
 mi madre, y mi padre está
 en términos, que ya ya
 morirá, que muero yo:
 la hambre le ha acabado.
 Hermana mía, ¿pan tienes?
 ¡Oh pan, y cuán tarde vienes,
 que no hay ya pasar bocadol
 Tiene la hambre apretada
 mi garganta en tal manera,
 que, aunque este pan agua fuera,
 no pudiera pasar nada.
 Tómalo, hermana querida,
 que, por más crecer mi afán,
 veo que me sobra el pan
 cuando me falta la vida.

Cáese muerto.

LIRA

¿Expiraste, hermano amado?

¡Ni aliento ni vida tiene!
 Bueno es el mal cuando viene
 sin venir acompañado.
 Fortuna, ¿por qué me aquejas
 con un daño y otro junto,
 y por qué en un solo punto
 huérfana y viuda me dejas?
 ¡Oh duro escuadrón romano!
 ¡Cómo me tiene tu espada
 de dos muertos rodeada:
 uno esposo y otro hermano!
 ¿A cuál volveré la cara
 en este trance importuno,
 si en la vida cada uno
 fué prenda del alma cara?
 Dulce esposo, hermano tierno,
 yo os igualaré en quereros,
 porque pienso presto veros
 en el cielo o en el infierno.
 En el modo de morir
 a entrambos he de imitar,
 porque el yerro ha de acabar
 y la hambre mi vivir.
 Primero daré a mi pecho
 una daga que este pan:
 que a quien vive con afán
 es la muerte de provecho.
 ¿Qué aguardo? ¡Cobarde estoy!
 Brazo, ¿ya os habéis turbado?
 ¡Dulce esposo, hermano amado,
 esperadme, que ya voy!

Sale una MUJER huyendo, y tras ella un SOLDADO numantino con una daga para matarla.

MUJER

¡Eterno padre, Júpiter piadoso,
favrecedme en tan adversa suertel

SOLDADO

¡Aunque más lleves vuelo presuroso,
mi dura mano te dará la muertel

Entrase la MUJER.

LIRA

El hierro duro, el brazo belicoso
contra mí, buen soldado, le convierte;
deja vivir a quien la vida agrada,
y quitame la mía, que me enfada.

SOLDADO

Puesto que es decreto del Senado
que ninguna mujer quede con vida,
¿cuál será el brazo o pecho acelerado
que en ese hermoso vuestro dé herida?
Yo, señora, no soy tan mal mirado,
que me precie de ser vuestro homicida:
otra mano, otro hierro ha de acabaros;
que yo sólo nací para adoraros.

LIRA

Esa piedad que quies usar conmigo,
 valeroso soldado, yo te juro,
 y al alto Cielo pongo por testigo,
 que yo la estimo por rigor muy duro.
 Tuviérate yo entonces por amigo,
 cuando, con pecho y ánimo seguro,
 este mío afligido traspasaras
 y de la amarga vida me privaras.
 Pero, pues quies mostrarte piadoso,
 tan en daño, señor, de mi contento,
 muéstralo agora en que a mi triste esposo
 demos el funeral y último asiento.
 También a éste mi hermano, que en reposo
 yace, ya libre del vital aliento.
 Mi esposo feneció por darme vida;
 de mi hermano, la hambre fué homicida.

SOLDADO

Hacer yo lo que mandas está llano,
 con condición que en el camino cuentes
 quién a tu buen esposo y caro hermano
 trajo a los postrimeros accidentes.

LIRA

Amigo, ya el hablar no está en mi mano.

SOLDADO

¿Que tan al cabo estás? ¿Que tal te sientes?

Lleva a tu hermano, que es de menos carga;
yo a tu esposo, que es más peso y carga.

Llevan los cuerpos, y sale una mujer armada con una lanza en la mano y un escudo, que significa la GUERRA, y trae consigo la ENFERMEDAD y la HAMBRE: la ENFERMEDAD arrimada a una muleta y rodeada de paños la cabeza, con una máscara amarilla; y la HAMBRE saldrá con un desnudillo de muerte, y encima una ropa de vocaçi amarilla, y una máscara descolorida.

GUERRA

Hambre, Enfermedad, ejecutores
de mis terribles mandos y severos,
de vidas y salud consumidores,
con quien no vale ruego, mando o fieros;
pues ya de mi intención sois sabidores,
no hay para qué de nuevo encareceros
de cuánto gusto me será y contento
que luego luego hagáis mi mandamiento.
La fuerza incontrastable de los hados,
cuyos efetos nunca salen vanos,
me fuerza a que de mí sean ayudados
estos sagaces mflites romanos.
Ellos serán un tiempo levantados,
y abatidos también estos hispanos;
pero tiempo vendrá en que yo me mude,
y dañe al alto y al pequeño ayude;
que yo, que soy la poderosa Guerra,
de tantas madres detestada en vano,

aunque quien me maldice a veces yerra,
 pues no sabe el valor de esta mi mano,
 sé bien que en todo el orbe de la tierra
 será llevada del valor hispano
 en la dulce ocasión que estén reinando
 un Carlos, y un Felipo, y un Fernando.

ENFERMEDAD

Si ya la hambre, nuestra amiga querida,
 no hubiera tomado con instancia
 a su cargo de ser fiera homicida
 de todos cuantos viven en Numancia,
 fuera de mí tu voluntad cumplida
 de modo que se viera la ganancia
 fácil y rica quel romano hubiera,
 harto mejor de aquella que se espera.
 Mas ella, en cuanto su poder alcanza,
 ya tiene tal al pueblo numantino,
 que de esperar alguna buena andanza,
 le ha tomado las sendas y el camino;
 mas de el furor la rigurosa lanza,
 la influencia del contrario sino,
 le trata con tan áspera violencia,
 que no es menester hambre ni dolencia.
 El furor y la rabia, tus secuaces,
 han tomado en su pecho tal asiento,
 que, cual si fuese de romanas haces,
 cada cual de su sangre está sediento.
 Muertos, incendios, iras, son sus paces:
 en el morir han puesto su contento,

y por quitar el triunfo a los romanos,
ellos mismos se matan con sus manos.

HAMBRE

Volved los ojos, y veréis ardiendo
de la ciudad los encumbrados techos.
Escuchad los suspiros que saliendo
van de mil tristes, lastimados pechos.
Oíd la voz y lamentable estruendo
de bellas damas a quien, ya deshechos
los tiernos miembros de ceniza y fuego,
no valen padre, amigo, amor ni ruego.
Cual suelen las ovejas descuidadas,
siendo del fiero lobo acometidas,
andar aquí y allí descarriadas,
con temor de perder las simples vidas,
tal niños y mujeres desdichadas,
viendo ya las espadas homicidas,
andan de calle en calle, ¡oh hado insano!,
su cierta muerte dilatando en vano.
Al pecho de la amada y nueva esposa
traspasa del esposo el hierro agudo.
Contra la madre, ¡nunca vista cosa!,
se muestra el hijo de piedad desnudo;
y contra el hijo, el padre, con rabiosa
clemencia levantado el brazo crudo,
rompe aquellas entrañas que ha engendrado,
quedando satisfecho y lastimado.
No hay plaza, no hay rincón, no hay calle o casa
que de sangre y de muertos no esté llena;

el hierro mata, el duro fuego abrasa
 y el rigor ferocísimo condena.
 Presto veréis que por el suelo tasa
 hasta la más subida y alta almena,
 y las casas y templos más preciados
 en polvo y en cenizas son tornados.
 Venid; veréis que en los amados cuellos
 de tiernos hijos y mujer querida,
 Teógenes afila agora y prueba en ellos
 de su espada al cruel corte homicida,
 y cómo ya, después de muertos ellos,
 estima en poco la cansada vida,
 buscando de morir un modo extraño,
 que causó en el suyo más de un daño.

GUERRA

Vamos, pues, y ninguno se descuide
 de ejecutar por eso aquí su fuerza,
 y a lo que digo sólo atienda y cuide,
 sin que de mi intención un punto tuerza.

*Vanse, y sale TEÓGENES con dos hijos pequeños y una
 hija y su mujer.*

TEÓGENES

Quando el paterno amor no me detiene
 de ejecutar la furia de mi intento,
 considerad, mis hijos, cuál me tiene
 el celo de mi honroso pensamiento.
 Terrible es el dolor que se previene

con acabar la vida en fin violento,
 y más el mío, pues al hado plugo
 que yo sea de vosotros cruel verdugo.
 No quedaréis, ¡oh hijos de mi almal,
 esclavos, ni el romano poderío
 llevará de vosotros triunfo o palma,
 por más que a sujetarnos alce el brío;
 el camino más llano que la palma
 de nuestra libertad el Cielo pío
 nos ofrece y nos muestra y nos advierte
 que sólo está en las manos de la muerte.
 Ni vos, dulce consorte, amada mía,
 os veréis en peligro que romanos
 pongan en vuestro pecho y gallardía
 los vanos ojos y las fieras manos.
 Mi espada os sacará de esta agonía,
 y hará que sus intentos salgan vanos,
 pues por más que codicia les atiza,
 triunfarán de Numancia hecha ceniza.
 Yo soy, consorte amada, el que primero
 di el parecer que todos perezcamos
 antes que al insufrible desafuero
 del romano poder sujetos seamos;
 y en el morir no pienso ser postrero,
 ni lo serán mis hijos.

MUJER

¿No podamos
 escaparnos, señor, por otra vía?
 ¡El Cielo sabe si me holgaría!

Mas pues no puede ser, según yo veo,
 y está ya mi muerte tan cercana,
 lleva de nuestras vidas tú el trofeo,
 y no la espada pérfida romana.
 Mas, ya que he de morir, morir deseo
 en el sagrado templo de Diana.
 Allá nos lleva, buen señor, y luego
 entréjanos al hierro, al rayo, al fuego.

TEÓGENES

Así se haga, y no nos detengamos,
 que ya a morir me incita el triste hado.

HIJO

Madre, ¿por qué lloráis? ¿Adónde vamos?
 Teneos, que andar no puedo de cansado.
 Mejor será, mi madre, que comamos,
 que la hambre me tiene fatigado.

MUJER

Ven en mis brazos, hijo de mi vida,
 do te daré la muerte por comida.

*Vanse, y salen dos MUCHACHOS huyendo, y el uno de
 ellos es el que se arrojó de la torre.*

MUCHACHO

¿Dónde quieres que huyamos,
 Servio?

SERVIO

Yo, por do quisieres.

MUCHACHO

Camina; ¡qué flaco eres!
Tú ordenas que aquí muramos
¿No ves, triste, que nos siguen
dos mil hierros por matarnos?

SERVIO

Imposible es escaparnos
de aquellos que nos persiguen.
Mas di: ¿qué piensas hacer,
o qué medio hay que nos cuadre?

MUCHACHO

A una torre dê mi padre
me pienso de ir a esconder.

SERVIO

Amigo, bien puedes irte;
que yo estoy tan flaco y laso
de hambre, que un solo paso
no puedo dar, ni seguirte.

MUCHACHO

¿No quieres venir?

SERVIO

No puedo.

MUCHACHO

Si no puedes caminar
 ahí te habrá de acabar
 la hambre, la espada o miedo.
 Yo voyme, porque ya temo
 lo que el vivir desbaratá:
 o que la espada me mata,
 o que en el fuego me quemo.

Vase el MUCHACHO a la torre, y queda SERVIO, y sale TEÓGENES con dos espadas desnudas y ensangrentadas las manos, y como SERVIO le ve, huye y éntrase, y dice

TEÓGENES:

T E Ó G E N E S

Sangre de mis entrañas derramada,
 pues sois aquélla de los hijos míos;
 mano contra ti mesma acelerada,
 llena de honrosos y crueles bríos;
 fortuna, en daño mío conjurada;
 cielos, de justa piedad vacíos:
 ofrecedme en tan dura, amarga suerte,
 alguna honrosa, aunque cercana muerte.
 Valientes numantinos, haced cuenta
 que yo soy algún pérfido romano,
 y vengad en mi pecho vuestra afrenta,
 ensangrentando en él espada y mano.
 Una de estas espadas os presenta
 mi airada furia y mi dolor insano:

que, muriendo en batalla, no se siente tanto el rigor del último accidente.

El que privare del vital sosiego

al otro, por señal de beneficio

entregue el desdichado cuerpo al fuego,

que éste será bien piadoso oficio.

Venid; ¿qué os detenéis? Acudid luego;

haced ya de mi vida sacrificio,

y esta terneza que tenéis de amigos,

volved en rabia y furia de enemigos (1).

Sale un NUMANTINO, y dice:

NUMANTINO

¿A quién, fuerte Teógenes, agora invocas?

¿Qué nuevo modo de morir procuras?

¿Para qué nos incitas y provocas

a tantas desiguales desventuras?

TEÓGENES

Valiente numantino, si no apocas

con el miedo tus bravas fuerzas duras,

toma esta espada y mátate conmigo,

así como si fuese tu enemigo:

que esta manera de morir me place

en este trance más que en otra alguna.

(1) El caso de Teógenes refiérelo Valerio Máximo (III, 2), y por éste Ambrosio de Morales (*Crónica general*, VIII, 10), a quien probablemente leyó Cervantes.

NUMANTINO

También a mí me agrada y satisface,
 pues que lo quiere así nuestra fortuna;
 mas vamos a la plaza adonde yace
 la hoguera a nuestras vidas importuna,
 por que el que allí venciere pueda luego
 entregar al vencido al duro fuego.

TEÓGENES

Bien dices; y camina, que se tarda
 el tiempo de morir como deseo.
 ¡Ora me mate el hierro, el fuego me arda,
 que gloria y honra en cualquier muerte veol

*Vanse, y sale ESCIPIÓN, y JUGURTA, y QUINTO FABIO,
 y MARIO, y ERMILIO, y LIMPIO, y otros soldados ro-
 manos.*

ESCIPIÓN

Si no me engaña el pensamiento mío,
 o salen mentirosas las señales
 que habéis visto en Numancia del estruendo.
 y lamentable son y ardiente llama,
 sin duda alguna que recelo y temo
 que el bárbaro furor del enemigo
 contra su propio pecho no se vuelva.
 Ya no parece gente en la muralla,
 ni sueñan las usadas centinelas.
 Todo está en calma y en silencio puesto,

como si en paz tranquila y sosegada
estuviesen los fieros numantinos.

MARIO

Presto podrás salir de aquea duda,
porque, si tú lo quieres, yo me ofrezco
de subir sobre el muro, aunque me ponga
al riguroso trance que se ofrece,
sólo por ver aquello que en Numancia
hacen nuestros soberbios enemigos.

ESCIPIÓN

Arrima, pues, ¡oh, Mariol, alguna escala
a la muralla, y haz lo que prometes.

MARIO

Id por la escala luego, y vos, Ermilio,
haced que mi rodela se me traiga
y la celada blanca de las plumas:
que a fe que tengo de perder la vida,
o sacar de esta duda al campo todo.

ERMILIO

Ves aquí la rodela y la celada;
la escala vesla allí: la trajo Limpio.

MARIO

Encomiéndame a Júpiter inmenso,
que yo voy a cumplir lo prometido.

JUGURTA

Alza más alta la rodela, Mario.
Encoge el cuerpo y cubre la cabeza.
¡Animo, que ya llegas a lo alto!
¿Qué ves?

MARIO

¡Oh santos dioses! ¿Y qué es esto?

JUGURTA

¿De qué te admiras?

MARIO

De mirar de sangre
un rojo lago, y de ver mil cuerpos
tendidos por las calles de Numancia,
de mil agudas puntas traspasados.

ESCIPIÓN

¿Que no hay ninguno vivo?

MARIO

¡Ni por piensol
A lo menos, ninguno se me ofrece
en todo cuanto alcanzo con la vista.

ESCIPIÓN

Salta, pues, dentro, y mira, por tu vida.

Síguele tú también, Jugurta amigo.

Salta MARIO en la ciudad.

Mas sigámosle todos.

JUGURTA

No conviene
al oficio que tienes esta impresa.
Sosiega el pecho, general, y espera
que Mario vuelva, o yo, con la respuesta
de lo que pasa en la ciudad soberbia.
Tened bien esa escala. ¡Oh cielos justos!
¡Oh cuán triste espectáculo y horrendo
se me ofrece a la vista! ¡Oh caso extraño!
Caliente sangre bañe todo el suelo;
cuerpos muertos ocupan plaza y calles.
Dentro quiero saltar y verlo todo.

Salta JUGURTA en la ciudad.

QUINTO

Sin duda que los fieros numantinos,
del bárbaro furor suyo incitados,
viéndose sin remedio de salvarse,
antes quisieron entregar las vidas
al filo agudo de sus propios hierros
que no a las vencedoras manos nuestras,
aborrecidas de ellos lo posible.

ESCIPIÓN

Con uno solo que quedase vivo

no se me negaría el triunfo en Roma
 de haber domado esta nación soberbia,
 enemiga mortal de nuestro nombre,
 constante en su opinión, presta, arrojada
 al peligro mayor y duro trance;
 de quien jamás se alabará romano
 que vió la espalda vuelta a numantino,
 cuyo valor, cuya destreza en armas
 me forzó con razón a usar el medio
 de encerrillos cual fieras indomables
 y triunfar de ellos con industria y maña,
 pues era con las fuerzas imposible.
 Pero ya me parece vuelve Mario.

Torna a salir MARIO por la muralla, y dice:

MARIO

En balde, ilustre general prudente,
 han sido nuestras fuerzas ocupadas.
 En balde te has mostrado diligente,
 pues en humo y en viento son tornadas
 las ciertas esperanzas de vitoria,
 de tu industria contino aseguradas.
 El lamentable fin, la triste historia
 de la ciudad invicta de Numancia
 merece ser eterna la memoria;
 sacado han de su pérdida ganancia;
 quitado te han el triunfo de las manos,
 muiendo con magnánima constancia;
 nuestros disinios han salido vanos,

pues ha podido más su honroso intento
que toda la potencia de romanos.
El fatigado pueblo en fin violento
acaba la miseria de su vida,
dando triste remate al largo cuento.
Numancia está en un lago convertida
de roja sangre, y de mil cuerpos llena,
de quien fué su rigor propio homicida.
De la pesada y sin igual cadena
dura de esclavitud se han escapado
con presta audacia, de temor ajena.
En medio de la plaza levantado
está un ardiente fuego temeroso,
de sus cuerpos y haciendas sustentado;
a tiempo llegué a verlo que el furioso
Teógenes, valiente numantino,
de fenecer su vida deseoso,
maldiciendo su corto amargo sino,
en medio se arrojaba de la llama,
lleno de temerario desatino,
y al arrojarse dijo: «Clara fama,
ocupa aquí tus lenguas y tus ojos
en esta hazaña, que a contar te llama.
[Venid, romanos, ya por los despojos
de esta ciudad, en polvo y humo vueltos,
y sus flores y frutos en abrojos!]
De allí, con pies y pensamientos sueltos,
gran parte de la tierra he rodeado,
por las calles y pasos más revueltos,
y un solo numantino no he hallado
que poderte traer vivo siquiera,

para que fueras dél bien informado
 por qué ocasión, de qué suerte o manera
 cometieron tan grande desvaío,
 apresurando la mortal carrera.

ESCIPIÓN

¿Estaba, por ventura, el pecho mío
 de bárbara arrogancia y muertes lleno,
 y de piedad justísima vacío?
 ¿Es de mi condición, por dicha, ajeno
 usar benignidad con el rendido,
 como conviene al vencedor que es bueno?
 ¡Mal, por cierto, tenían conocido
 el valor en Numancia de mi pecho,
 para vencer y perdonar nacido!

QUINTO

Jugurta te hará más satisfecho,
 señor, de aquello que saber descas,
 que vesle vuelve lleno de despecho.

Asómase JUGURTA a la muralla.

JUGURTA

Prudente general, en vano empleas
 más aquí tu valor. Vuelve a otra parte
 la industria singular de que te arreas.
 No hay en Numancia cosa en que ocuparte.

Todos son muertos, y sólo uno creo
que queda vivo para el triunfo darte,
allí en aquella torre, según veo.
Yo vi denantes un muchacho; estaba
turbado en vista y de gentil arreo.

ESCIPIÓN

Si eso fuese verdad, eso bastaba
para triunfar en Roma de Numancia,
que es lo que más agora deseaba.
Lleguémonos allá, y haced instancia
cómo el muchacho venga a estas manos
vivo, que es lo que agora es de importancia.

Dice BARIATO, muchacho, desde la torre:

BARIATO

¿Dónde venís, o que buscáis, romanos?
Si en Numancia queréis entrar por fuerte,
haréislo sin contraste, a pasos llanos;
pero mi lengua desde aquí os advierte
que yo las llaves mal guardadas tengo
desta ciudad, de quien triunfó la muerte.

ESCIPIÓN

Por ésas, joven, deseoso vengo;
y más de que tú hagas insperiencia
si en este pecho piedad sostengo.

BARIATO

¡Tarde, cruel, ofreces tu clemencia,
 pues no hay con quien usarla: que yo quiero
 pasar por el rigor de la sentencia
 que con suceso amargo y lastimero
 de mis padres y patria tan querida
 causó el último fin terrible y fiero!

QUINTO

Dime: ¿tienes, por suerte, aborrecida,
 ciego de un temerario desvario,
 tu floreciente edad y tierna vida?

ESCIPIÓN

Tiempla, pequeño joven, templa el brío;
 sujeta el valor tuyo, que es pequeño,
 al mayor de mi honroso poderío;
 que desde aquí te doy la fee y empeño
 mi palabra que sólo de ti seas
 tú mismo propio el conocido dueño;
 y que de ricas joyas y preseas
 vivas lo que vivieres abastado,
 como yo podré darte y tú desees,
 si a mí te entregas y te das de grado.

BARIATO

Todo el furor de cuantos ya son muertos

en este pueblo, en polvo reducido;
todo el huir los pactos y concierto,
ni el dar a sujeción jamás oído,
sus iras, sus rancores descubiertos,
está en mi pecho solamente unido.
Yo heredé de Numancia todo el brío;
ved, si pensáis vencerme, es desvarío.
Patria querida, pueblo desdichado,
no temas ni imagines que me admire
de lo que debo ser de ti engendrado,
ni que promesa o miedo me retire,
ora me falte el suelo, el cielo, el hado,
ora vencerme todo el mundo aspire;
que imposible será que yo no haga
a tu valor la merecida paga.

Que si a esconderme aquí me trujo el miedo
de la cercana y espantosa muerte,
ella me sacará con más denuedo,
con el deseo de seguir tu suerte;
de vil temor pasado, como puedo,
será la enmienda agora osada y fuerte,
y el temor de mi edad tierna inocente
pagaré con morir osadamente.

Yo os aseguro, ¡oh fuertes ciudadanos!,
que no falte por mí la intención vuestra
de que no triunfen pérfidos romanos,
si ya no fuere de ceniza nuestra.
Saldrán conmigo sus intentos vanos,
ora levanten contra mí su diestra,
o me aseguren con promesa incierta
a vida y a regalos ancha puerta.

Tened, romanos, sosegad el brío,
 y no os canséis en asaltar el muro;
 con que fuera mayor el poderío
 vuestro, de no vencerme estad seguro.
 Pero muéstrese ya el intento mío,
 y si ha sido el amor perfecto y puro
 que yo tuve a mi patria tan querida,
 asegúrelo luego esta caída.

*Arrójase el muchacho de la torre, y suena una trompeta,
 y sale la FAMA, y dice ESCIPIÓN:*

ESCIPIÓN

¡Oh! ¡Nunca vi tan memorable hazaña!
 ¡Niño de anciano y valeroso pecho,
 que, no sólo a Numancia, mas a España
 has adquirido gloria en este hecho;
 con tal vida y virtud heroica extraña,
 queda muerto y perdido mi derecho!
 Tú con esta caída levantaste
 tu fama y mis vitorias derribaste.
 Que fuera viva y en su ser Numancia,
 sólo porque vivieras me holgara;
 tú solo me has llevado la ganancia
 desta larga contienda, ilustre y rara;
 lleva, pues, niño, lleva la ganancia
 y la gloria que el cielo te prepara,
 por haber, derribándote, vencido
 al que, subiendø, queda más caído.

Entra la FAMA, vestida de blanco, y dice:

FAMA

Vaya mi clara voz de en gente en gente,
y en dulce y suave son, con tal sonido
llene las almas de un deseo ardiente
de eternizar un hecho tan subido.
Alzad, romanos, la inclinada frente;
llevad de aquí este cuerpo, que ha podido
en tan pequeña edad arrebatáros
el triunfo que pudiera tanto honraros,
que yo, que soy la Fama pregonera,
tendré cuidado, en cuanto el alto Cielo
moviere el paso en la subida esfera,
dando fuerza y vigor al bajo suelo,
a publicar con lengua verdadera,
con justo intento y presuroso vuelo,
el valor de Numancia único, solo,
de Batria a Tile, de uno a el otro polo.
Indicio ha dado esta no vista hazaña
del valor que los siglos venideros
tendrán los hijos de la fuerte España,
hijos de tales padres herederos.
No de la muerte la feroz guadaña,
ni los cursos de tiempos tan ligeros
harán que de Numancia yo no cante
el fuerte brazo y ánimo constante.
Hallo sólo en Numancia todo cuanto
debe con justo título cantarse,
y lo que puede dar materia al llanto

para poder mil siglos ocuparse:
la fuerza no vencida, el valor tanto,
digno de prosa y verso celebrarse;
mas, pues desto se encarga la memoria,
demos feliz remate a nuestra historia.

FIN DE LA COMEDIA «CERCO DE NUMANCIA»

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Comedia llamada TRATO DE ARGEL.	9
Jornada primera.	11
Segunda jornada.	43
Tercera jornada.	83
Jornada cuarta.	109
Comedia del CERCO DE NUMANCIA.	139
Jornada primera.	141
Jornada segunda.	163
Jornada tercera.	191
Jornada cuarta.	219

LOS HUMORISTAS

TITULOS PUBLICADOS POR "CALPE"

- Julio Camba.—*La rana viajera*.—Cuatro pesetas.
- Arnold Bennet.—*Enterrado en vida*.—Trad. del inglés por Vicente Vera. Cuatro pesetas.
- *El «matador» de Cinco-Villas*.—Trad. del inglés por C. Rivas Cherif. Cuatro pesetas.
- *La viuda del balcón, y Otros cuentos de Cinco-Villas*.—Traducido del inglés por C. Rivas Cherif. Cuatro pesetas.
- René Benjamin.—*Gaspar*.—Trad. del francés por Manuel Azaña. Cuatro pesetas.
- Jorge Courteline.—*Los señores chupatintas*.—Trad. del francés por Nicolás González Ruiz. Cuatro pesetas.
- *Boubouroche*.—Trad. del francés por Nicolás González Ruiz. Tres pesetas.
- H. S. Harrison.—*Queed, el doctorcillo*.—Trad. del inglés por Juan de Castro.—Dos tomos. Cada uno tres pesetas cincuenta céntimos.
- Eugenio Heltai.—*Family Hotel y Mi segunda mujer*.—Traducido del húngaro por Andrés Révész. Cuatro pesetas.
- *Manuel VII y su época*.—Trad. del húngaro por Andrés Révész. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Gómez de la Serna.—*Disparates*.—Cuatro pesetas.
- Pedro Veber.—*Los cursos*.—Trad. del francés por José A. Luengo. Tres pesetas.
- Antón Chajov.—*Historia de una anguilla, y otras historias*.—Trad. del ruso por Saturnino Ximénez. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Esteban Szomahazy.—*El dramaturgo misterioso*.—Trad. del húngaro por Andrés Révész. Tres pesetas.

PROXIMAMENTE

- Humoristas húngaros (Antología de)*.—Trad. del húngaro por Andrés Révész.
- Kálmán de Mikszáth.—*Gente de rumbo, y El caltán del sultán*.—Trad. del húngaro por Andrés Révész.
- Eugenio Heltai.—*Los siete años de hambre, y Cuentos*.—Traducido del húngaro por Andrés Révész.
- Gómez de la Serna.—*El incongruente*.

LIBROS DE LA NATURALEZA

El contenido de las obras que forman esta serie de libros editados por CALPE es rigurosamente científico y está al corriente de los últimos progresos de las ciencias naturales. Garantía de ello son los autores de esas obras, todos los cuales figuran entre los naturalistas de mayor autoridad en nuestro país.

VAN PUBLICADOS

Los animales familiares, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 13 fotograbados en papel estucado.

La vida de la Tierra, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto-Escuela. Un volumen de 96 páginas, 21 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo alado, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 27 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los insectos, por *Antonio de Zuñeta*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 41 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 12 fotograbados en papel estucado.

Los animales salvajes, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 24 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los minerales, por *Lucas Fernández Navarro*, profesor en la Universidad de Madrid y en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 43 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

Todas las obras de esta colección se venden al precio de 1,75 pesetas cada libro y llevan artísticas cubiertas del gran dibujante Bagaría impresas a cinco tintas.

EN P R E N S A

La vida de las plantas, por *J. Dantín Cereceda*.

Peces de mar y de agua dulce, por *Angel Cabrera*.

La vida de las flores, por *J. Dantín Cereceda*.

Los animales microscópicos, por *Angel Cabrera*.

LIBROS DE AVENTURAS

de los mejores autores clásicos y modernos.

COLECCIÓN DE OBRAS DE ALTO VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO PARA LOS MUCHACHOS, EDITADAS POR CALPE Y TRADUCIDAS CUIDADOSAMENTE DEL IDIOMA ORIGINAL

VOLUMENES PUBLICADOS

- Los tramperos del Arkansas, por Gustavo Aimard. — Un tomo. Cuatro pesetas.
- Aventuras del capitán Coreorán, por Alfredo Assolant. — Un tomo. Cuatro pesetas cincuenta céntimos.
- El cazador de ciervos, por Fenimore Cooper — Dos tomos. Cada uno cuatro pesetas
- Los tiradores de rifle, por Mayne Reid. — Un tomo. Cuatro pesetas.
- La Isla del tesoro, por Roberto L. Stevenson. — Un tomo Cuatro pesetas.
- De la Tierra a la Luna, por Julio Verne. — Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Los mercaderes de pieles, por Ballantyne. — Un tomo Cinco pesetas.
- Salvado del mar, por Kingston. — Un tomo. Cuatro pesetas
- La marina mercante, por Marryat. — Un tomo. Cinco pesetas.
- El Jinete sin cabeza, por Mayne Reid. — Dos tomos. Cada uno cinco pesetas.
- Dos años al pie del mástil, por Dana. — Un tomo. Tres pesetas.
- El último mohicano, por Fenimore Cooper. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- Alrededor de la Luna, por Julio Verne. — Un tomo. Tres pesetas.
- La Isla de coral, por Ballantyne. — Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Robinson Crusoe, por Defoe. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- Aventuras de Román Kalbris, por Malot. — Un tomo. Tres pesetas.
- Propiedad del Rey, por Marryat. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- A lo largo del Amazonas, por Kingston. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- El Robinson suizo, por Wyss. — Un tomo. Cuatro pesetas.
- Viajes de Gulliver, por Swift. — Un tomo Tres pesetas.
- El matador de leones, por Gérard. — Un tomo. Tres pesetas.
- David Balfour, por Stevenson. — Un tomo. Tres pesetas.

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de CIN-
CUENTA CENTIMOS - cada número

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 660 números publicados desde julio de 1919
— — a agosto de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEEL (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 18